YO SOY SÍSIFO

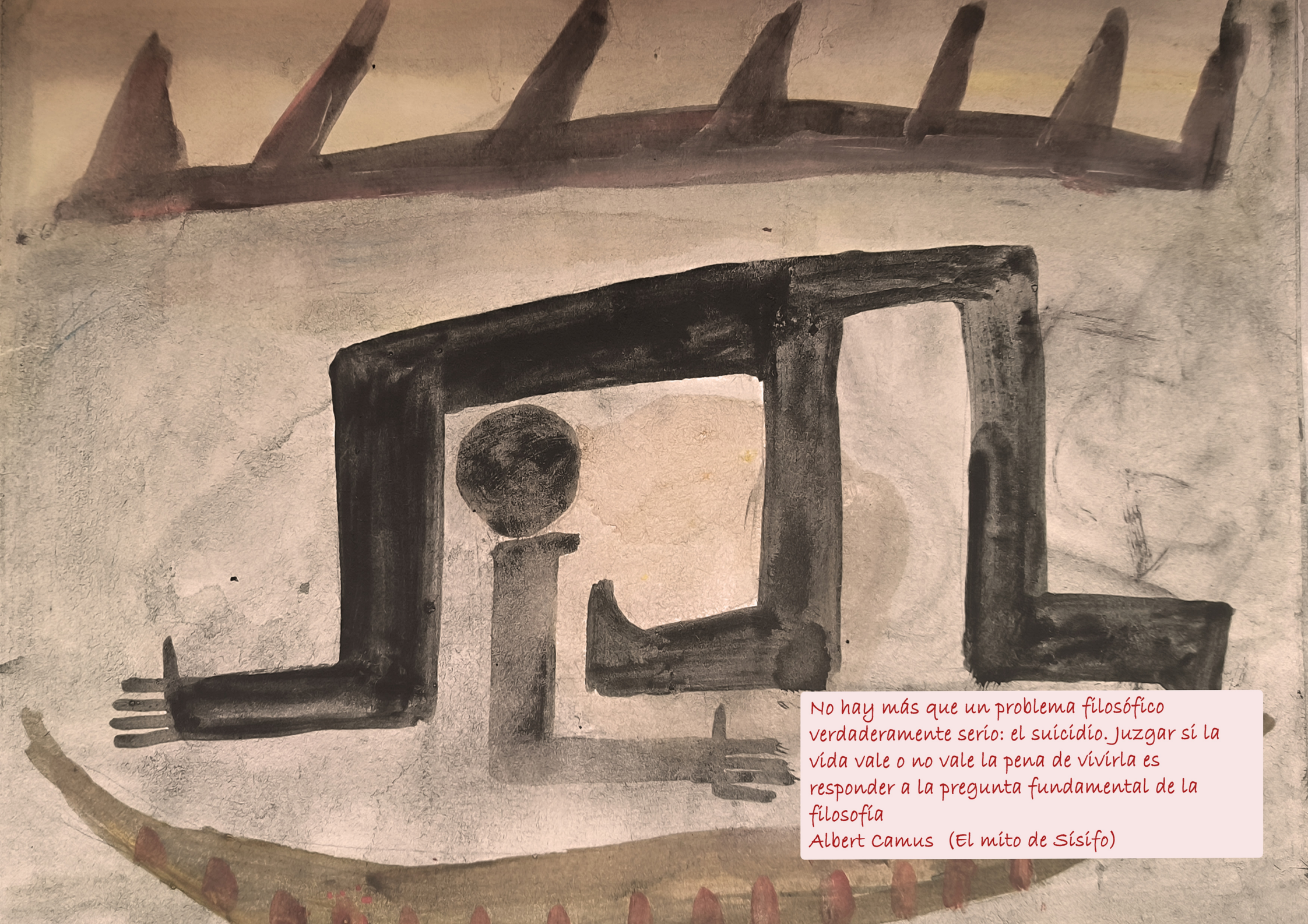


Obra escrita y dibujada
por ENRIQUE LÁZARO




Yo Soy Sísifo
obra escrita y dibujada
por Enrique Lázaro



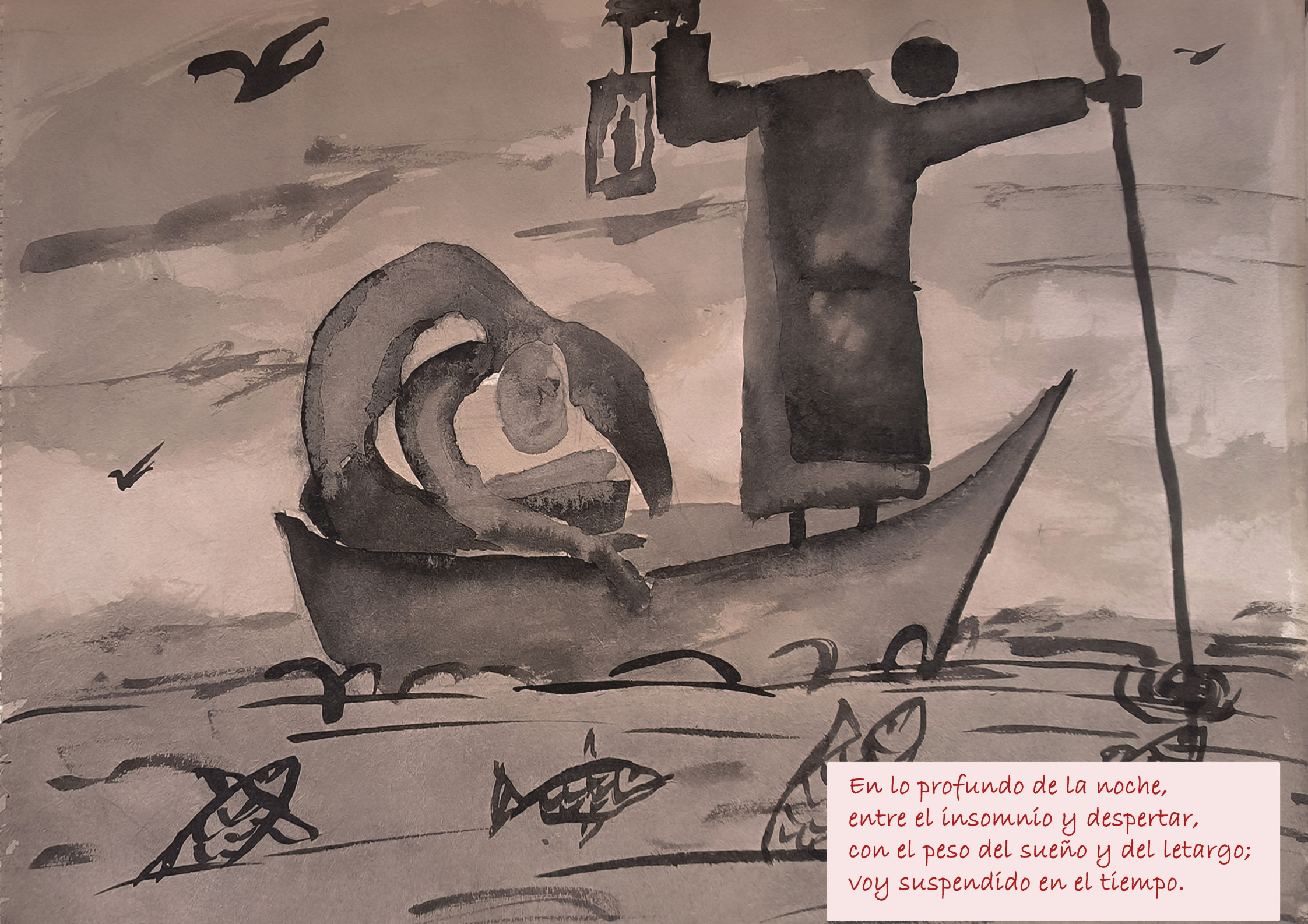


No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no vale la pena de vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía

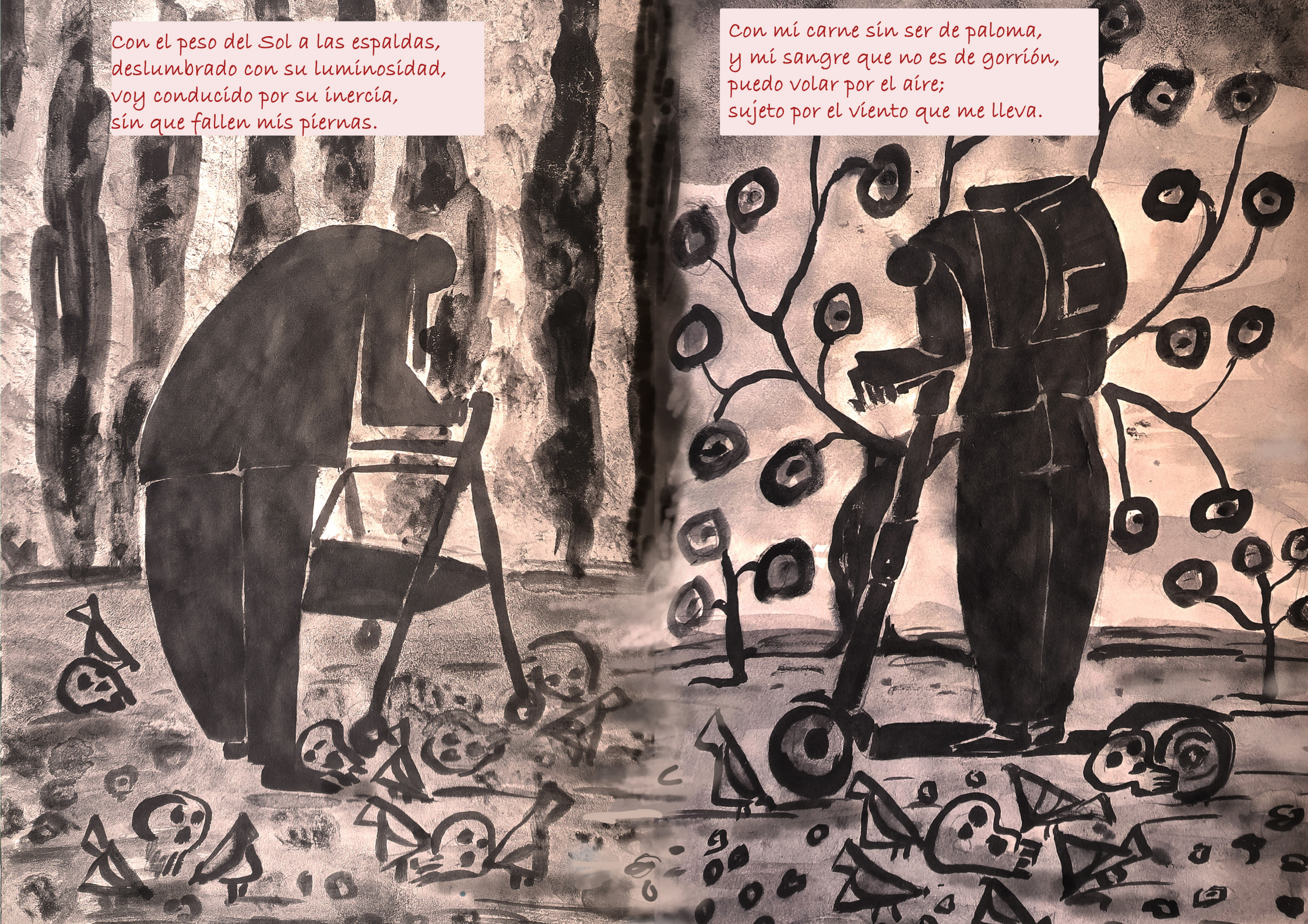
Albert Camus (El mito de Sísifo)

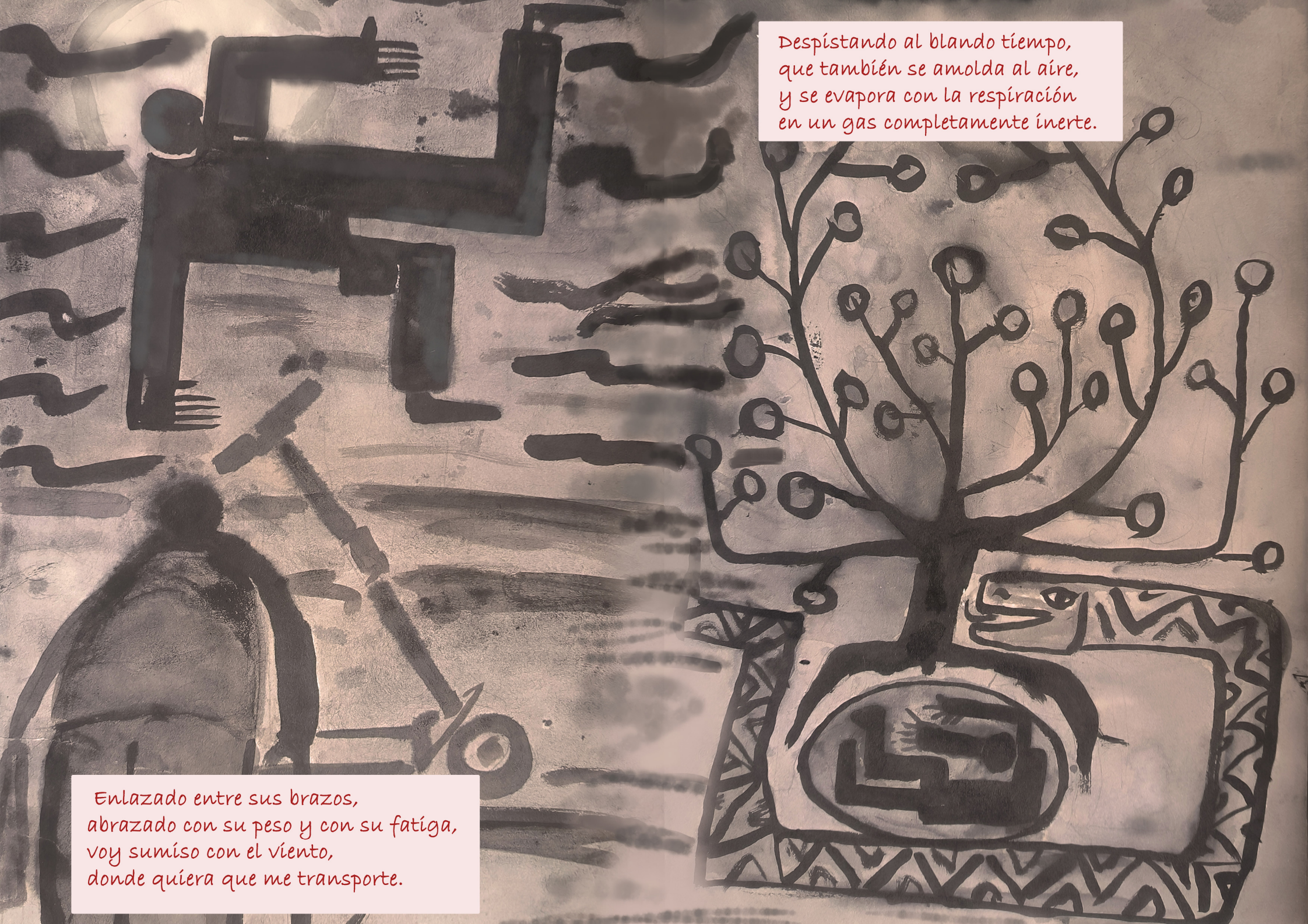

La Muerte





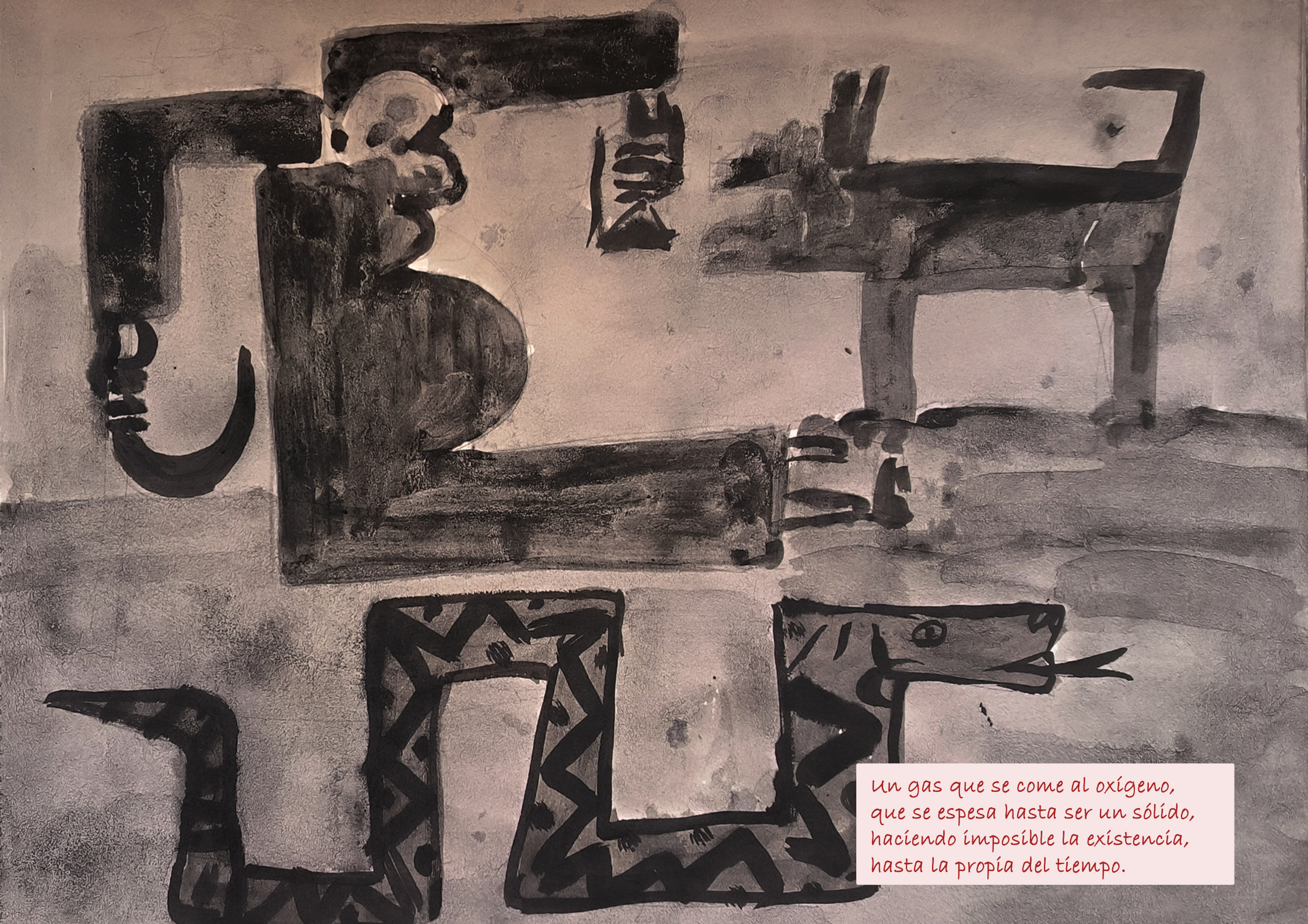
En lo profundo de la noche,
entre el insomnio y despertar,
con el peso del sueño y del letargo;
voy suspendido en el tiempo.


Con el peso del Sol a las espaldas,
deslumbrado con su luminosidad,
voy conducido por su inercia,
sin que fallen mis piernas.
Con mi carne sin ser de paloma,
y mi sangre que no es de gorrión,
puedo volar por el aire;
sujeto por el viento que me lleva.

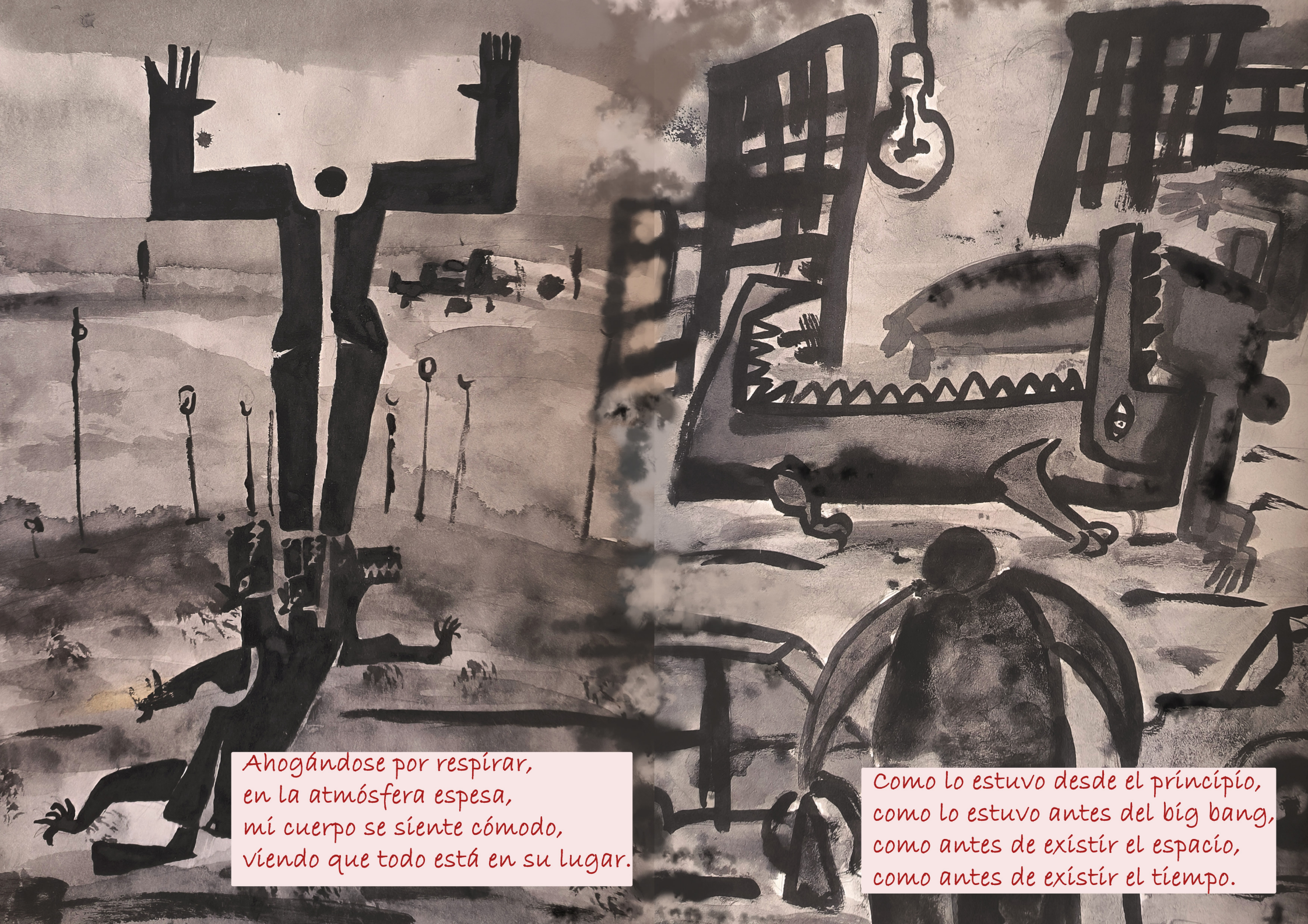


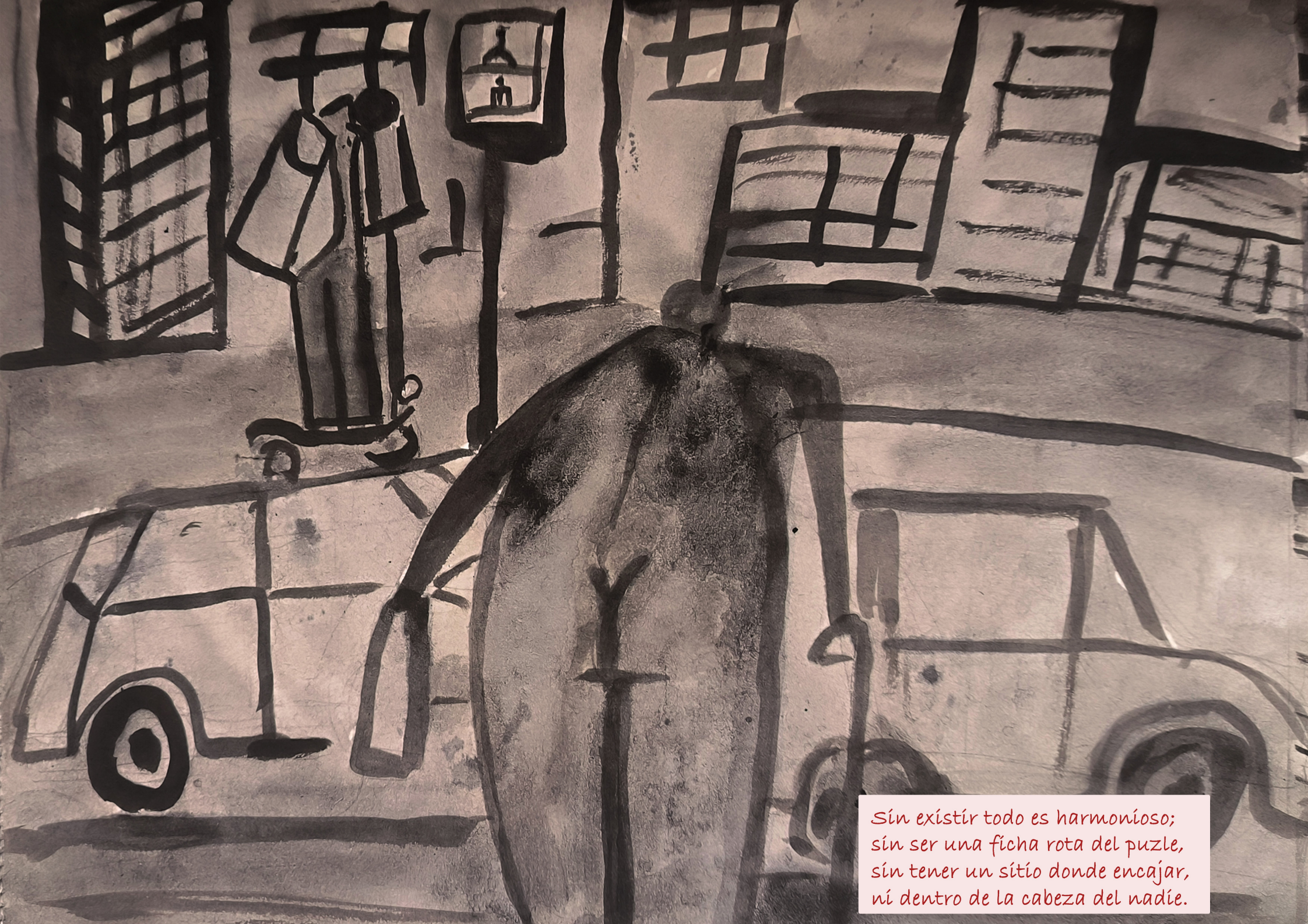
Despistando al blando tiempo,
que también se amolda al aire,
y se evapora con la respiración
en un gas completamente inerte.

Enlazado entre sus brazos,
abrazado con su peso y con su fatiga,
voy sumiso con el viento,
donde quiera que me transporte.



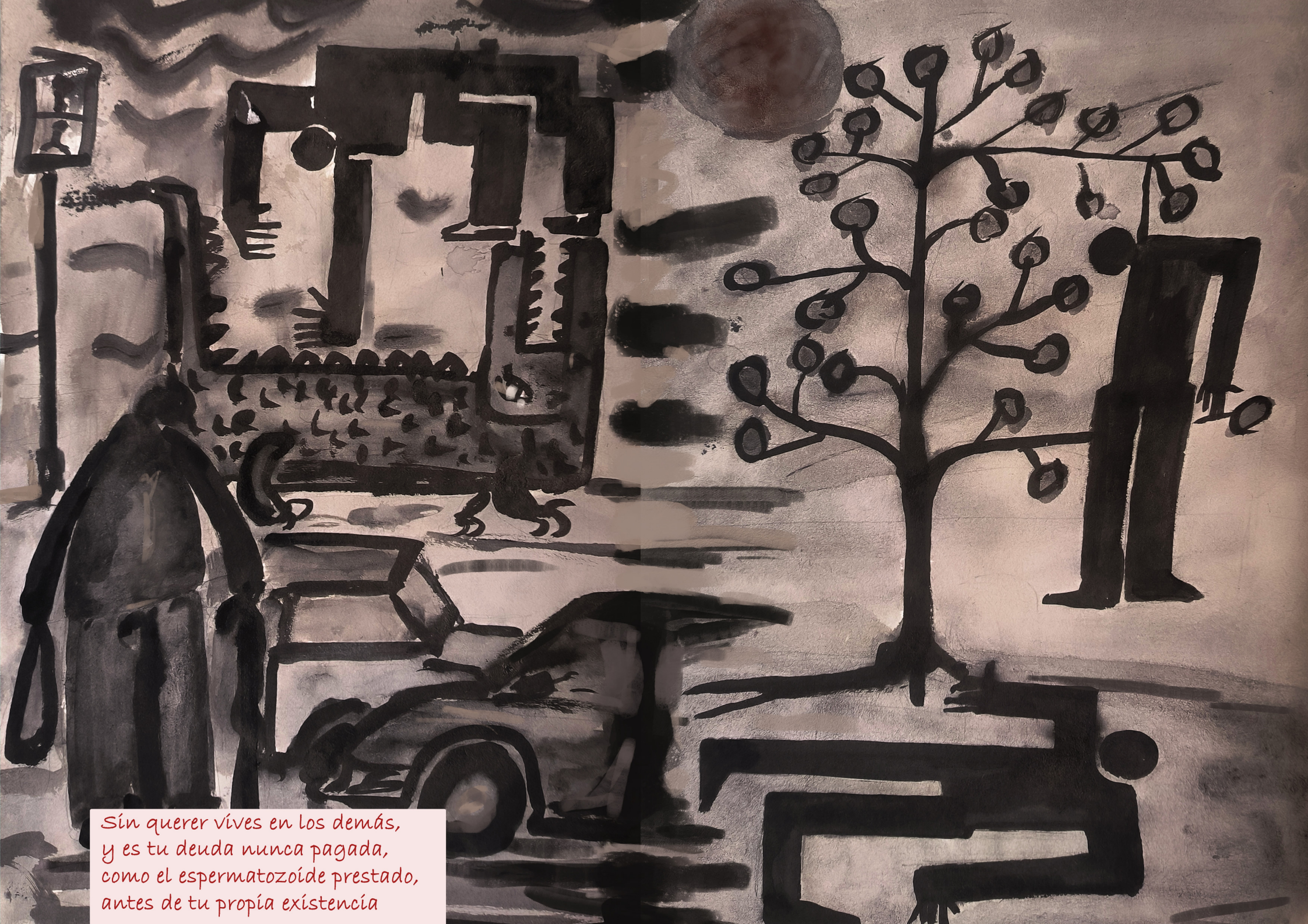
Un gas que se come al oxígeno,
que se espesa hasta ser un sólido,
haciendo imposible la existencia,
hasta la propia del tiempo.


Ahogándose por respirar,
en la atmósfera espesa,
mi cuerpo se siente cómodo,
viendo que todo está en su lugar.
Como lo estuvo desde el principio,
como lo estuvo antes del big bang,
como antes de existir el espacio,
como antes de existir el tiempo.



Sin existir todo es harmonioso;
sin ser una ficha rota del puzle,
sin tener un sitio donde encajar,
ni dentro de la cabeza del nadie.


Pero tu existes desde que naciste,
aunque sea en la vida de los demás;
como un objeto de su attrezzo,
en una esquina de su existencia.



Sin querer vives en los demás,
y es tu deuda nunca pagada,
como el espermatozoide prestado,
antes de tu propia existencia



Allí está el dueño solicitando el pago,
como si su acto hubiese sido heroico,
perseguido por grandiosos esfuerzos;
pero tú sabes que el germen fue allí olvidado.

El espermatozoide allí olvidado,
que nadie nunca quiso apropiarse;
que tras los años solicita ahora pago,
para que tu simple existencia tenga valor.



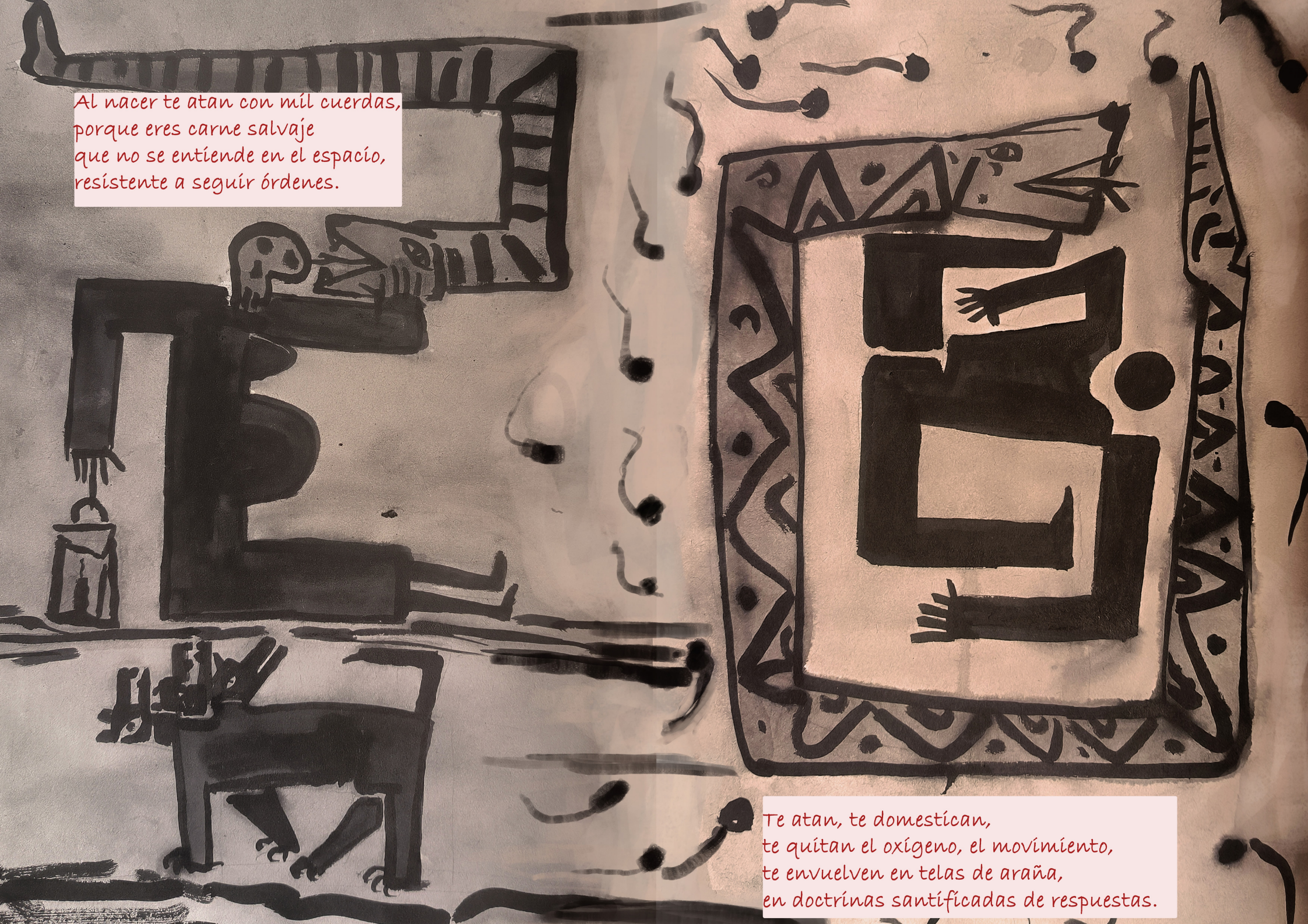
Para que mi existencia tenga algún valor,
pero con crecí y lo page;
año tras año viviendo
sin tener motivos para existir.



El espermatozoide se hizo carne,
sin pedir permiso a nadie.
La carne empezó a vivir,
y para eso se hizo cuerpo.

Y empezó a morir lentamente,
sin que se diese cuenta de ello;
hasta que supo que era carne,
que en el tiempo se consume.

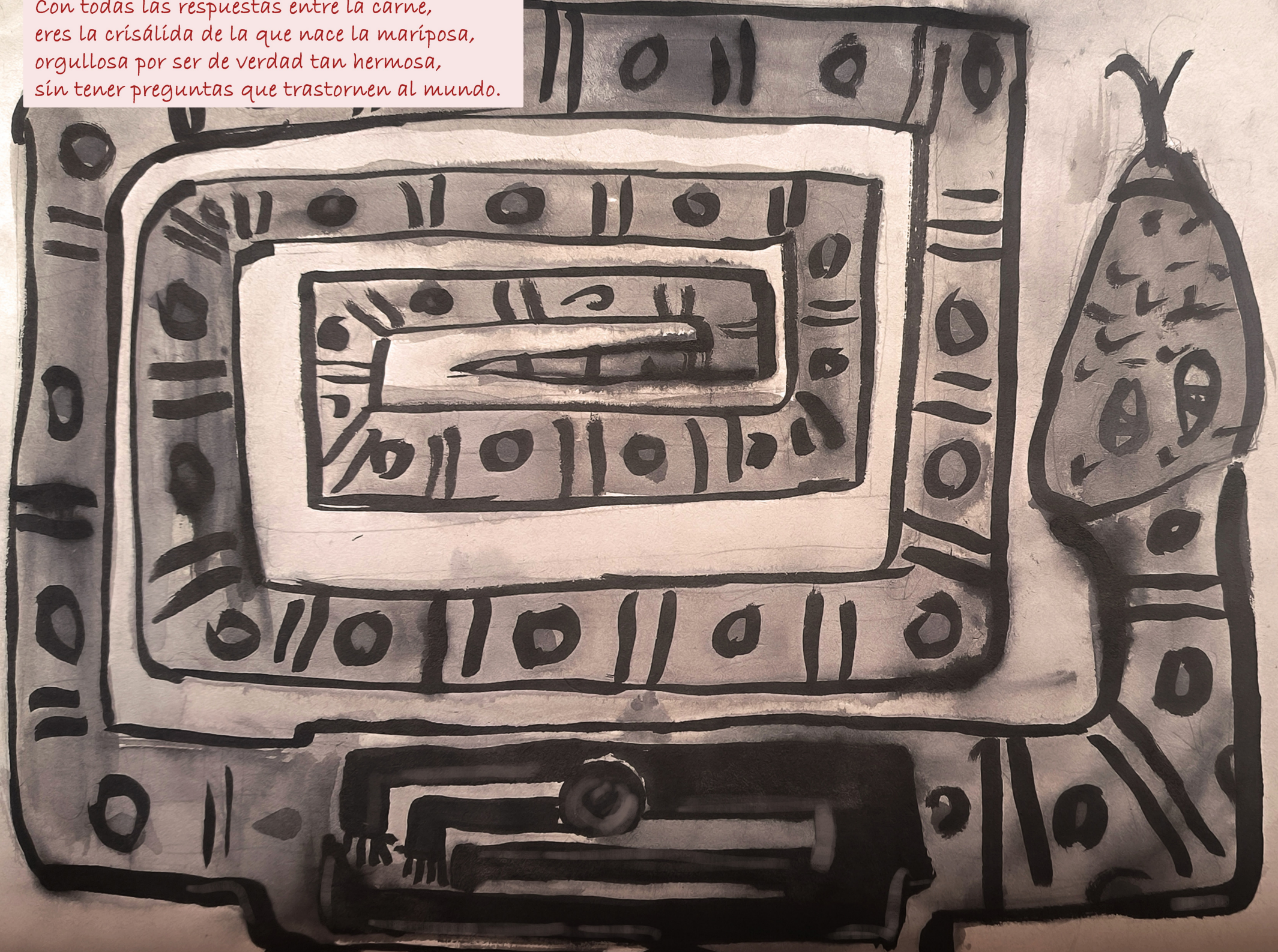

Y empecé a morir cuando vi la luz,
cuando oí su ruido, sus gritos,
y el frío de aquel amanecer.
Empecé a vivir porque era carne.

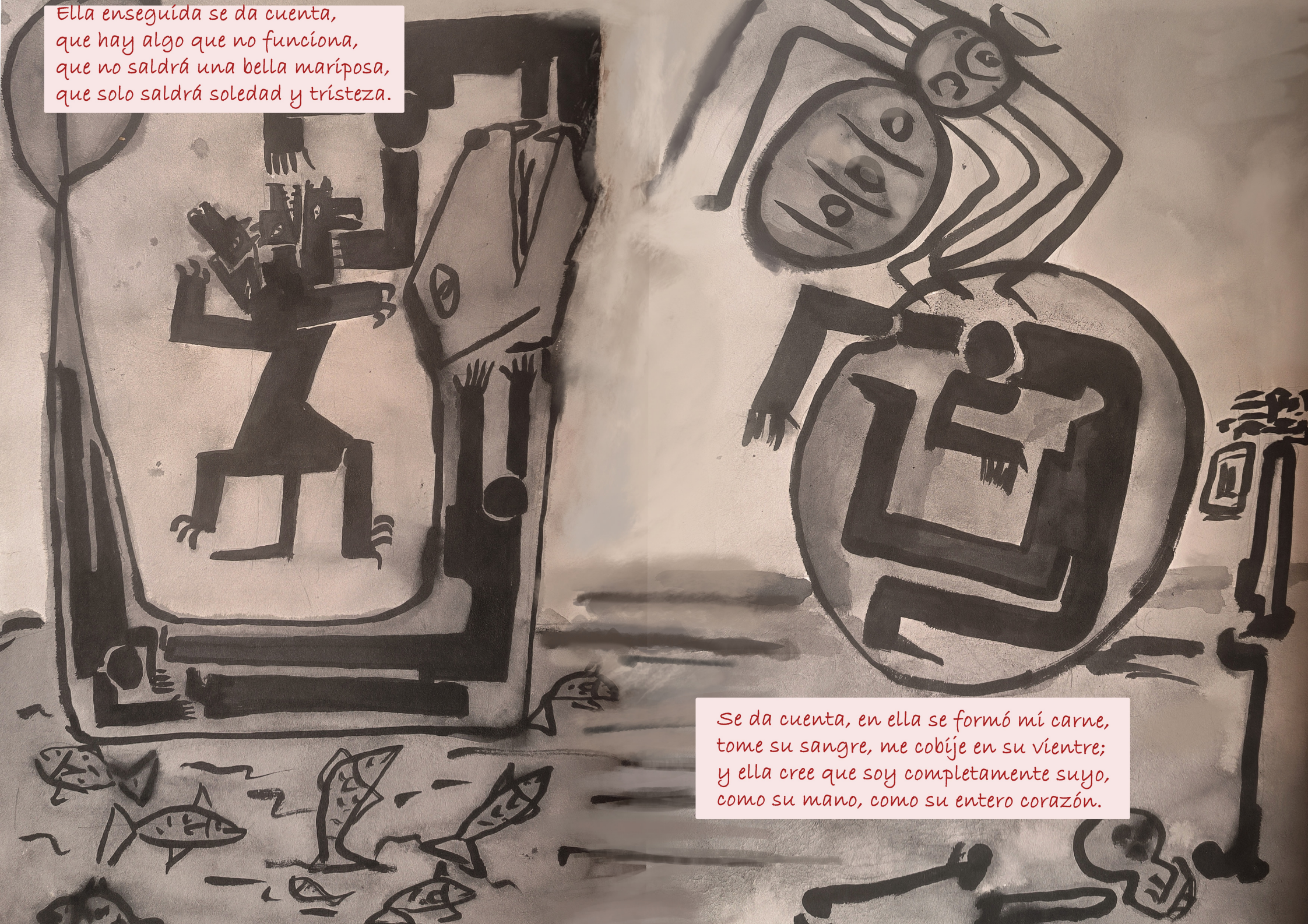


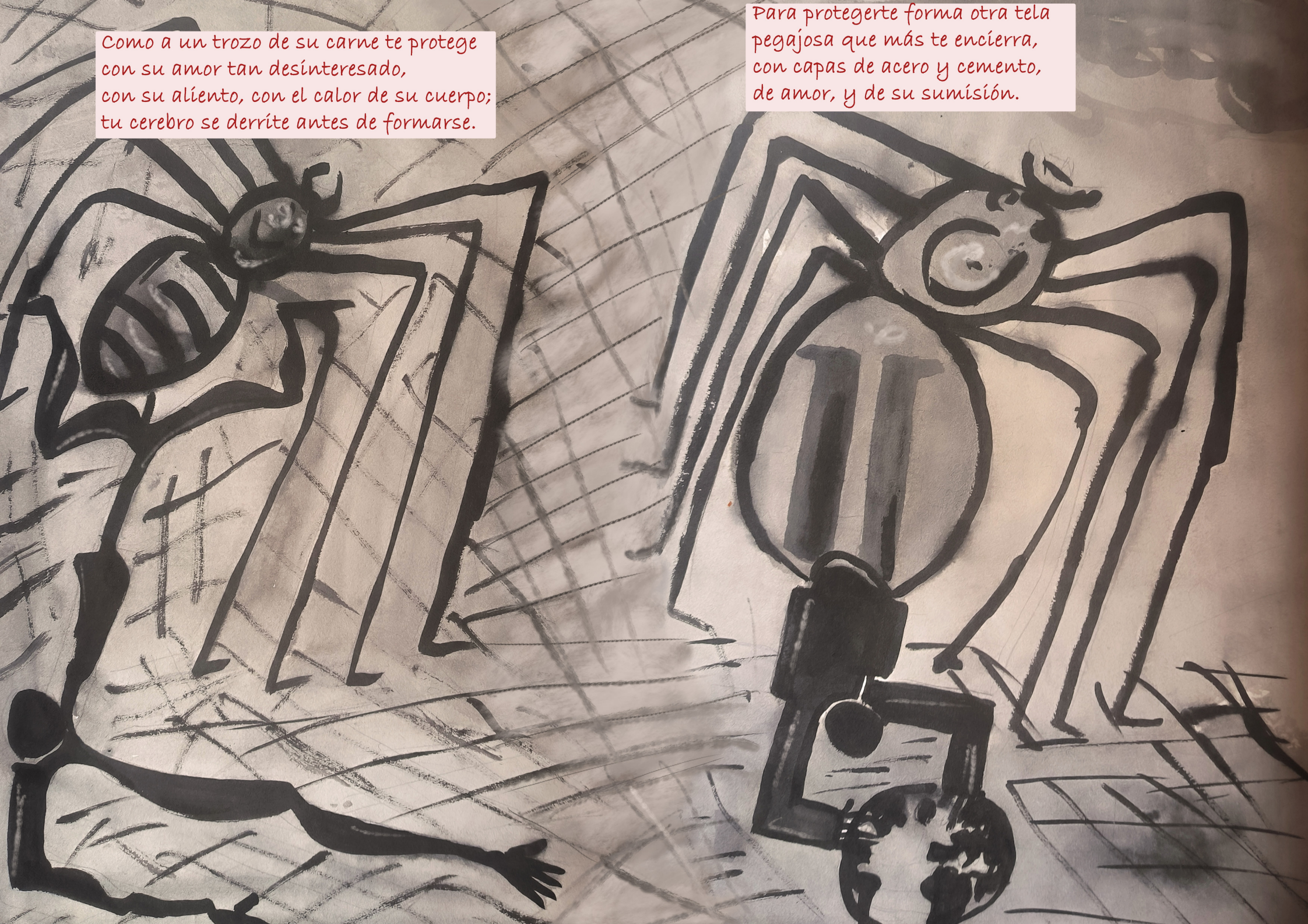
Al nacer te atan con mil cuerdas,
porque eres carne salvaje
que no se entiende en el espacio,
resistente a seguir órdenes.

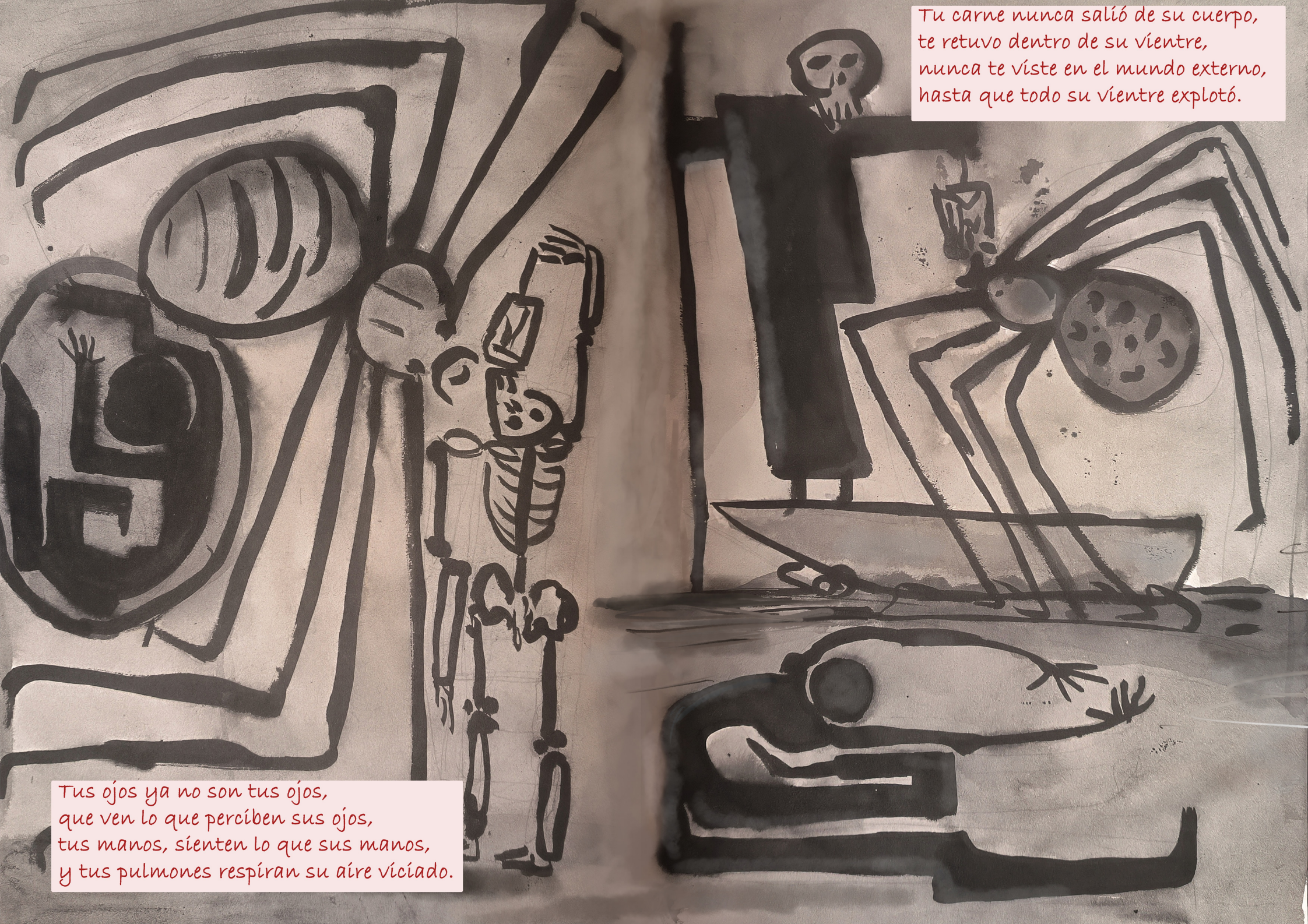
Te atan, te domestican,
te quitan el oxígeno, el movimiento,
te envuelven en telas de araña,
en doctrinas santificadas de respuestas.

Con todas las respuestas entre la carne,
eres la crisálida de la que nace la mariposa,
orgullosa por ser de verdad tan hermosa,
sin tener preguntas que trastornen al mundo.




Ella enseguida se da cuenta,
que hay algo que no funciona,
que no saldrá una bella mariposa,
que solo saldrá soledad y tristeza.
Se da cuenta, en ella se formó mi carne,
tome su sangre, me cobije en su vientre;
y ella cree que soy completamente suyo,
como su mano, como su entero corazón.


Como a un trozo de su carne te protege
con su amor tan desinteresado,
con su aliento, con el calor de su cuerpo;
tu cerebro se derrite antes de formarse.
Para protegerte forma otra tela
pegajosa que más te encierra,
con capas de acero y cemento,
de amor, y de su sumisión.


Tu carne nunca salió de su cuerpo,
te retuvo dentro de su vientre,
nunca te viste en el mundo externo,
hasta que todo su vientre explotó.
Tus ojos ya no son tus ojos,
que ven lo que perciben sus ojos,
tus manos, sienten lo que sus manos,
y tus pulmones respiran su aire viciado.

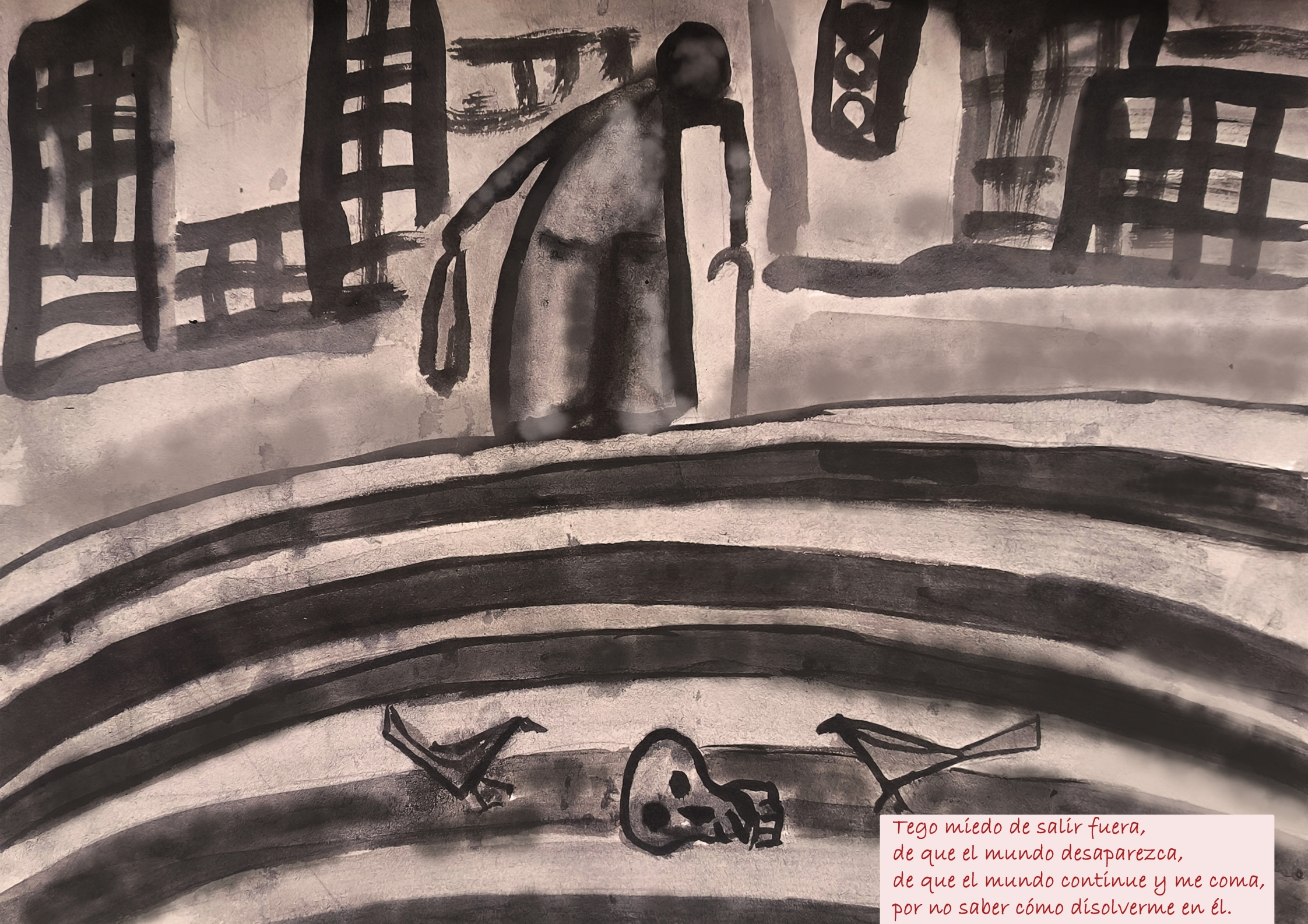

Era demasiado grande para su cuerpo,
demasiado fuerte para su sangre,
para el aire venenoso de su mundo,
inventado de su mente a su medida.
Ahí está el espacio, un universo entero,
tan complejo que no te disuelves en él,
que no comprendes ni te entiendes;
y es que solo eres carne deformada.



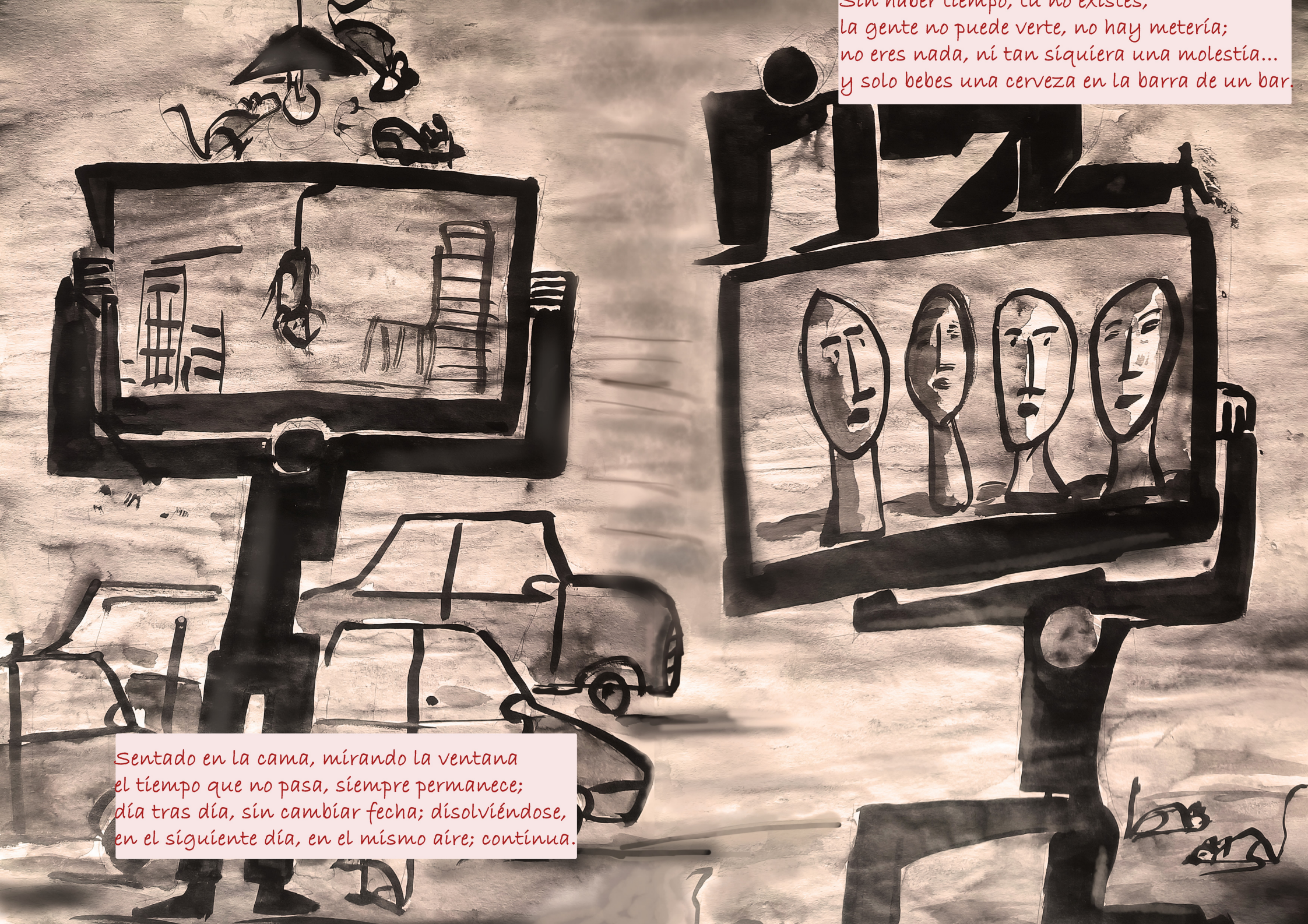
Ahí está el espacio, un universo entero,
tan complejo que no te disuelves en él,
que no comprendes ni te entiendes;
y es que solo eres carne deformada.


Estas muerto, nunca estuviste vivo,
no estas muerto, ni vivo tampoco.
pero ves, sientes... no comprendes;
con el tiempo tan espeso que no existe.


Tienes miedo de salir fuera,
de que el mundo desaparezca,
de que el mundo continue y te coma,
por no saber cómo disolverte en él.
Ahora estas sentado en la cama,
con miedo de salir de la habitación,
preguntándote si de verdad existe el mundo;
si existe aquella la habitación, si tú eres.



Tego miedo de salir fuera,
de que el mundo desaparezca,
de que el mundo continue y me coma,
por no saber cómo disolverme en él.


Sin haber tiempo, tú no existes,
la gente no puede verte, no hay metería;
no eres nada, ni tan siquiera una molestia...
y solo bebes una cerveza en la barra de un bar.
Sentado en la cama, mirando la ventana
el tiempo que no pasa, siempre permanece;
día tras día, sin cambiar fecha; disolviéndose,
en el siguiente día, en el mismo aire; continua.

Sin existir trabajo todo un día vacío de tiempo,
corro de un lugar a otro en un espacio transparente...
allí soy con un cuerpo de carne y un tiempo finito,
en los otros ojos en que mi interactúan, y de verdad soy.



Solo en los ojos de los otros, vivo, me crean,
pero lo único que quiero es ser invisible,
no pertenecer a la vida del tiempo y el espacio,
existir en los libros que robo, y leo mientas espero.

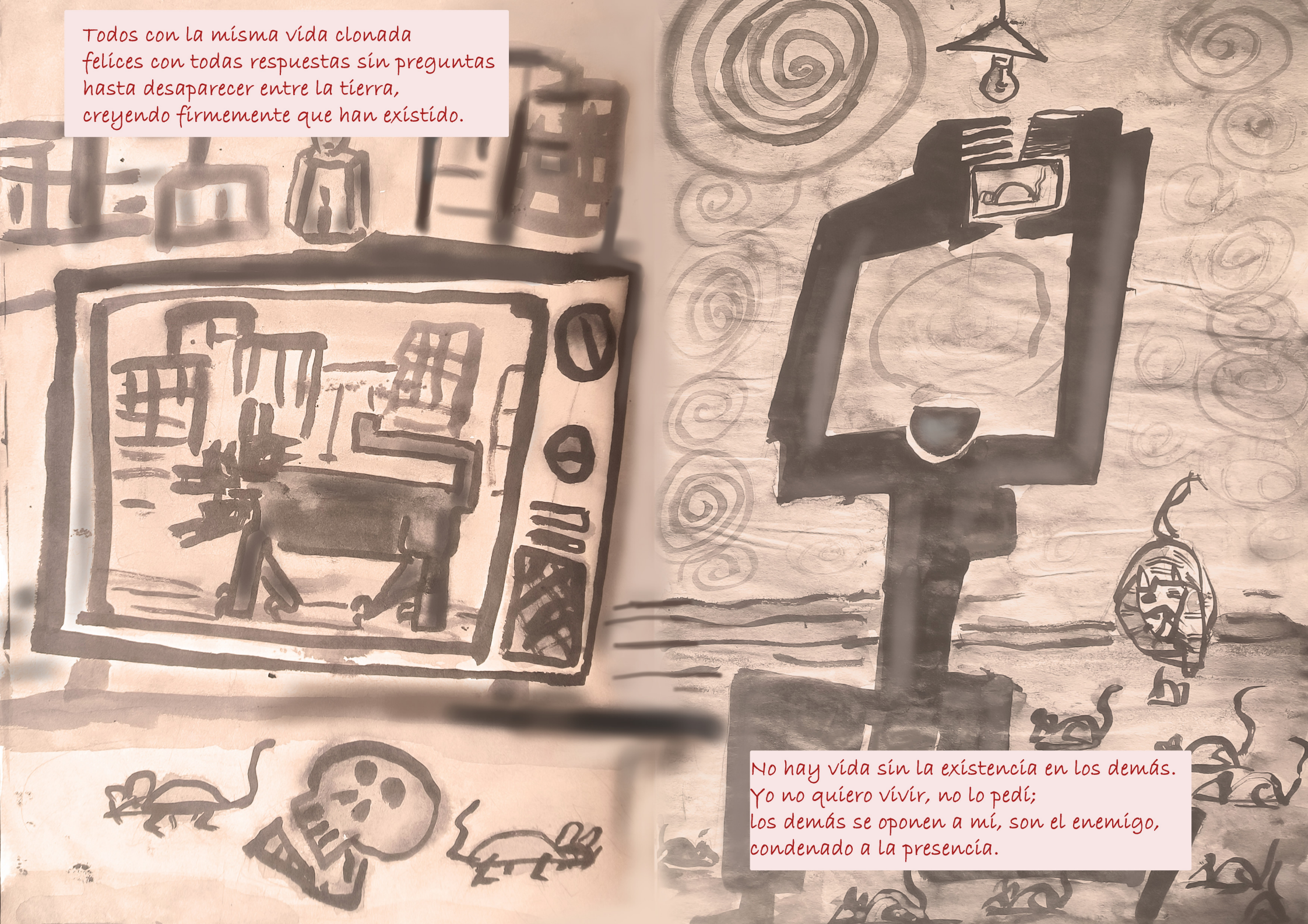



Miro a la ventana, no miro al televisor
tengo miedo que el televisor me mire,
que me atrape, que me haga presente,
que me encierre por siempre en la vida.

La televisión tiene ojos que me miran,
que me ciegan con su resplandor,
que me dan la vida, aunque no la quiera,
que me quitan el pensamiento clandestino.

El resplandor que sale del televisor
es hacedor de vida, de una vida clara;
que las gentes se reparten con amabilidad,
sin comprender que siempre es la misma crónica.




Todos con la misma vida clonada
felices con todas respuestas sin preguntas
hasta desaparecer entre la tierra,
creyendo firmemente que han existido.
No hay vida sin la existencia en los demás.
Yo no quiero vivir, no lo pedí;
los demás se oponen a mí, son el enemigo,
condenado a la presencia.


Yo mirando a la ventana siendo átomo;
los otros con sus ojos en el televisor,
alimentándose de su resplandor,
ganando cada vez más espacio.
Y yo los mato, negándome verlos,
no existen, y yo no existo
soy un átomo de hidrogeno
dentro del resplandor del big bang.





Siendo invisible, totalmente inerte,
bebo una cerveza en la barra de un bar;
pero unos ojos me hacen presente,
llenándome de carne, uniéndome al tiempo.



Siendo invisible, totalmente inerte,
bebo una cerveza en la barra de un bar;
pero unos ojos me hacen presente,
llenándome de carne, uniéndome al tiempo.



Esos ojos fueron los que me masticaron
y me cagaron como su excremento,
formando en el interior de su vientre,
dejándome olvidado en mitad de la vida.



Maloliente, carne abortada,
que nunca quiso tener cuerpo,
que no pudo disolverse en la tierra,
que tuvo que permanecer translucido.


En sus ojos me concibo en el aire de la vida,
sintiéndome totalmente muerto y enterrado;
como en aquel tiempo, poco después de nacer,
dentro de su boca, triturado por sus dientes.
También en mis ojos se creó ella,
Como un monstruo del ayer
que el tiempo trenzo sus huesos,
sin fuerzas para oponerse al viento.


Una bestia sin fuerzas ni ganas,
que pedía perdón con gritos livianos
por un pasado enquistado
que también a ella también la hirió.
Un monstruo delgado y sin pelo,
con su vida en desvanecimiento
azotada por tímidas y sosas brisas;
y yo era el DIOS que así la crea.


Su propia existencia en mis ojos,
me hería trayendo un pasado
del que siempre había huido,
que siempre temí como sangre infecta.
Yo no soy Dios, ni un creador;
ni le siento, ni le comprendo;
no tengo el poder del perdón;
ni para mí, ni para los demás.

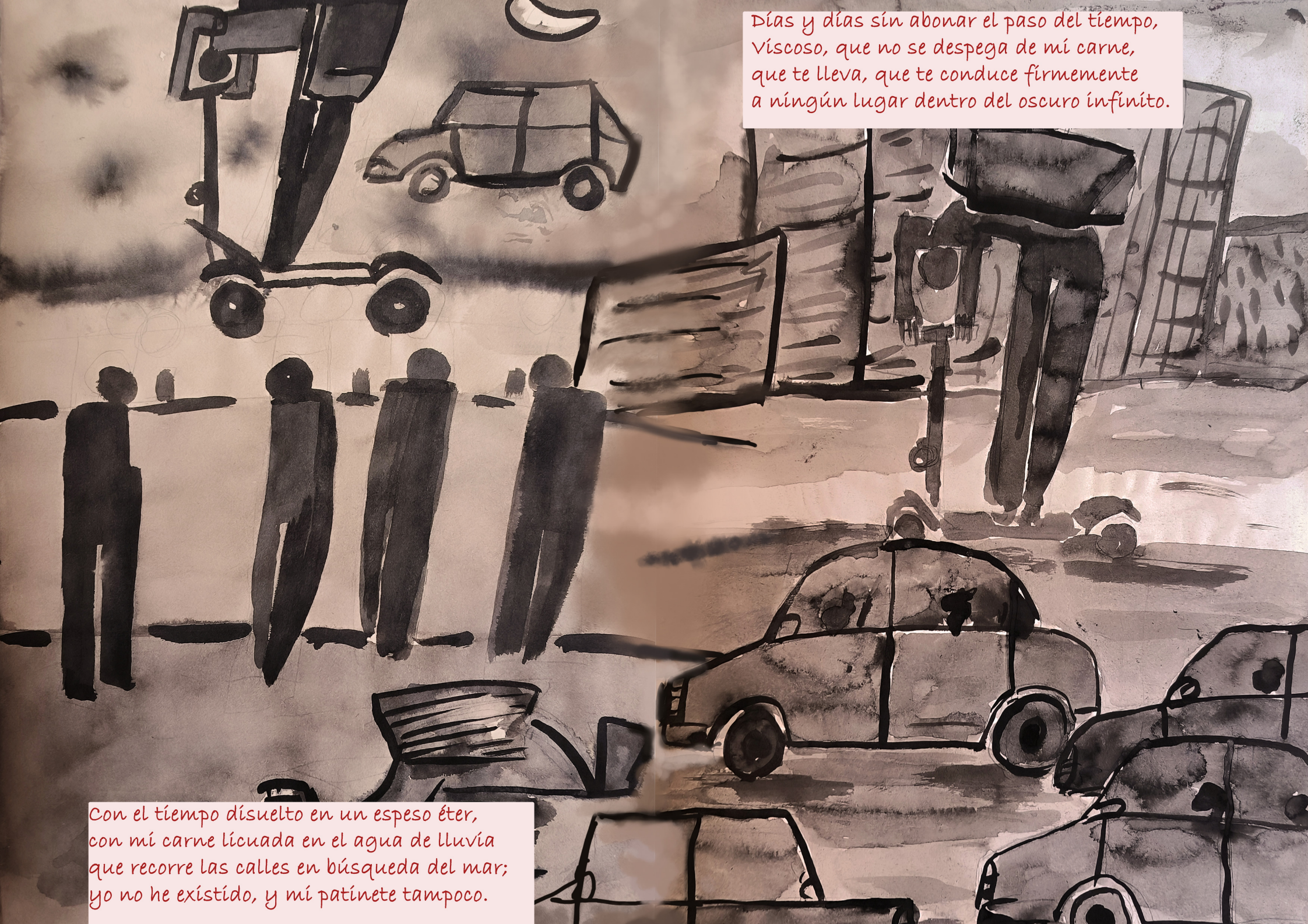

No tengo el poder de perdonar,
al pasado no se le perdona;
el tiempo no pide perdón,
porque duda de su existencia.
La miro y no la quiero ver;
silencio, refugiado en mi cerveza.
ella desaparece de mis ojos;
quiero perdonarme y no puedo.





Quiero que ella permanezca en mis pupilas,
quiero sonreírla, quiero que ella me sonría,
quiero hablar un tiempo pasado inocente,
quiero recordar sin que haya en mi dolor.


Permanezco en la barra del bar,
con el vacío mudo en mi cerebro,
siendo invisible a cualquier onda de luz;
como he estado desde el inicio del mundo.
Perduro sujeto en el tiempo,
que se deshace en mi respiración,
sin pasado, ni tampoco presente,
imposible que haya alguna vez futuro.


Días y días sin abonar el paso del tiempo,
Viscoso, que no se despega de mi carne,
que te lleva, que te conduce firmemente
a ningún lugar dentro del oscuro infinito.
Con el tiempo disuelto en un espeso éter,
con mi carne licuada en el agua de lluvia
que recorre las calles en búsqueda del mar;
yo no he existido, y mi patinete tampoco.



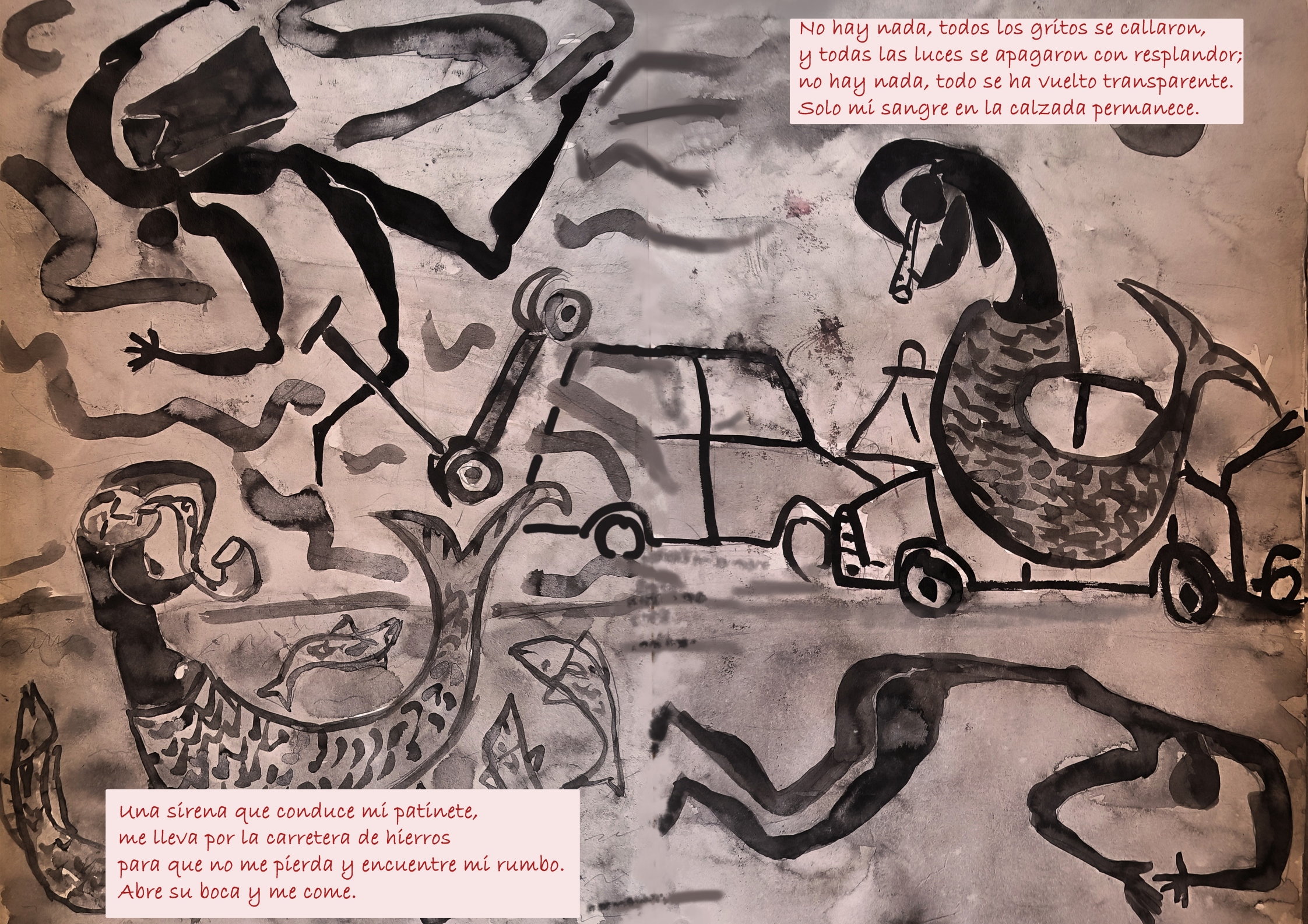
Entre mil coches y un único camino,
mil coches que saltan, gritan y muerden,
como caballeros envueltos en hierro,
defendiendo su sucio reino de chatarra.

No hay un lugar, solo hierros y gasolina,
que circulan sin dirección ni espacio;
pero con prisas y ladran, y aúllan;
como el tiempo fuese su extraña realidad.




Coches, furgonetas, motos y bicicletas,
con prisas hacia la muerte, a la nada,
directamente, sin ser conscientes;
llegan y continúan su camino sin saludar.
Gritos y alaridos que no se oyen;
¡tanto ruido, que me no dejan oír!
hierros que me bloquean el camino.
tengo que llegar, no puedo perder tiempo.


Una bella sirena en una placida tarde
una voz delicada en medio de la calle;
una canción con promesas de amor,
que se como los surcos de mi cerebro.
Tengo que llegar, tengo que huir;
el coche me mira, me indica mi camino;
me llama con sus rugidos mecánicos,
descodificados en el silencio de mi cerebro.


No hay nada, todos los gritos se callaron,
y todas las luces se apagaron con resplandor;
no hay nada, todo se ha vuelto transparente.
Solo mi sangre en la calzada permanece.
Una sirena que conduce mi patinete,
me lleva por la carretera de hierros
para que no me pierda y encuentre mi rumbo.
Abre su boca y me come.



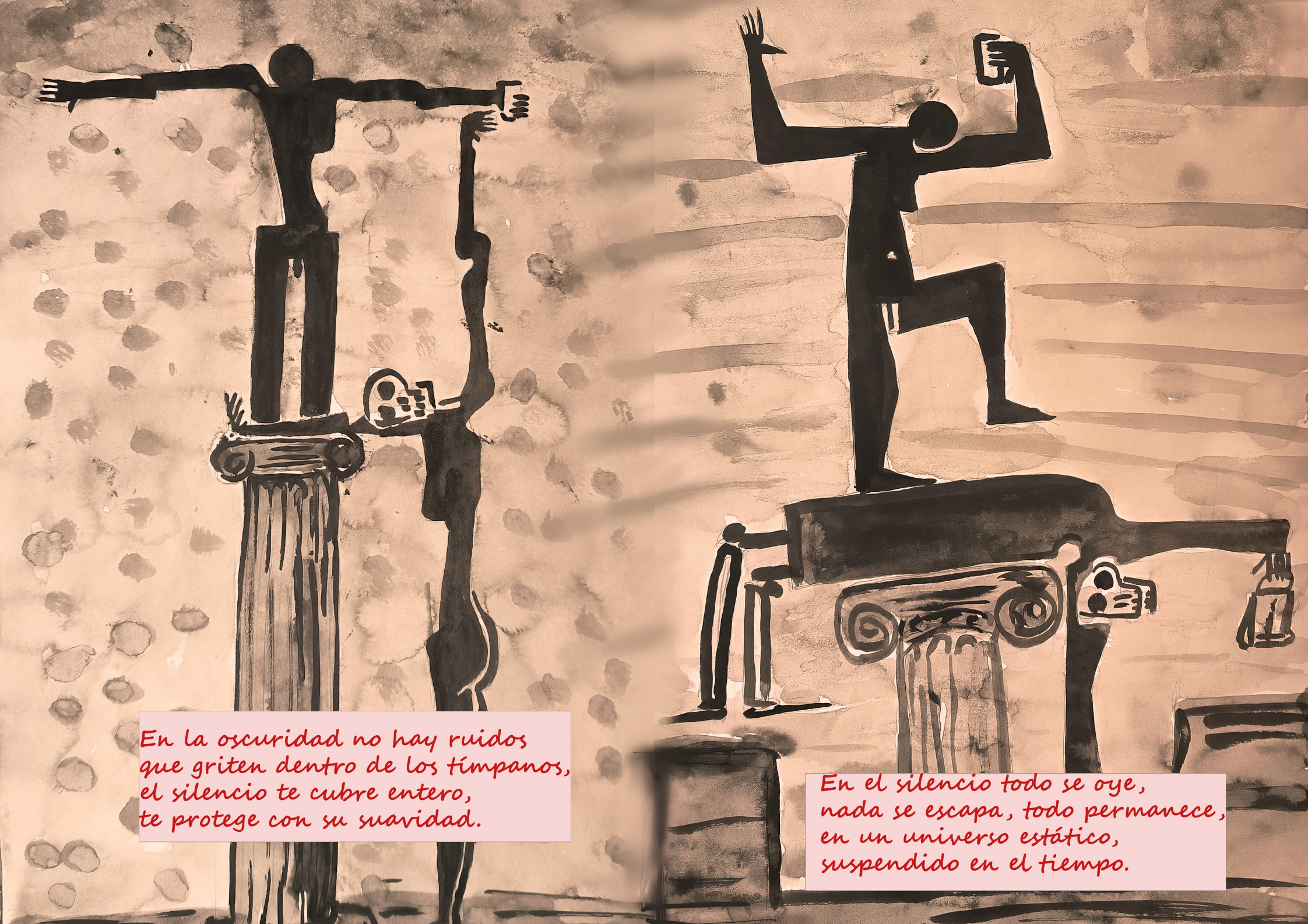

El cosmos no se ha roto,
la humanidad sigue pisando la tierra,
nadie me echara de menos,
yo no echare de menos a nadie.
La Tierra sigue su ruta por el universo,
el mundo se estira buscando su fin,
y el sol brilla sin fijarse en nada.
El ruido vuelve a sonreír.




La Carne

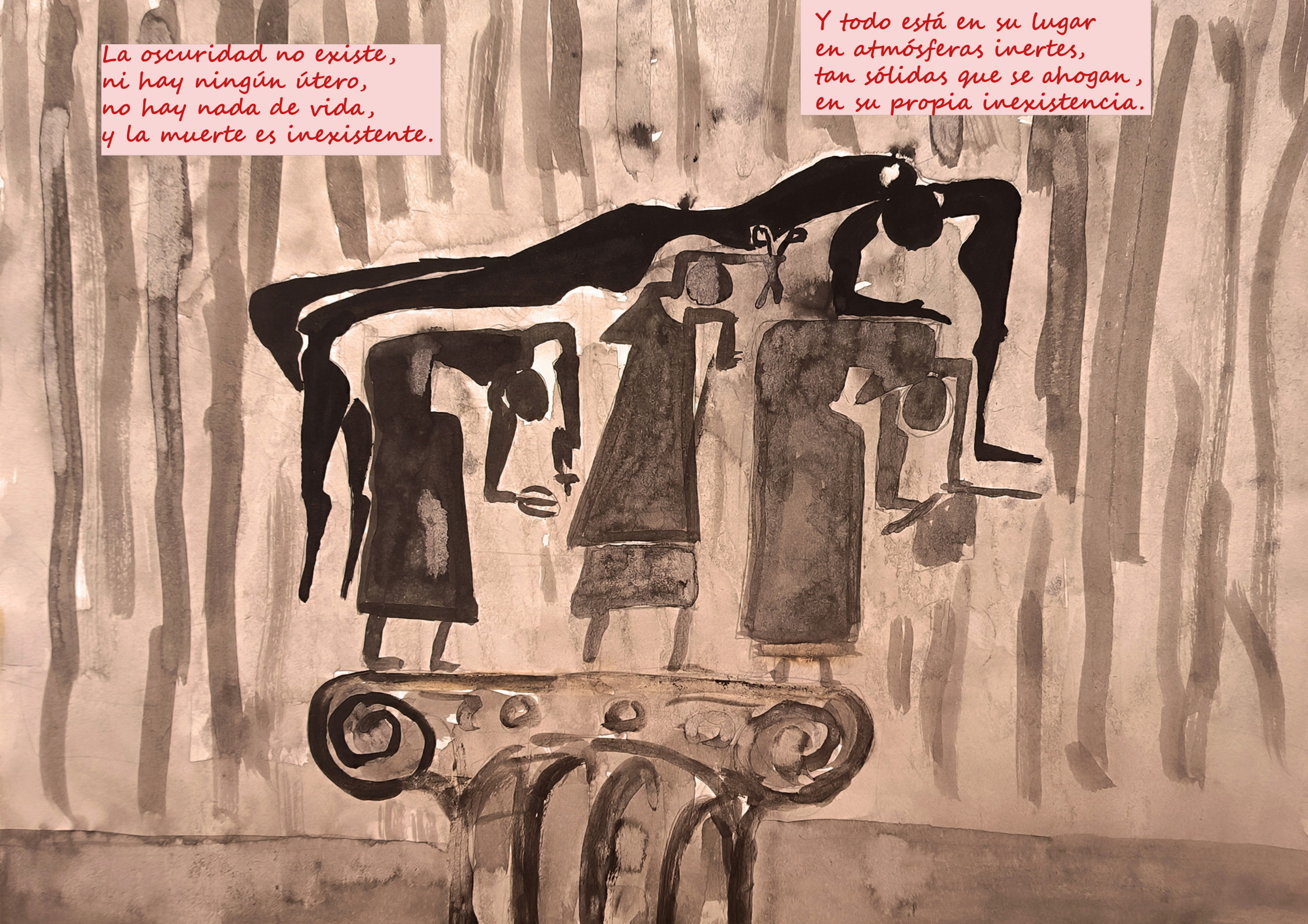



En la oscuridad todo es luz
que no cuesta mirar,
es luz que mira sin que te asuste,
es el calor del útero.
En la oscuridad todo se ve,
nada se puede ocultar,
todo está en los ojos
sin que se puedan cerrar.


En la oscuridad no hay ruidos
que griten dentro de los tímpanos,
el silencio te cubre entero,
te protege con su suavidad.
En el silencio todo se oye,
nada se escapa, todo permanece,
en un universo estático,
suspendido en el tiempo.


En la oscuridad nada existe,
ni mi voz, ni mi pensamiento,
ni tan siquiera el aire
que entra en mis pulmones.


En la oscuridad no hay frío,
en el silencio no existe el calor,
es un útero en el que esperas nacer,
vestido totalmente de blanco.

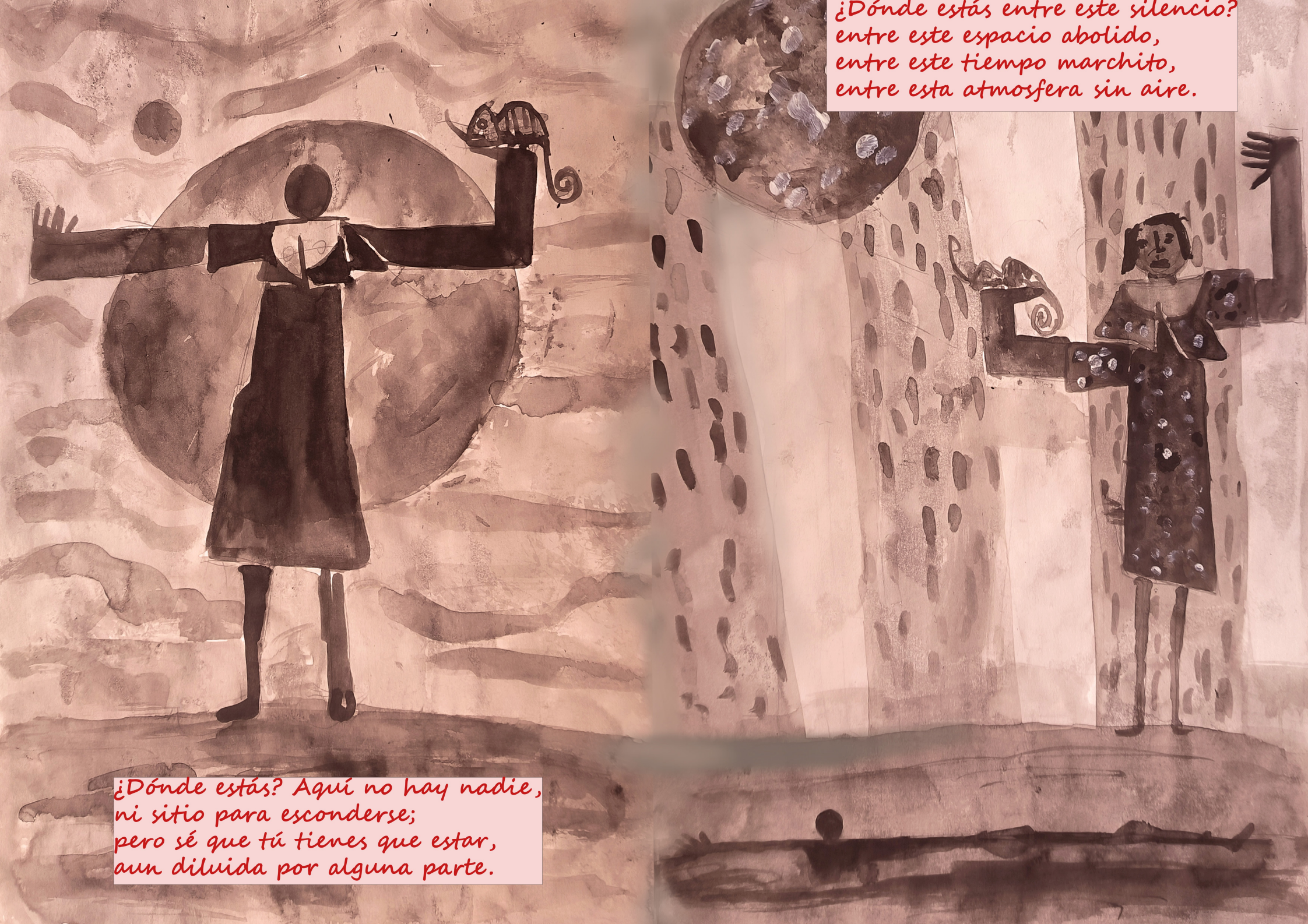

La oscuridad no existe,
ni hay ningún útero,
no hay nada de vida,
y la muerte es inexistente.
Y todo está en su lugar
en atmósferas inertes,
tan sólidas que se ahogan,
en su propia inexistencia.

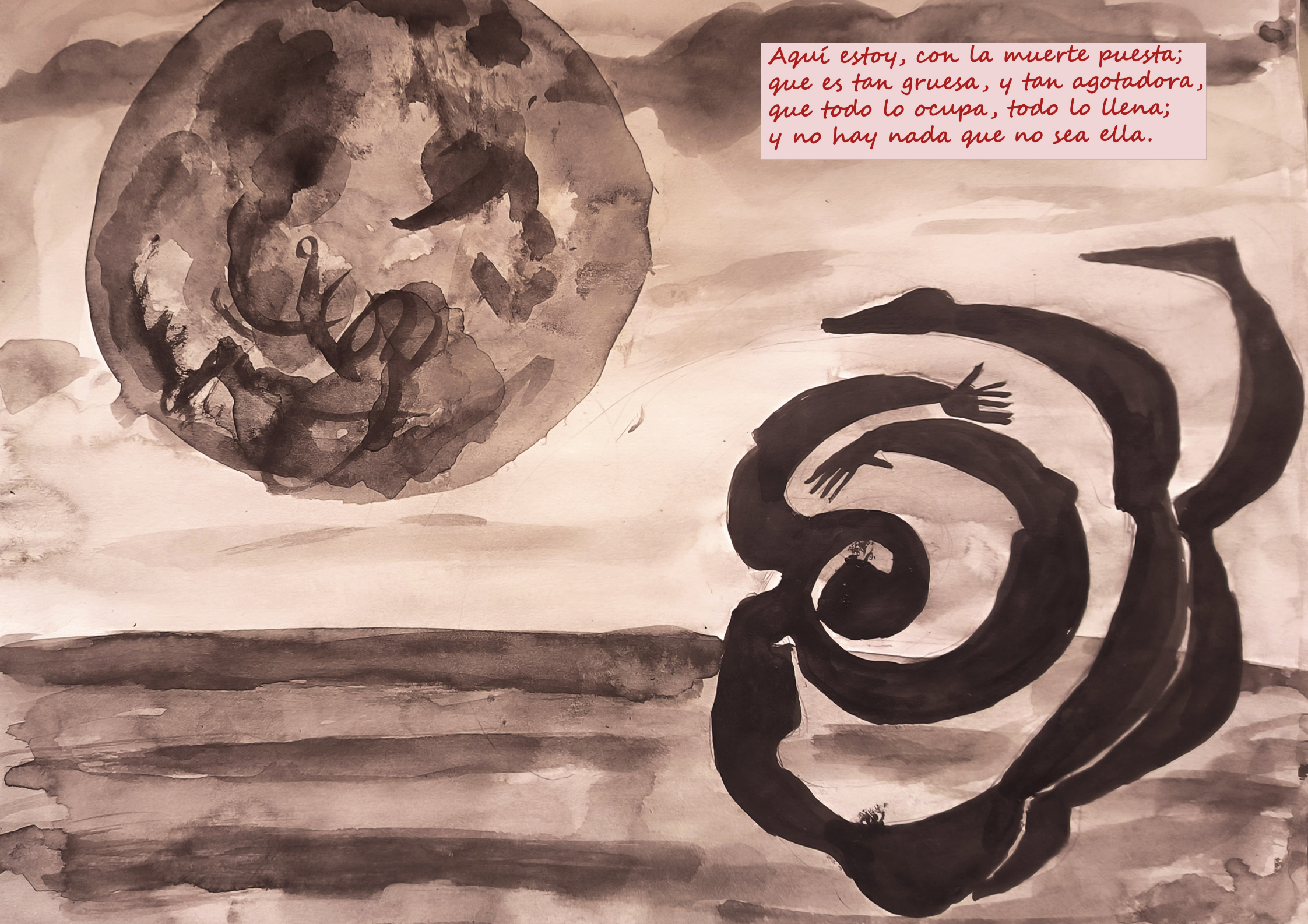



No hay respuestas, ni preguntas,
nada se comprende, resplandece,
con los ojos de la muerte,
que desconocen el tiempo.
Y todo está en su lugar
en atmósferas inertes,
tan sólidas que se ahogan,
en su propia inexistencia.

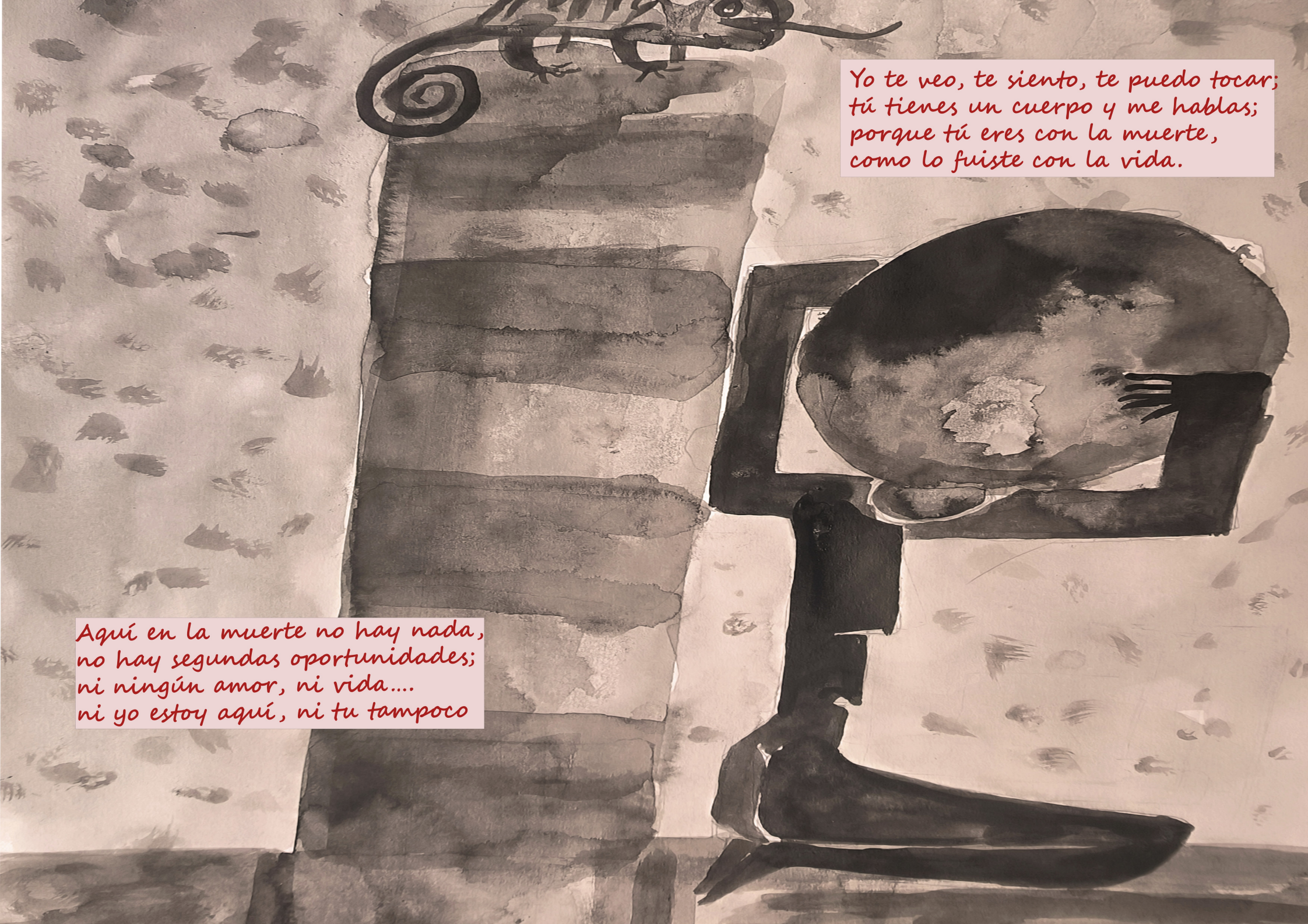

Nada existe, pero todo es,
aunque yo quiera irme,
y desvanecerme en mi aliento,
entre millones de átomos.




¿Dónde estás entre este silencio?
entre este espacio abolido,
entre este tiempo marchito,
entre esta atmosfera sin aire.
¿Dónde estás? Aquí no hay nadie,
ni sitio para esconderse;
pero sé que tú tienes que estar,
aun diluida por alguna parte.


Aquí estoy, con la muerte puesta;
que es tan gruesa, y tan agotadora,
que todo lo ocupa, todo lo llena;
y no hay nada que no sea ella.


Estoy aquí empujado por ti,
para tener la oportunidad;
para conocer tu amor,
que se ocultó durante la vida.


Yo te veo, te siento, te puedo tocar;
tú tienes un cuerpo y me hablas;
porque tú eres con la muerte,
como lo fuiste con la vida.
Aquí en la muerte no hay nada,
no hay segundas oportunidades;
ni ningún amor, ni vida....
ni yo estoy aquí, ni tu tampoco


Tu existes, y existirás siempre,
aunque sea presa en mi mente;
existes desde que te vi,
siendo niño y me asustaste.
La muerte me vino a visitar,
aunque no la quise, me beso;
y yo ya no existo, ni para la muerte;
que solo existo en tu mente.


Existo porque no estás muerto,
esa mi existencia es la venganza,
como mi muerte fue el pago
del daño que a ti te ocasione.
Yo te quise ante mi debilidad,
te quise frente a tu fortaleza,
te quise frente al universo...
no hay nada que perdonar.

Mi fortaleza, mi gran pecado,
mi ignorancia, su sinsentido;
imperdonable para el hacedor;
mi enfermedad, su venganza.



La ignorancia ya está pagada,
con nuestras vidas perdidas;
la inexperiencia pide otra ocasión
aquí dentro de la muerte.



Entiende que yo estoy muerta,
que aquí nunca ha habido nada;
ni vida, ni muerte, ni sueños;
ni tu ni yo estamos aquí.



Todavía tu estas en la vida,
aunque te enredes en la muerte;
la existencia te está esperando;
agárrate y sal de este vacío.



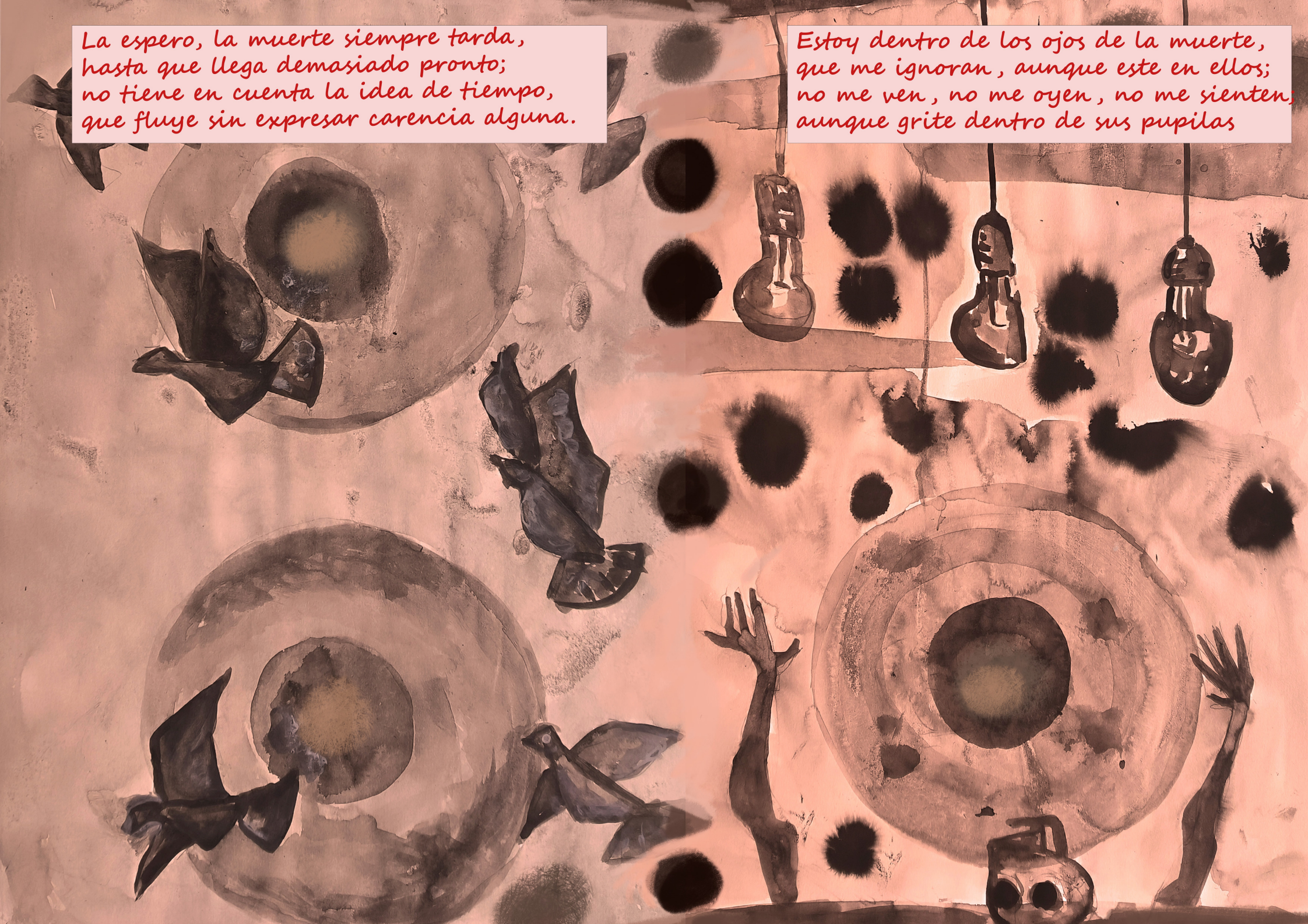


No puedo salir estoy atrapado,
porque tu estas aquí;
no sé qué hacer con la vida,
como no lo he sabido antes.

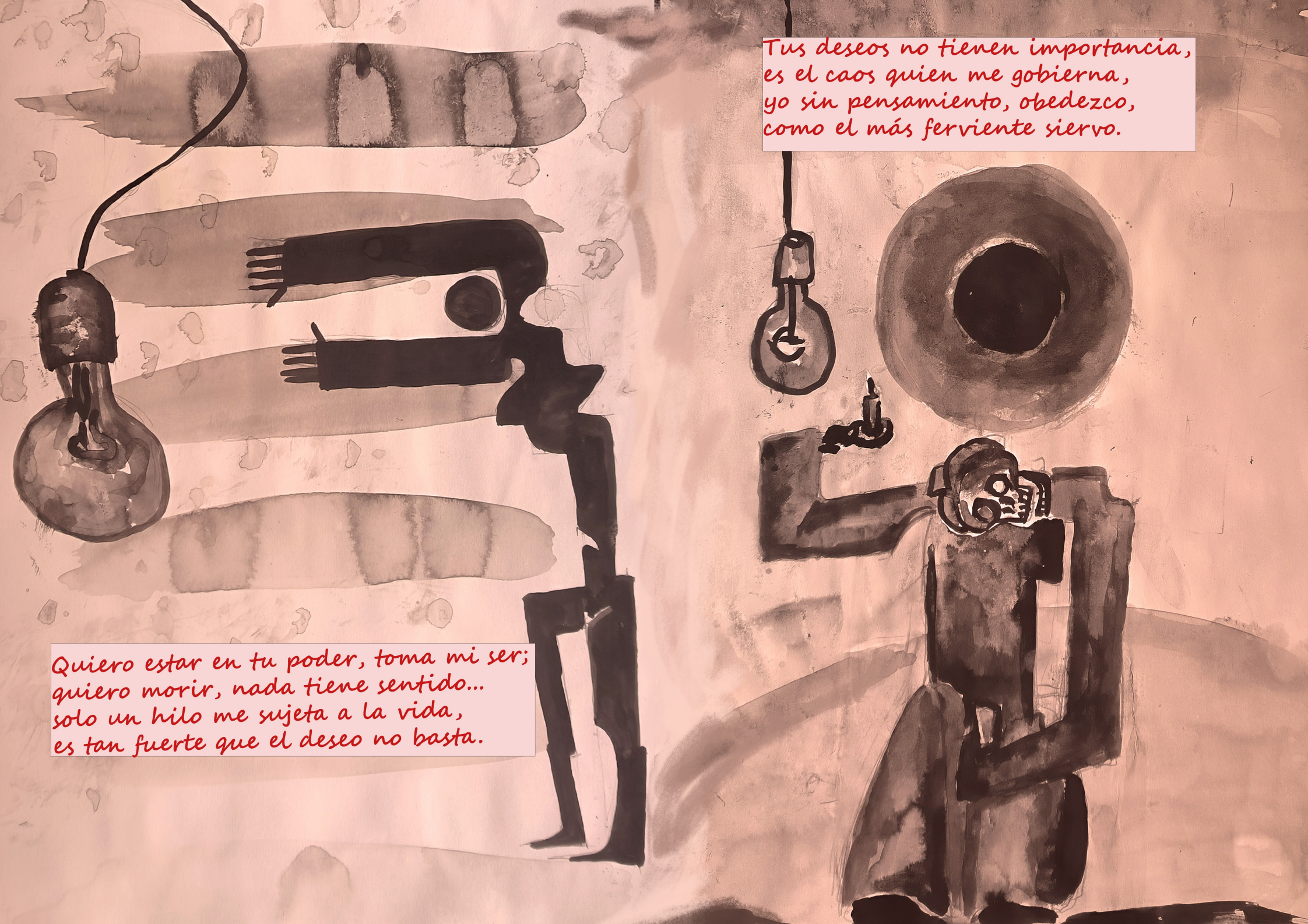


Yo ya no estoy aquí,
ni en ninguna parte;
que la muerte me llevo,
y no suelta a nadie.

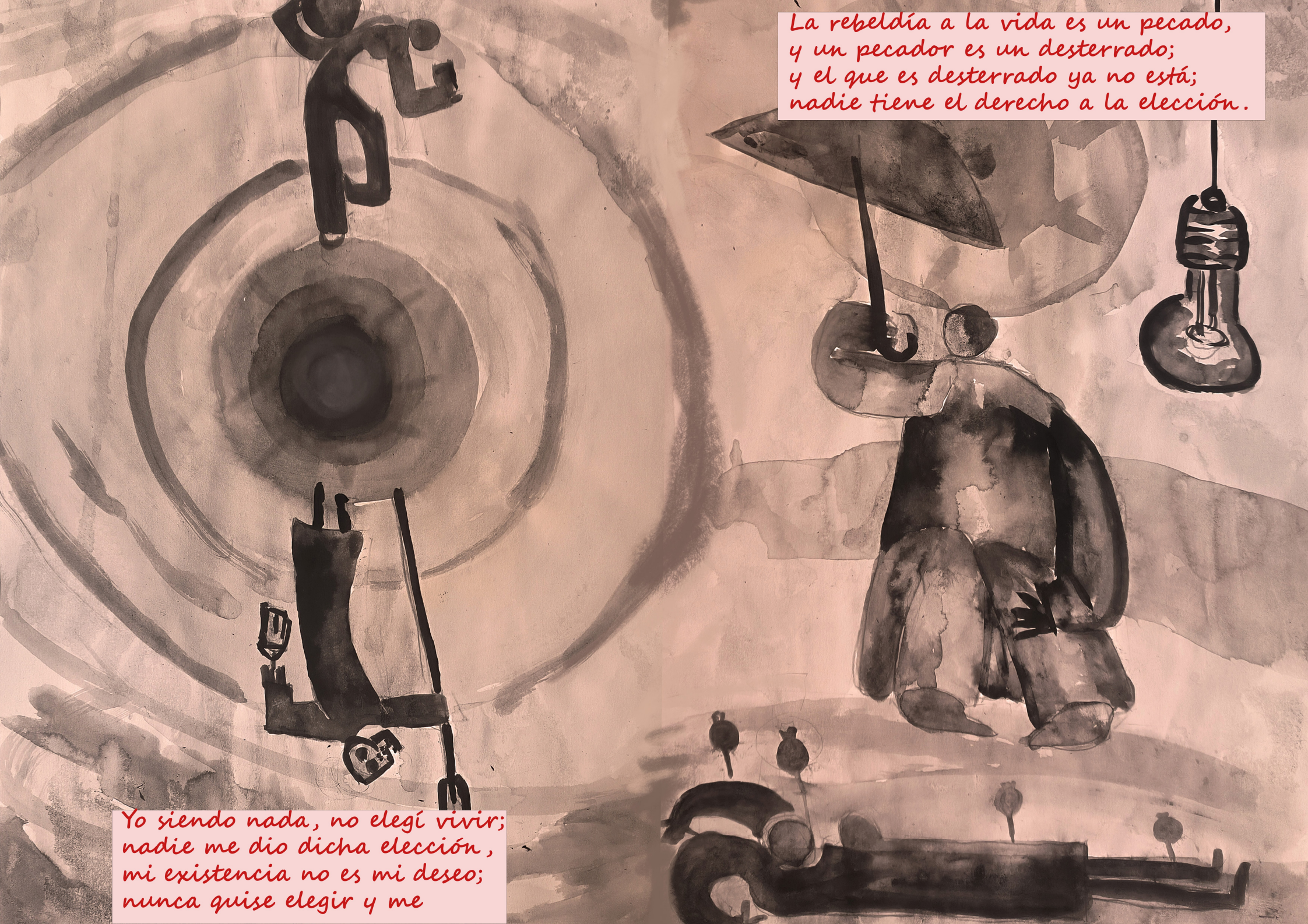

La muerte está sentada frente a mí,
con sus ojos dentro de mi carne;
inmóvil, me mira y no dice nada,
la estoy esperando entre sus garras.
Buscare a la muerte,
yo hablare con ella,
le diré que te libere,
que continuas en la vida.

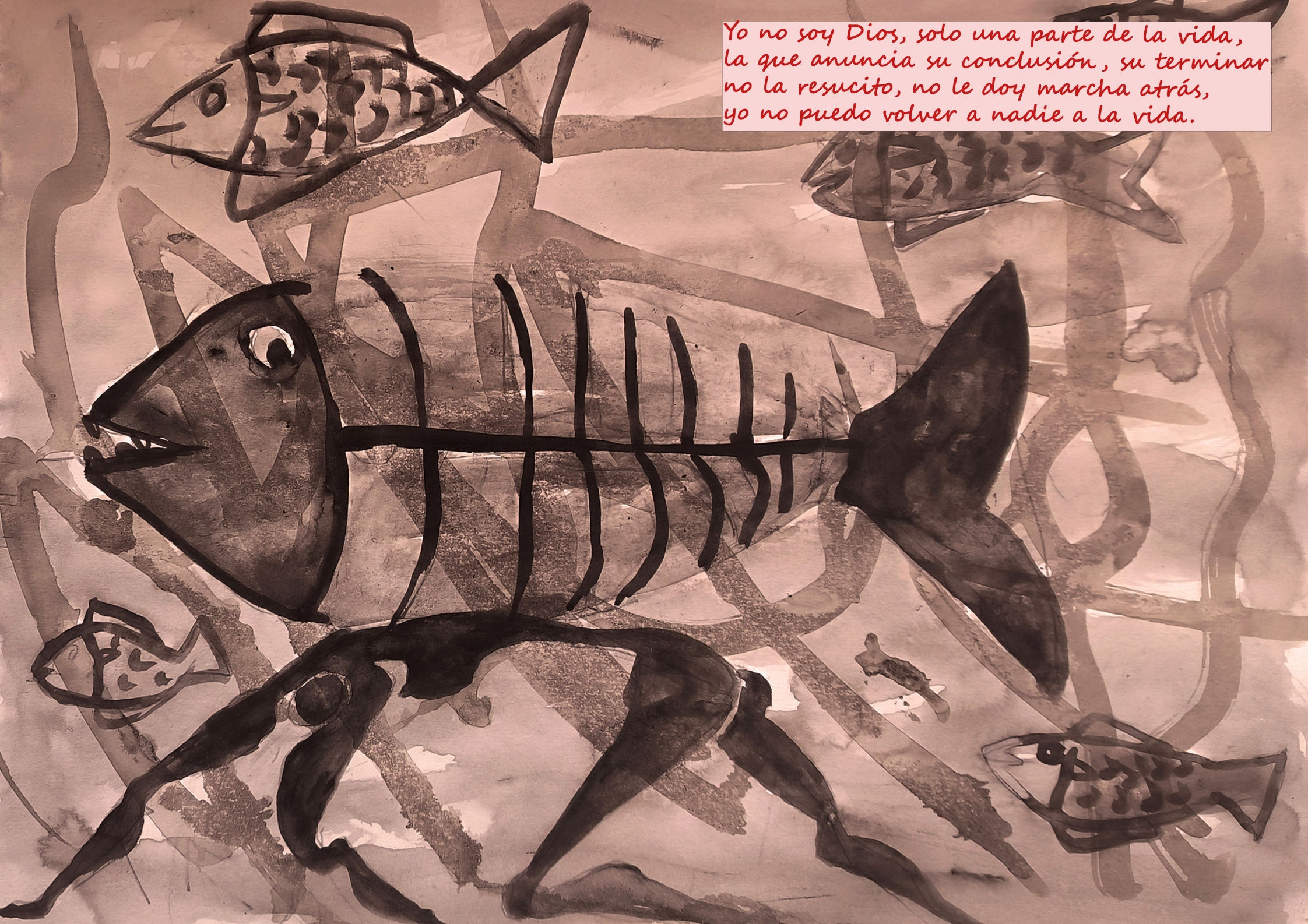

La espero, la muerte siempre tarda,
hasta que llega demasiado pronto;
no tiene en cuenta la idea de tiempo,
que fluye sin expresar carencia alguna.
Estoy dentro de los ojos de la muerte,
que me ignoran, aunque este en ellos;
no me ven, no me oyen, no me sienten;
aunque grite dentro de sus pupilas


Me mira con sus ojos ciegos,
con su posición de superioridad,
y sin dignarse a mover los labios:
me habla sin pronunciar palabras.
Yo formo parte de tu carne,
soy tu sangre antes de tu nacimiento,
que da un sentido a tu existencia,
dentro del absurdo que es vivir.


Tus deseos no tienen importancia,
es el caos quien me gobierna,
yo sin pensamiento, obedezco,
como el más ferviente siervo.
Quiero estar en tu poder, toma mi ser;
quiero morir, nada tiene sentido...
solo un hilo me sujeta a la vida,
es tan fuerte que el deseo no basta.


El caos es el orden perfecto
para este extenso universo,
que se oculta entre mil ciencias,
y para nada resulta extraño.
El caos, quien todo desordena,
el que enloquece a la razón,
envilece a los deseos del hombre,
encarnándole en una misera piedra.


La rebeldía a la vida es un pecado,
y un pecador es un desterrado;
y el que es desterrado ya no está;
nadie tiene el derecho a la elección.
Yo siendo nada, no elegí vivir;
nadie me dio dicha elección,
mi existencia no es mi deseo;
nunca quise elegir y me


Yo no soy Dios, solo una parte de la vida,
la que anuncia su conclusión, su terminar
no la resucito, no le doy marcha atrás,
yo no puedo volver a nadie a la vida.

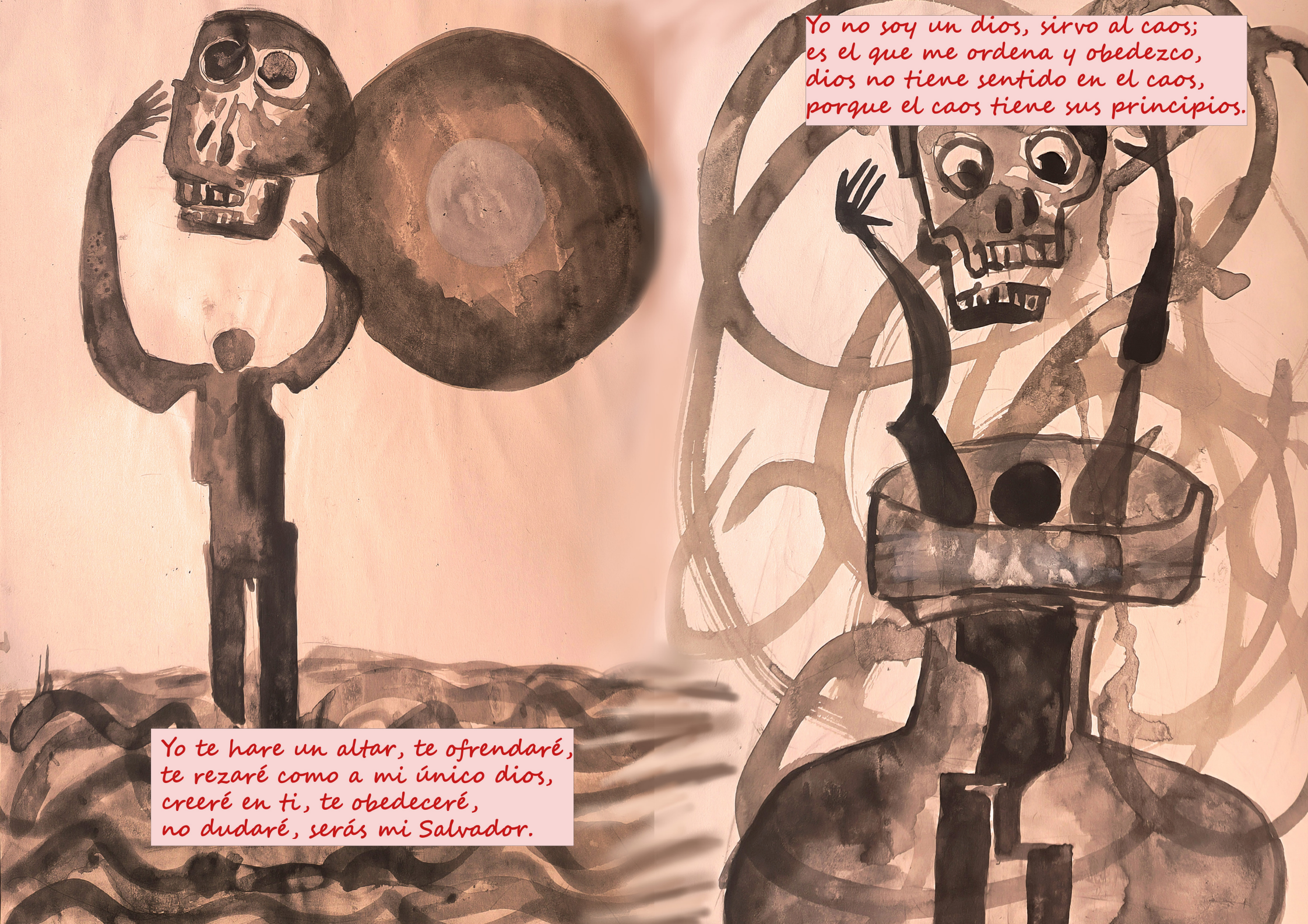

Se que la vida necesita la muerte,
tanto como la muerte necesita la vida;
yo nunca quise ni estar vivo, ni muerto;
estoy libre de las órdenes del caos.
Tu no tienes ninguna elección,
en el caos no se permite la democracia;
tus deseos y tus acciones no importan,
todas las leyes se dictan en el caos.

Te la llevaste, ella quería vivir,
tráemela de nuevo a la vida
el equilibrio del mundo permanecerá
en el universo no pesará su presencia.

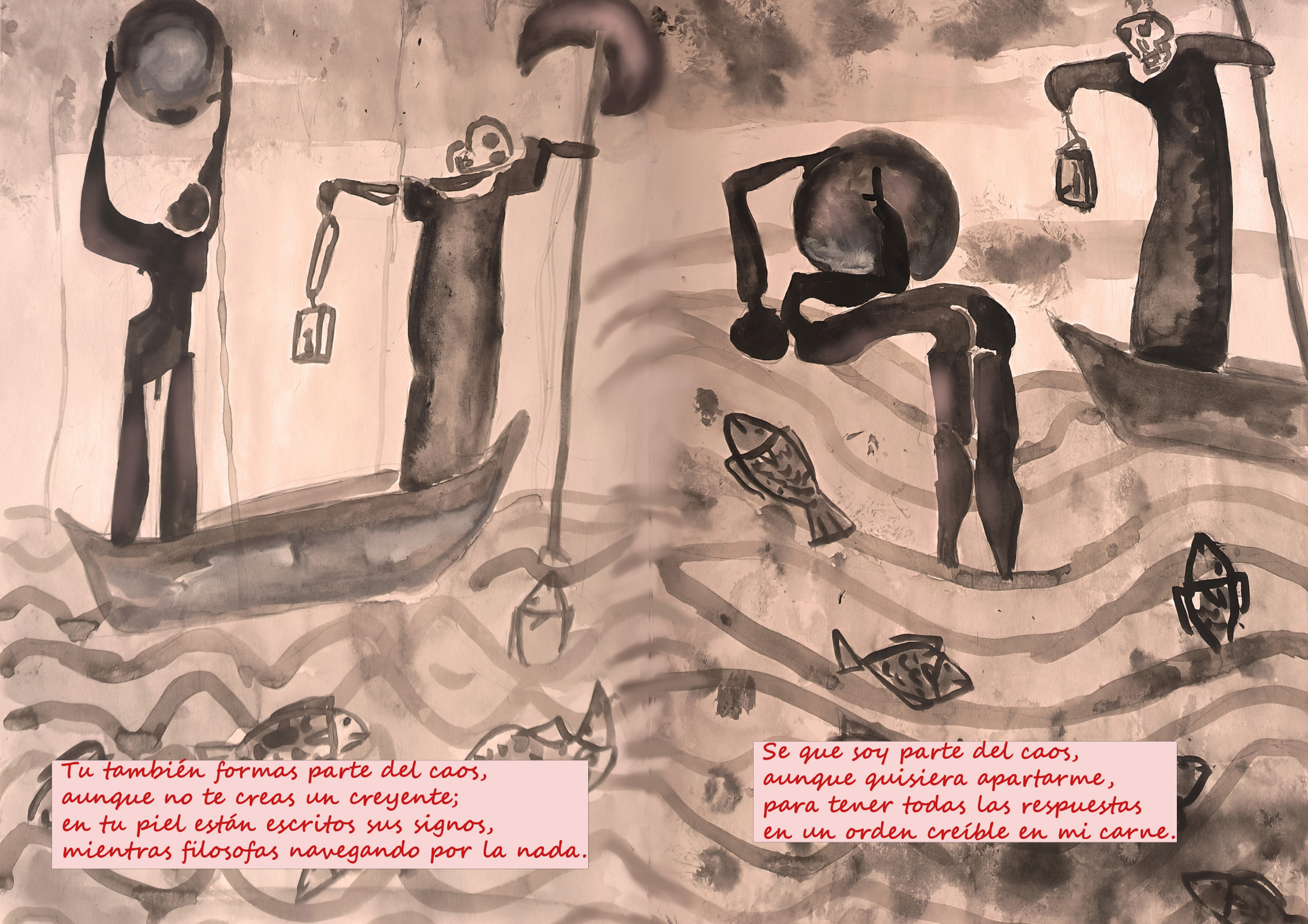
En el caos no existe ningún equilibrio;
no importa la destrucción del mundo,
ni su propia destrucción;
porque el es su constante creación.

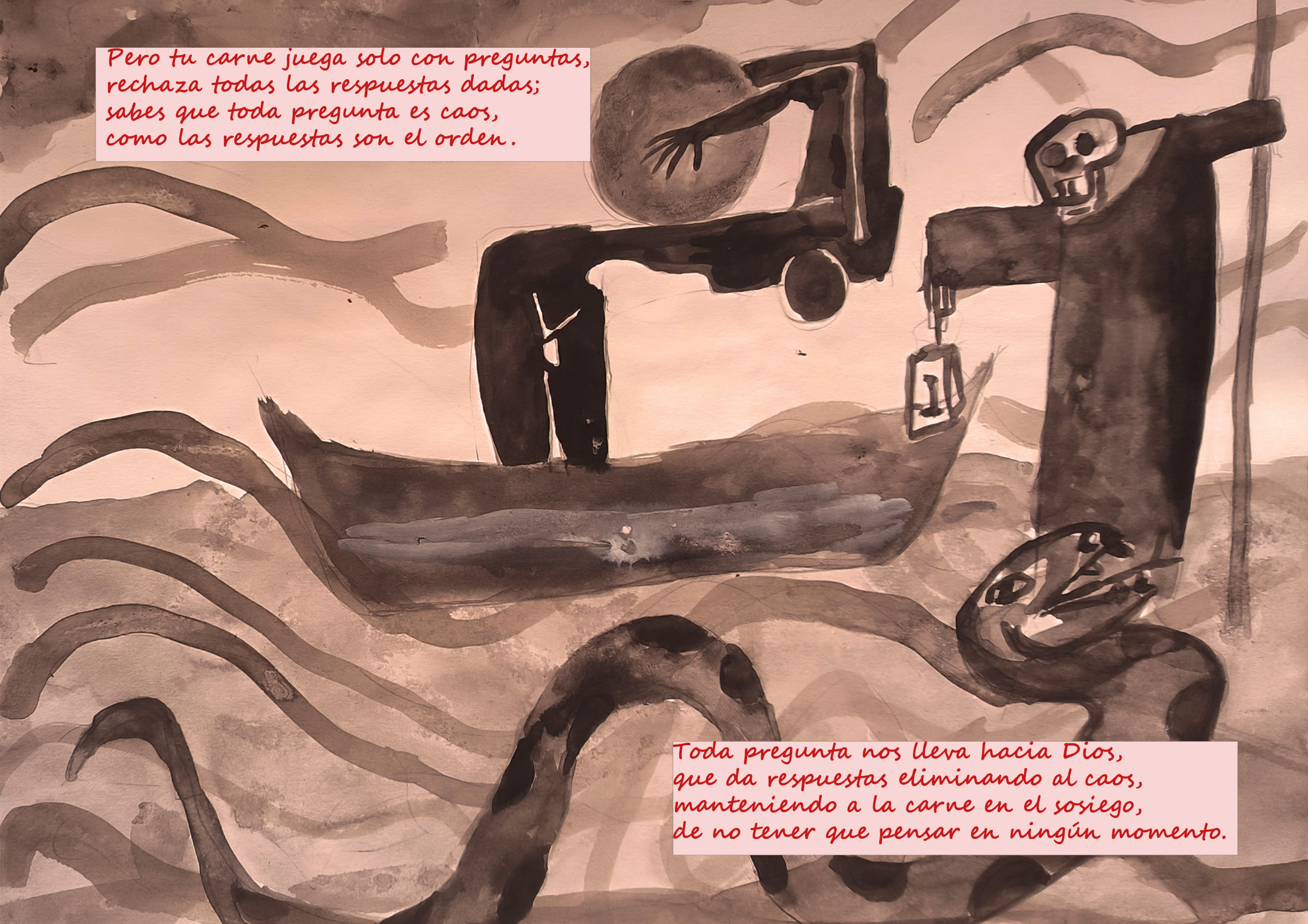


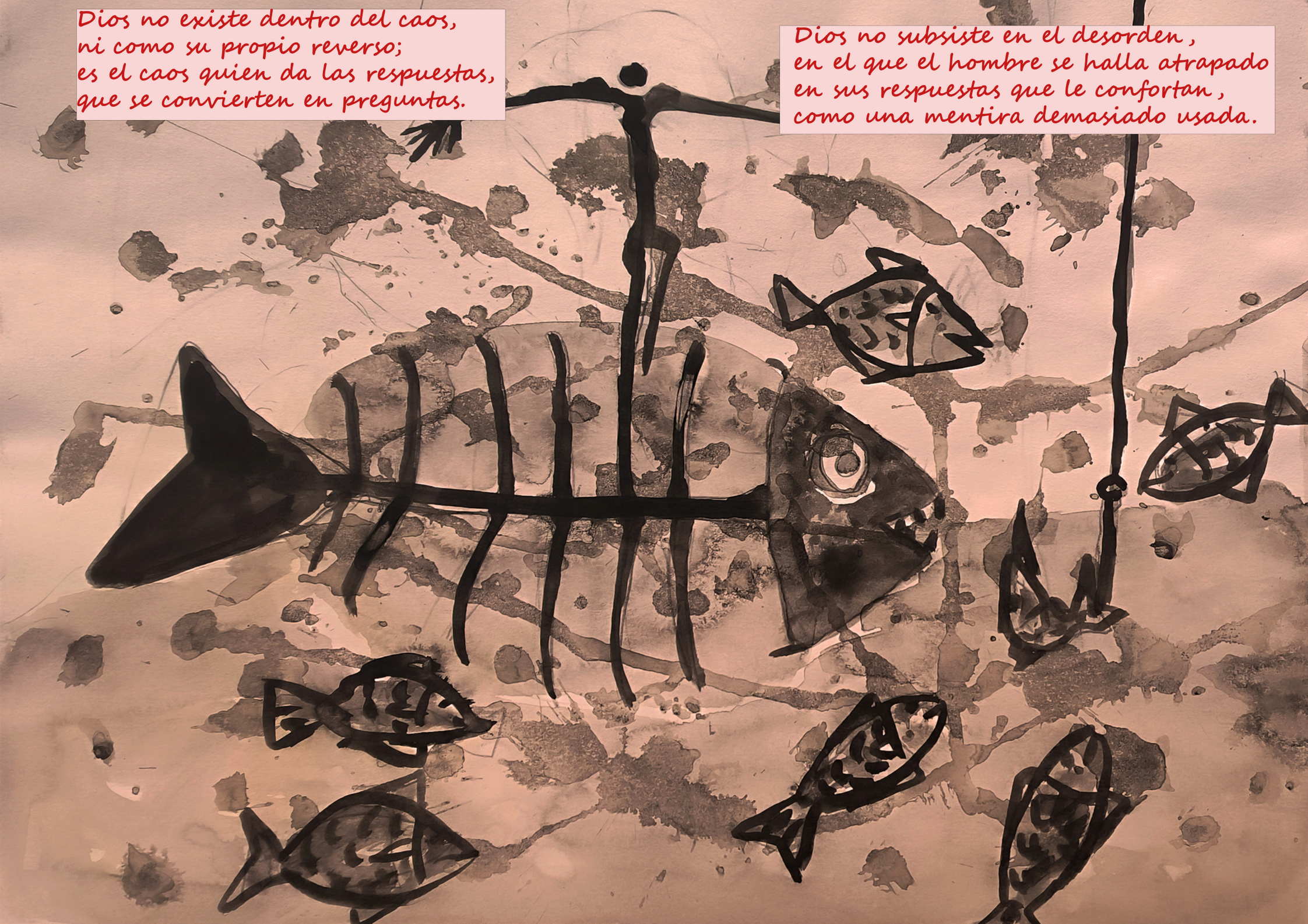

Yo no creo en el caos,
soy el enemigo del caos,
combato contra el caos;
me debes llevar contigo.
El caos nunca ordena profesar,
podrás creer en lo que quieras,
pero siendo esclavo a sus leyes;
yo no puedo descuidar sus afanes.

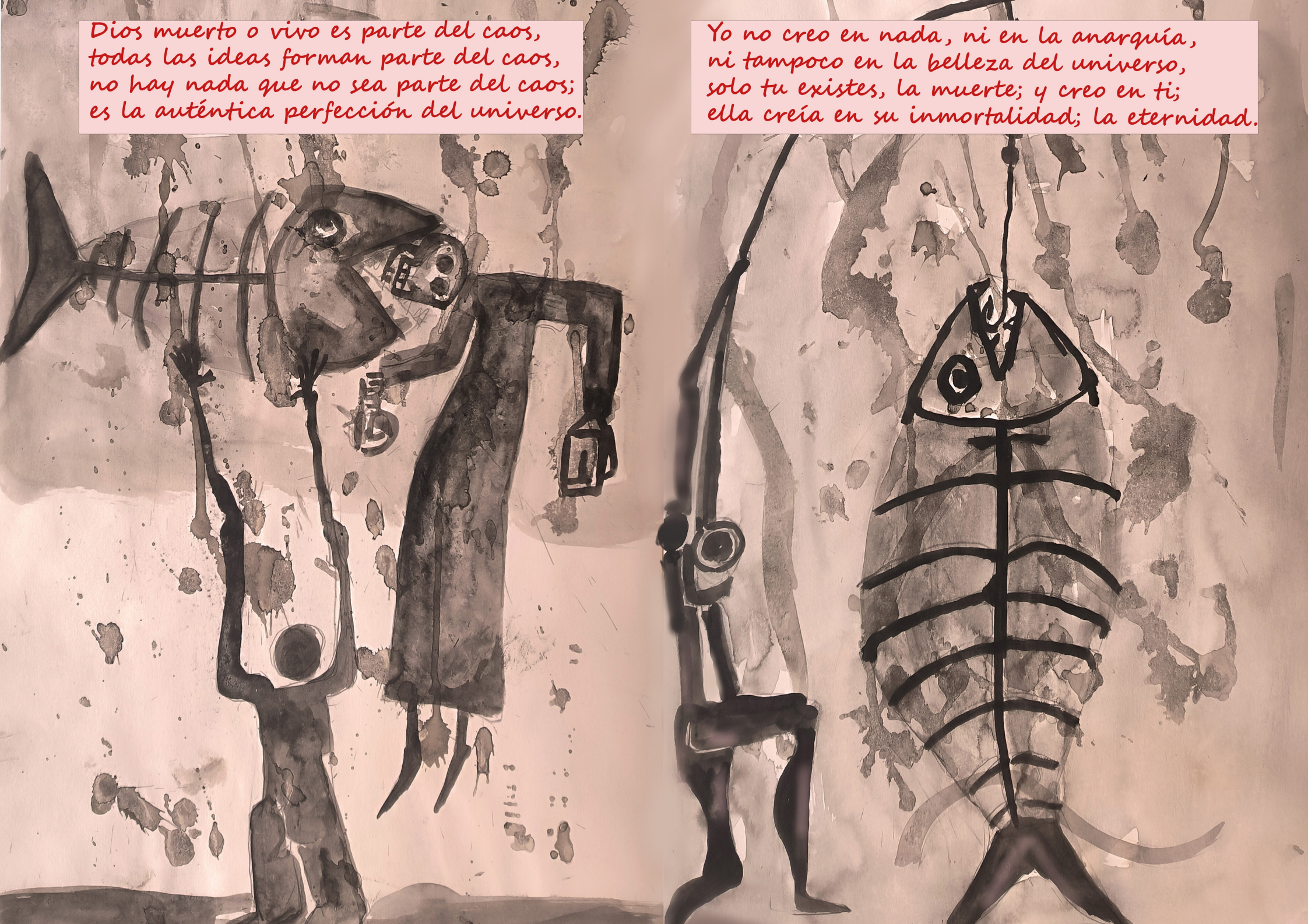

Yo te hare un altar, te ofrendaré,
te rezaré como a mi único dios,
creeré en ti, te obedeceré,
no dudaré, serás mi Salvador.
Yo no soy un dios, sirvo al caos;
es el que me ordena y obedezco,
dios no tiene sentido en el caos,
porque el caos tiene sus principios.

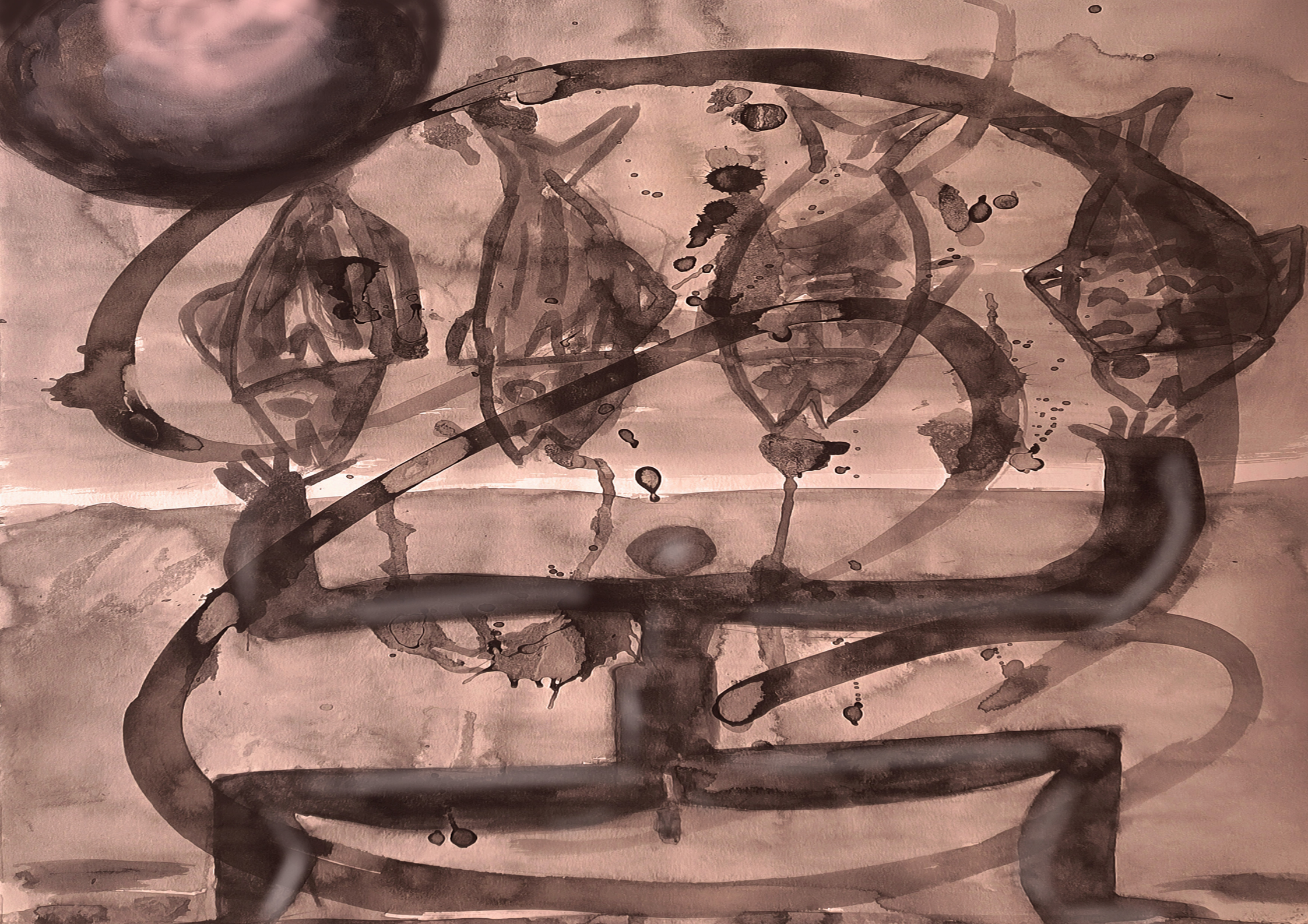

La anarquía no necesita altares,
es suficientemente narcisista.
se los construye ella misma;
pero el orden tiene que pedir iglesias.
Tú crees que el caos es Dios,
y Dios no existe en el caos,
no hay nada más alejado
el caos se sujeta a sus propias leyes.


Tu también formas parte del caos,
aunque no te creas un creyente;
en tu piel están escritos sus signos,
mientras filosofas navegando por la nada.
Se que soy parte del caos,
aunque quisiera apartarme,
para tener todas las respuestas
en un orden creíble en mi carne.


Pero tu carne juega solo con preguntas,
rechaza todas las respuestas dadas;
sabes que toda pregunta es caos,
como las respuestas son el orden.
Toda pregunta nos lleva hacia Dios,
que da respuestas eliminando al caos,
manteniendo a la carne en el sosiego,
de no tener que pensar en ningún momento.


Dios no existe dentro del caos,
ni como su propio reverso;
es el caos quien da las respuestas,
que se convierten en preguntas.
Dios no subsiste en el desorden,
en el que el hombre se halla atrapado
en sus respuestas que le confortan,
como una mentira demasiado usada.


Dios muerto o vivo es parte del caos,
todas las ideas forman parte del caos,
no hay nada que no sea parte del caos;
es la auténtica perfección del universo.
Yo no creo en nada, ni en la anarquía,
ni tampoco en la belleza del universo,
solo tu existes, la muerte; y creo en ti;
ella creía en su inmortalidad; la eternidad.





Mi carne se despierta del sueño
se hace materia solidificándose,
revelándose, reclamando vida;
y la muerte se deshace en el aire.




Mi carne está ahí tumbada,
entre cien tubos y mil cables,
que me buscan, que me llaman,
con un suave pitido, canto de sirena.



Mi carne se resiste a morir,
sus fibras no quieren pudrirse,
ni fertilizar la tierra, ni ser plantas,
se resiste, permaneciendo siendo carne

Mi carne quiere mantener su vida,
siente su vida, desconoce la muerte,
aunque su aliento se hace presente,
y se siente por toda la habitación.


Mi carne no cree en su muerte,
pervive en ilusión de inmortalidad,
construida por sus propios genes,
con tinta de indudable verdad.
Escrito en lo profundo mi carne,
nada más que sobrevivir,
permanecer sin fermentar,
y sin medir ningún tiempo


Cantos de sirena me llaman,
que no quiero escuchar,
pero se aferran a la carne,
que ansía por sentir, existir.
Agua que entra en mis venas,
se disuelve entre mi sangre,
quita la sed de mi carne,
que sueña con la eternidad.

La carne quiere grita y chilla
para proclamar su realidad
pero un tubo en mi garganta,
silencia mi aliento caliente.

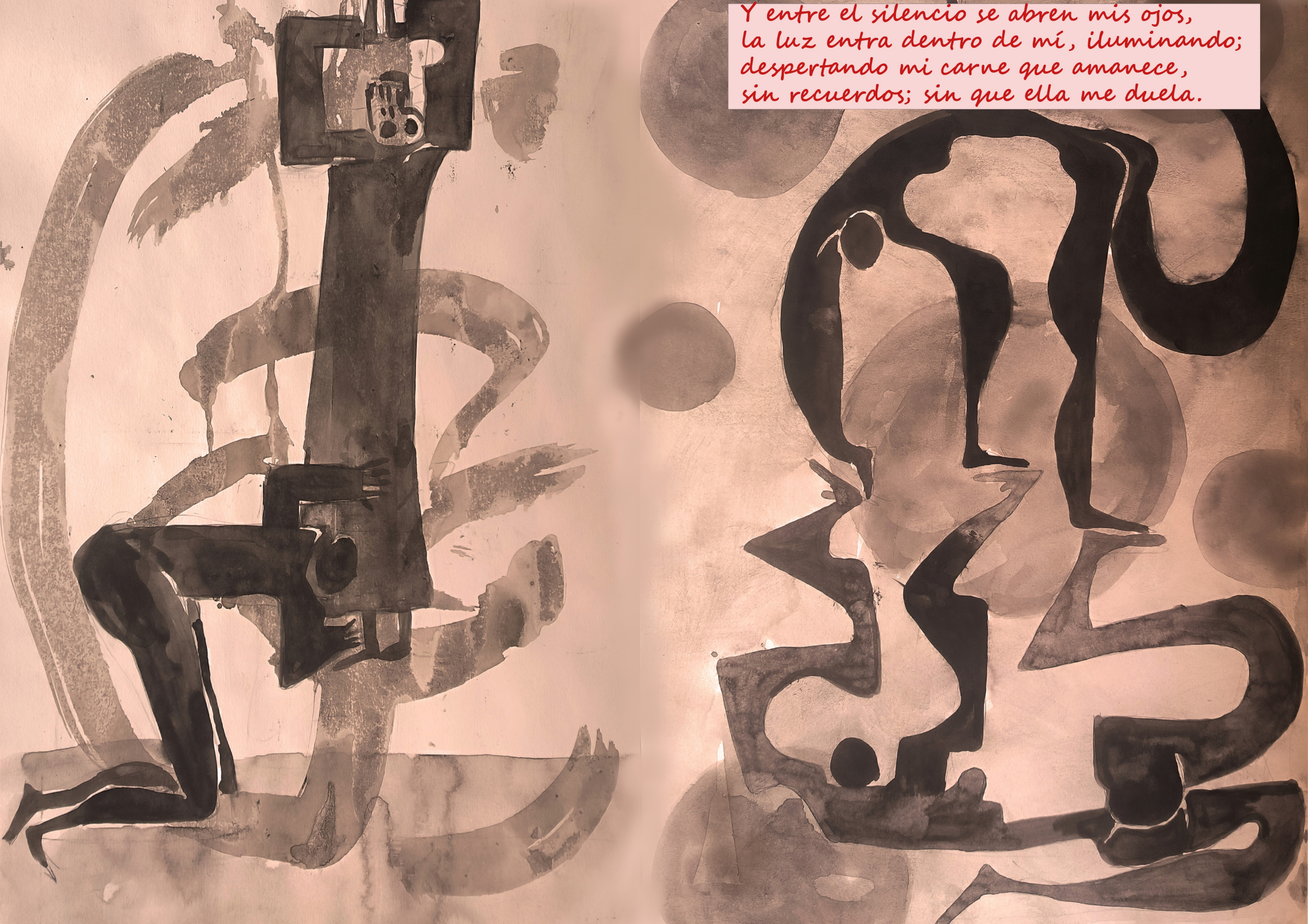
Y yo voy muriendo entre las sábanas,
ante ojos en silencio de la madre,
preguntándose qué salió mal,
buscando una respuesta que alivie.




No hay respuestas, no hay preguntas,
solo una oscuridad que no duele,
un silencio tan absurdo y amarillo,
que no sirve de nada entenderlo.



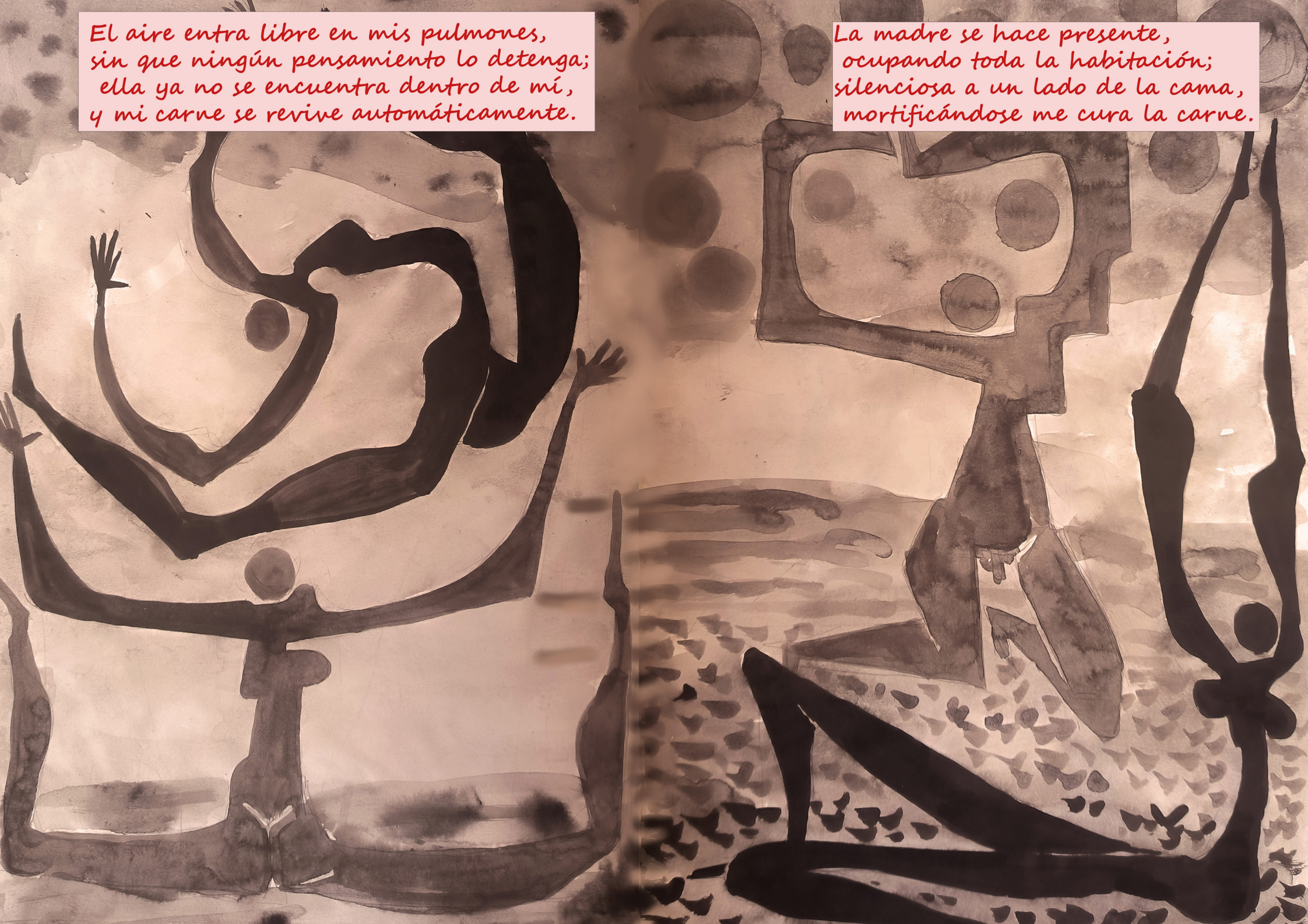


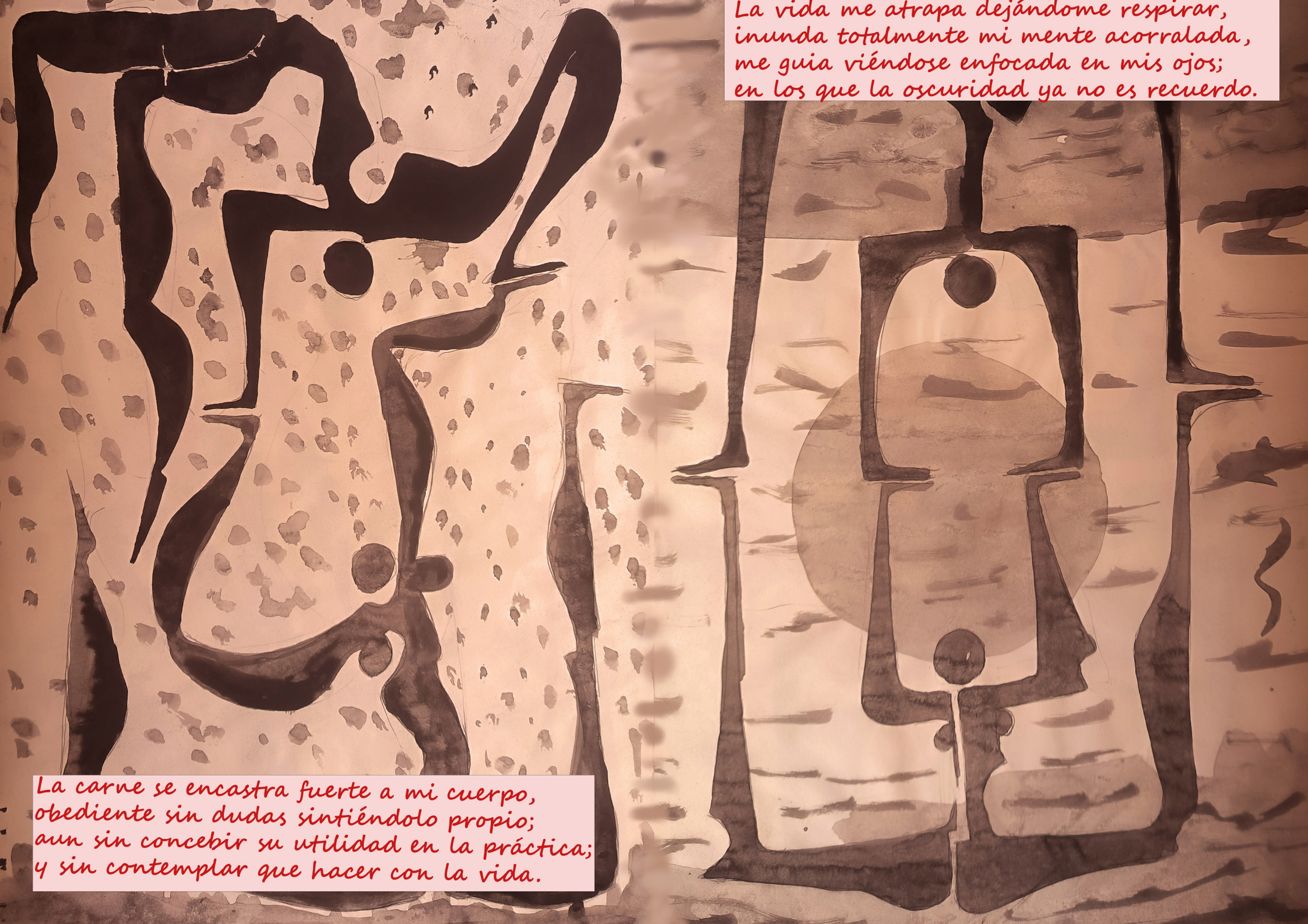

Y entre el silencio se abren mis ojos,
la luz entra dentro de mí, iluminando;
despertando mi carne que amanece,
sin recuerdos; sin que ella me duela.

El pasado apagado se queda atrás,
comenzando todo de nuevo sin ansias,
con todos los esfuerzos puestos en ello;
ella se queda cada vez más lejana.

En la claridad, el silencio se despierta,
los ruidos se afianzan sin asustar al cerebro;
la carne se fortalece creyendo en si misma,
y se levanta de la cama poniéndose en pie.

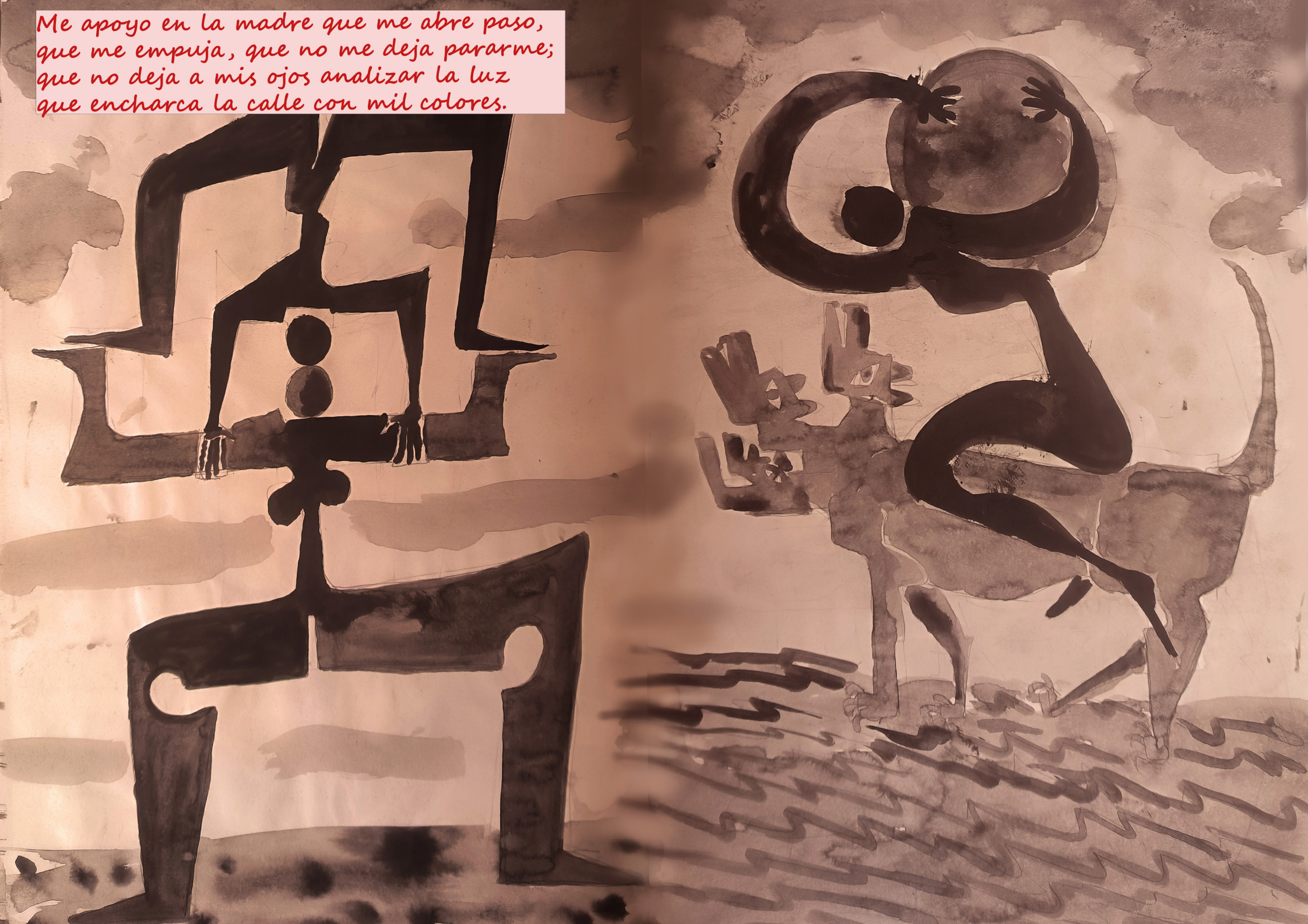


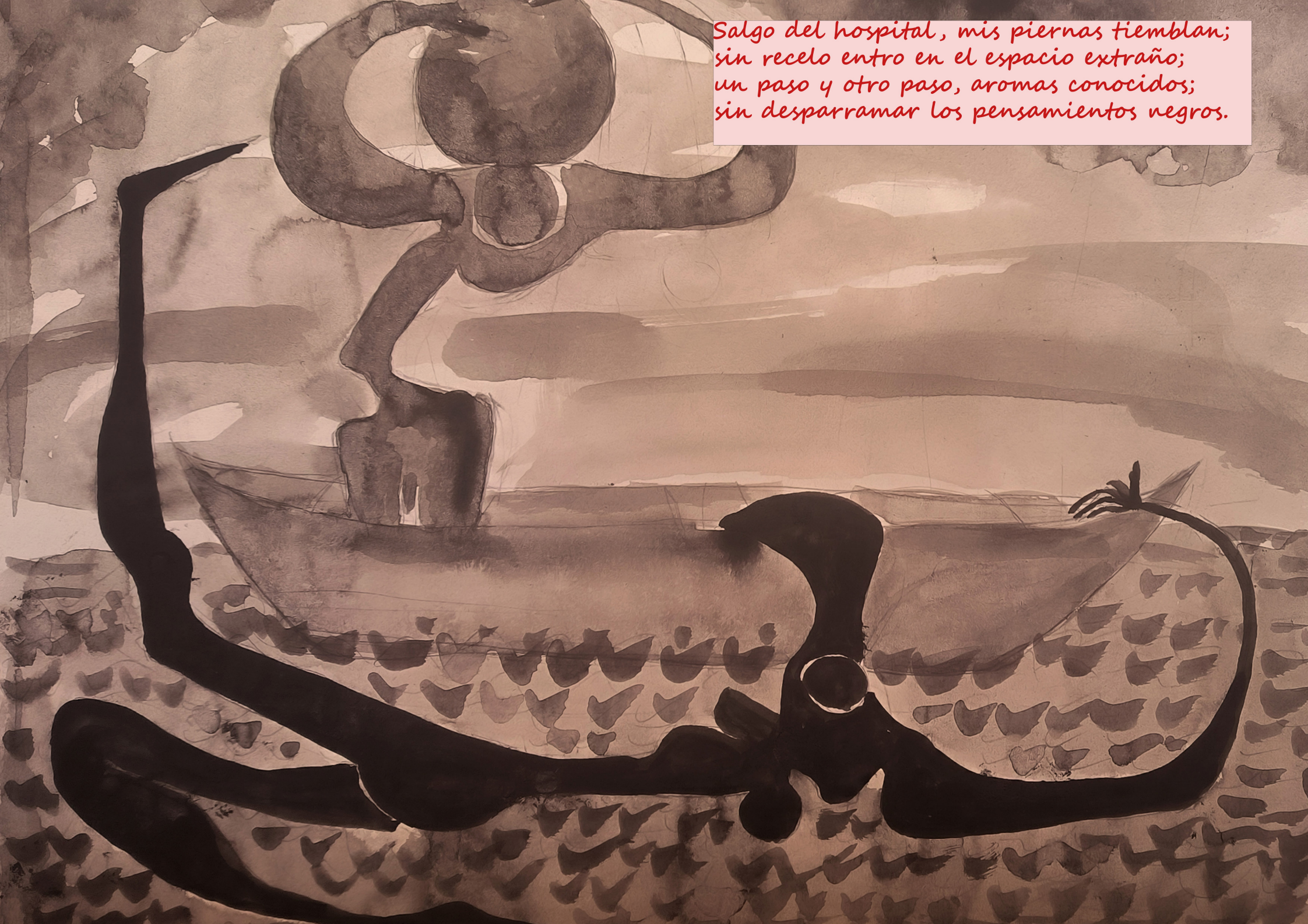

El aire entra libre en mis pulmones,
sin que ningún pensamiento lo detenga;
ella ya no se encuentra dentro de mí,
y mi carne se revive automáticamente.
La madre se hace presente,
ocupando toda la habitación;
silenciosa a un lado de la cama,
mortificándose me cura la carne.



La vida me atrapa dejándome respirar,
inunda totalmente mi mente acorralada,
me guia viéndose enfocada en mis ojos;
en los que la oscuridad ya no es recuerdo.

La carne se encastra fuerte a mi cuerpo,
obediente sin dudas sintiéndolo propio;
aun sin concebir su utilidad en la práctica;
y sin contemplar que hacer con la vida.


Me apoyo en la madre que me abre paso,
que me empuja, que no me deja pararme;
que no deja a mis ojos analizar la luz
que encharca la calle con mil colores.

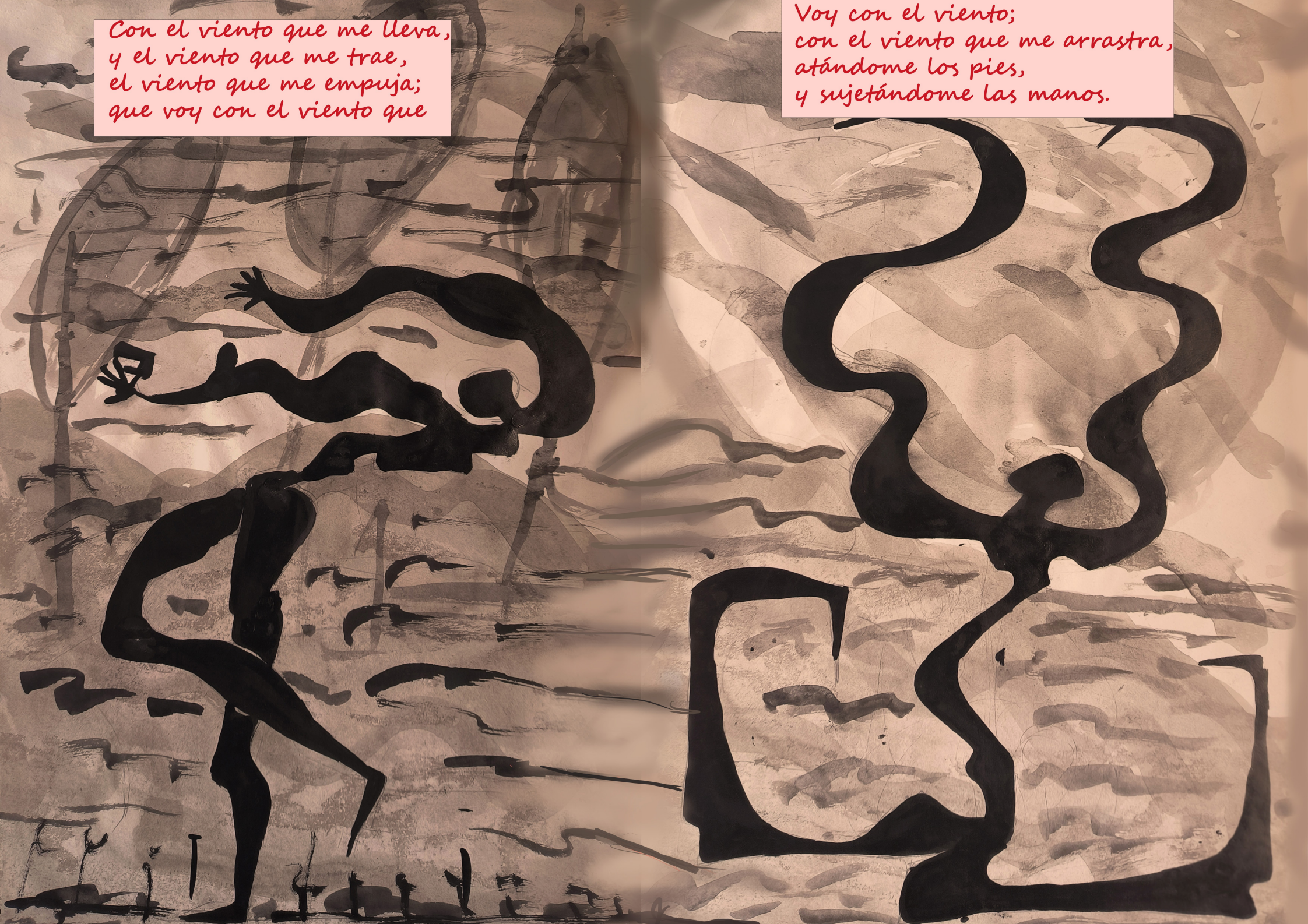

Salgo del hospital, mis piernas tiemblan;
sin recelo entro en el espacio extraño;
un paso y otro paso, aromas conocidos;
sin desparramar los pensamientos negros.



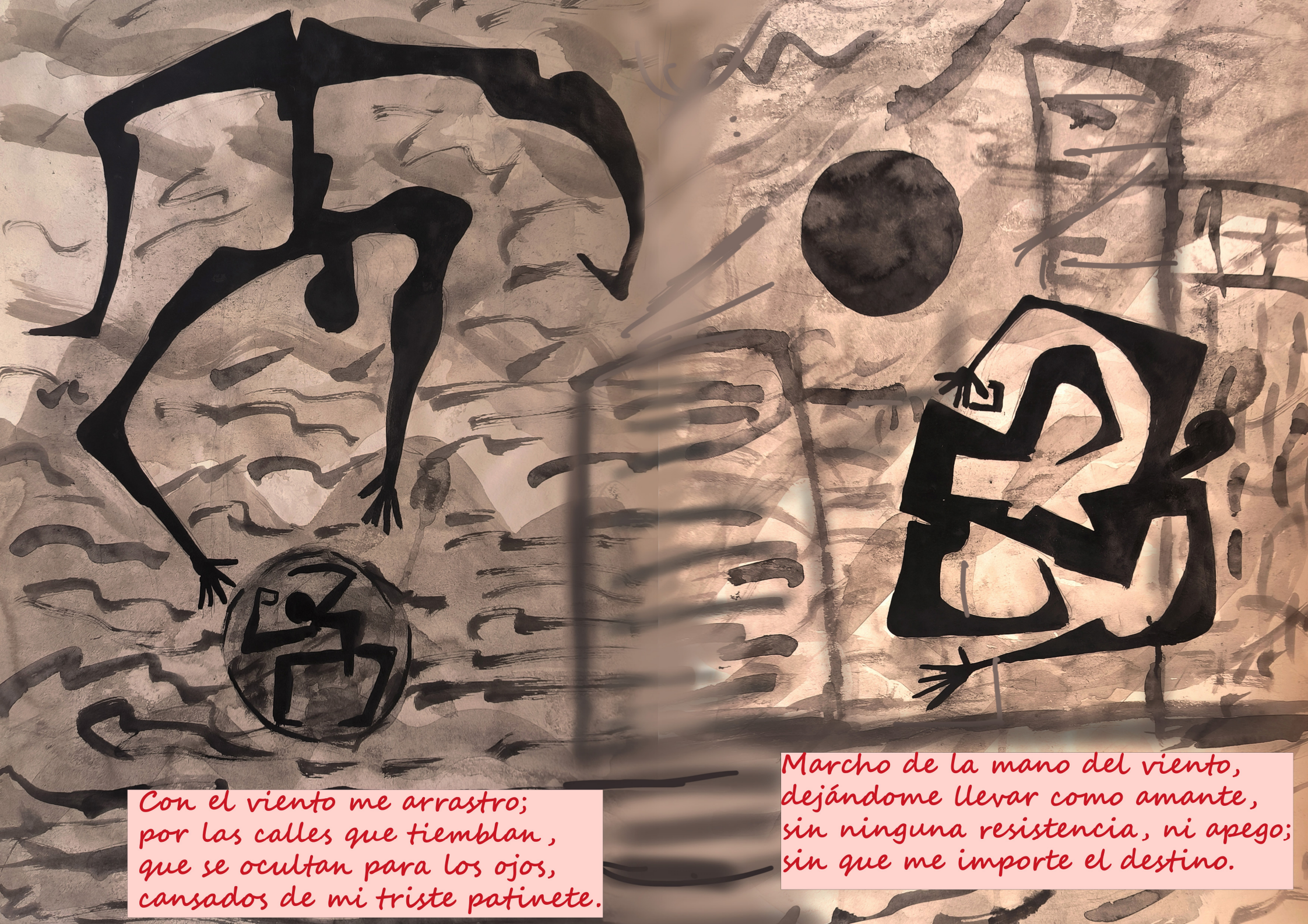
La Nada




la nada


Con el viento que me lleva,
y el viento que me trae,
el viento que me empuja;
que voy con el viento que
Voy con el viento;
con el viento que me arrastra,
atándome los pies,
y sujetándome las manos.

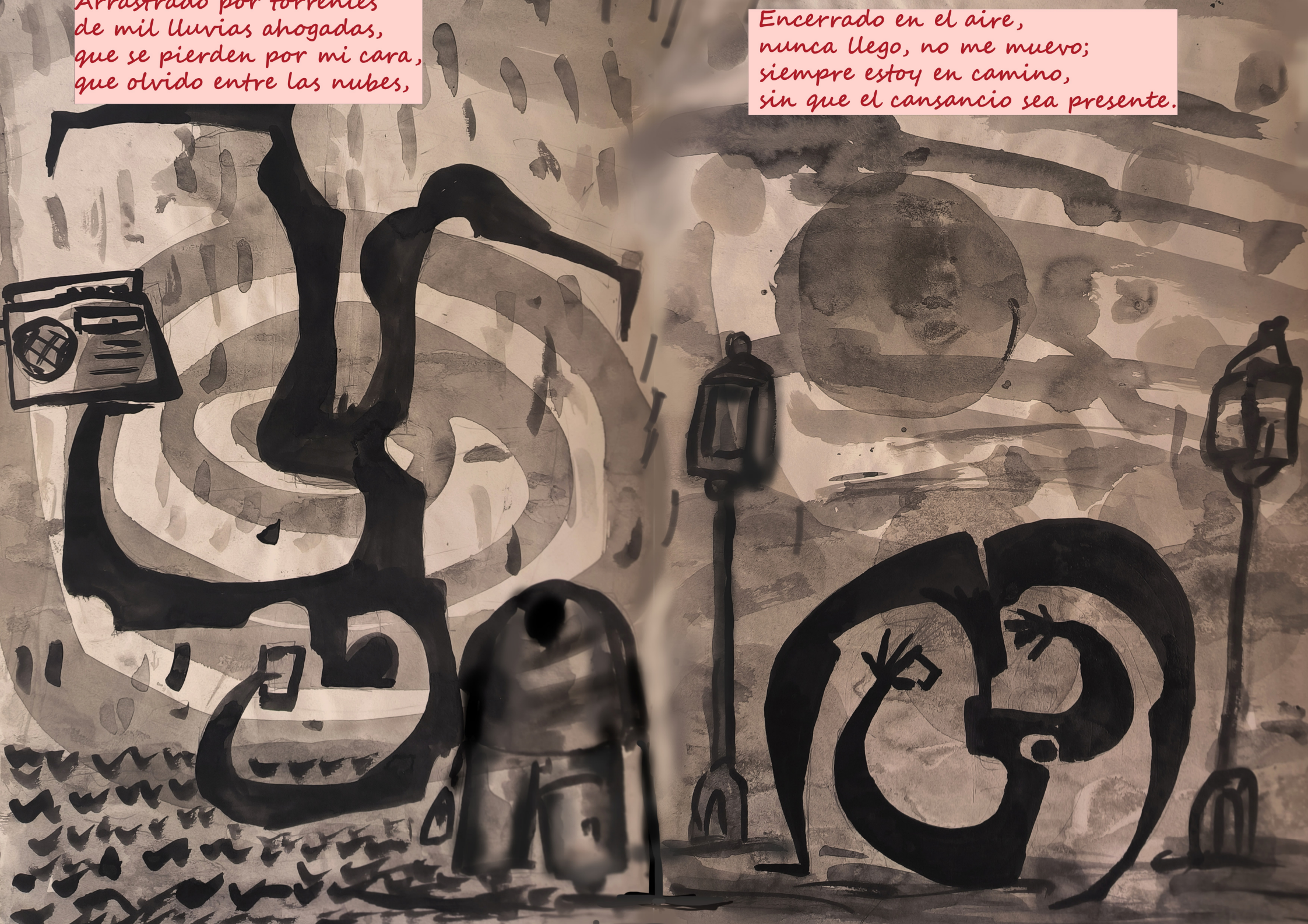

Junto al viento voy volando;
bailo flotando en el aire,
con el ruido de mil coches;
el silencio de los huracanes.


Con el viento me arrastro;
por las calles que tiemblan,
que se ocultan para los ojos,
cansados de mi triste patinete.
Marcho de la mano del viento,
dejándome llevar como amante,
sin ninguna resistencia, ni apego;
sin que me importe el destino.

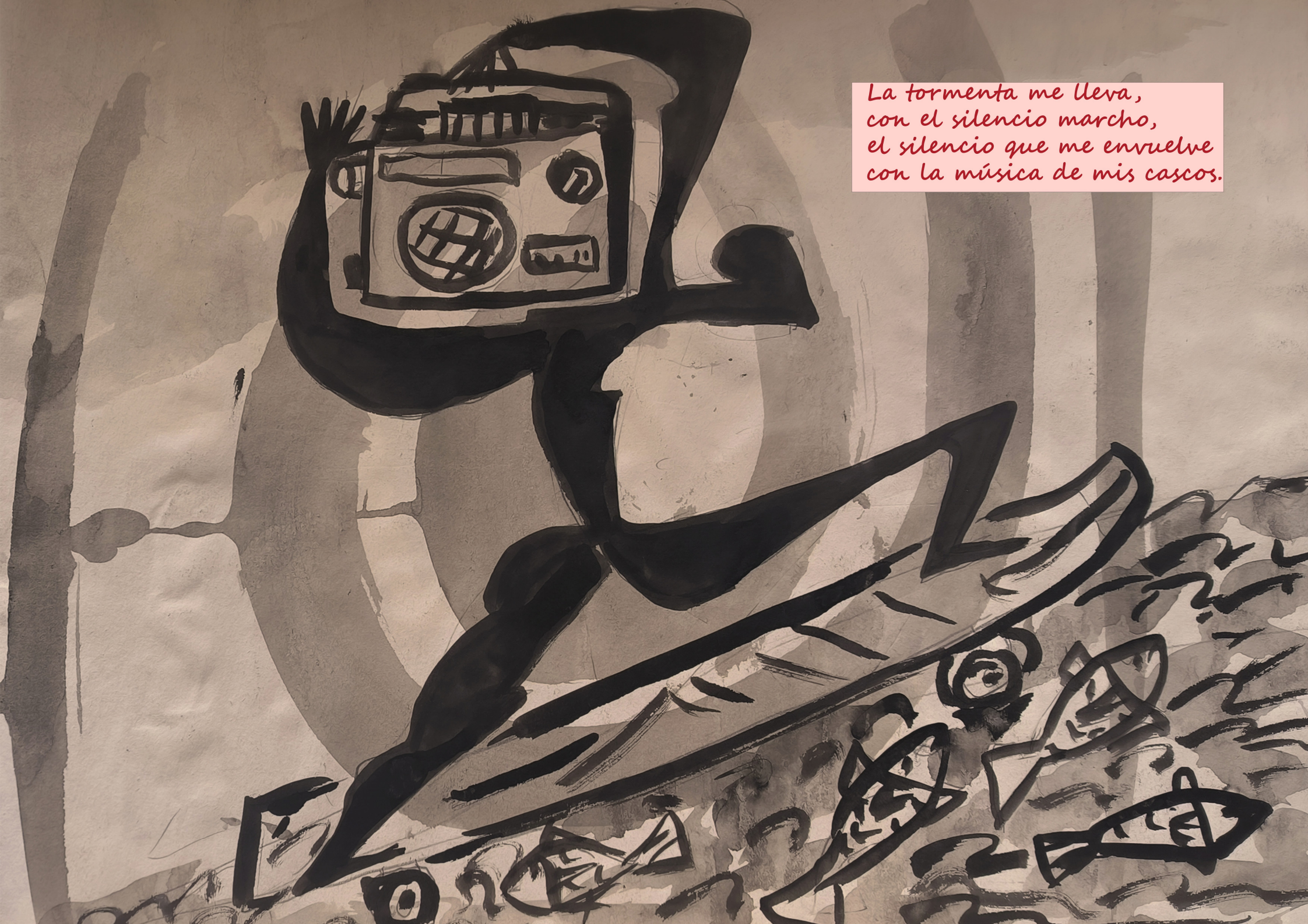


Voy, vengo sin conocer los caminos,
por donde ruedan mis piernas,
paralizadas en los soplos del viento,
que se enredan en mis sueños.

Persigo al viento sin dirección
arrastrado entre sus manos
que como centrifugadora
me vacían el cerebro.

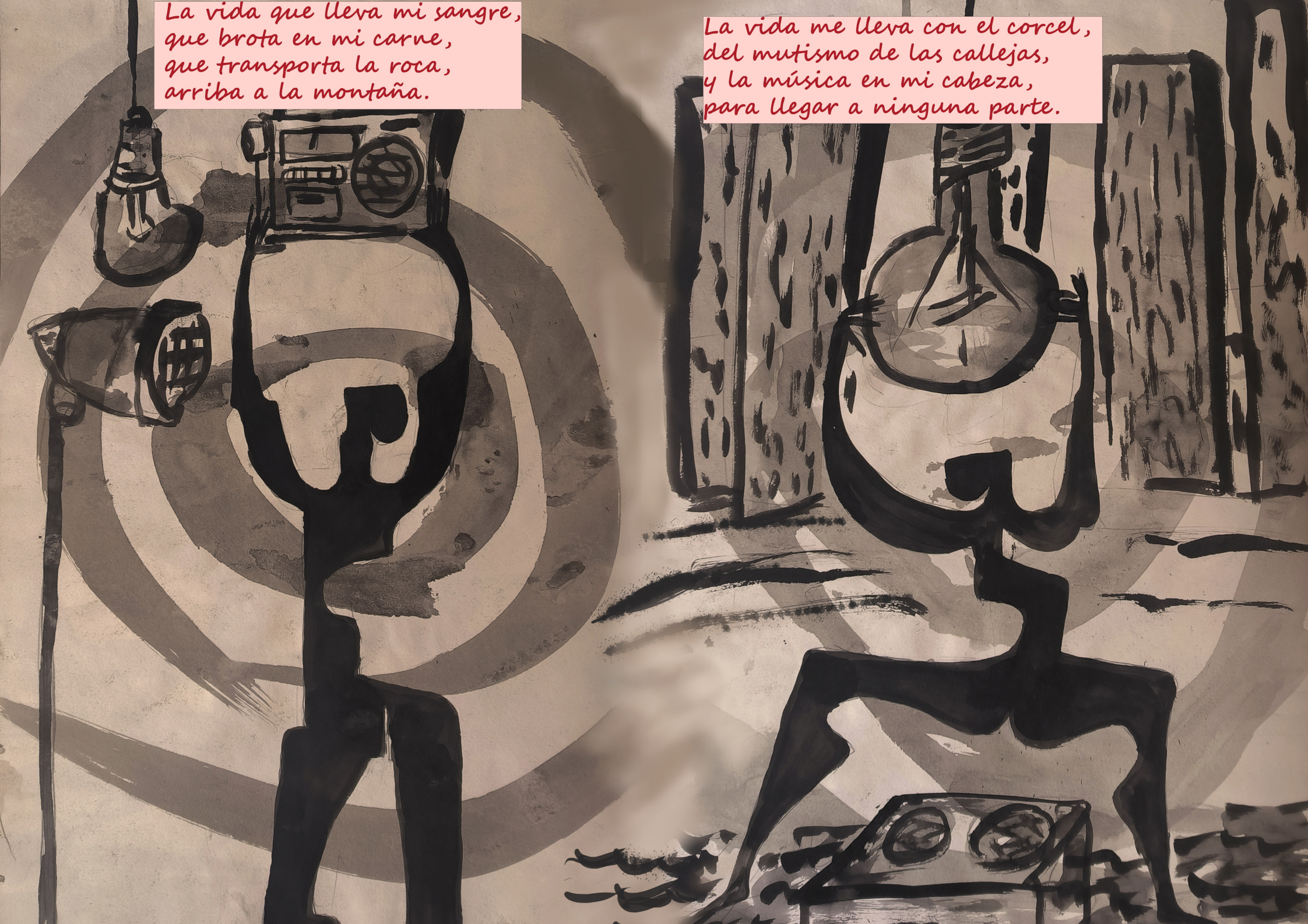

Arrastrado por torrentes
de mil lluvias ahogadas,
que se pierden por mi cara,
que olvido entre las nubes,
Encerrado en el aire,
nunca llego, no me muevo;
siempre estoy en camino,
sin que el cansancio sea presente.

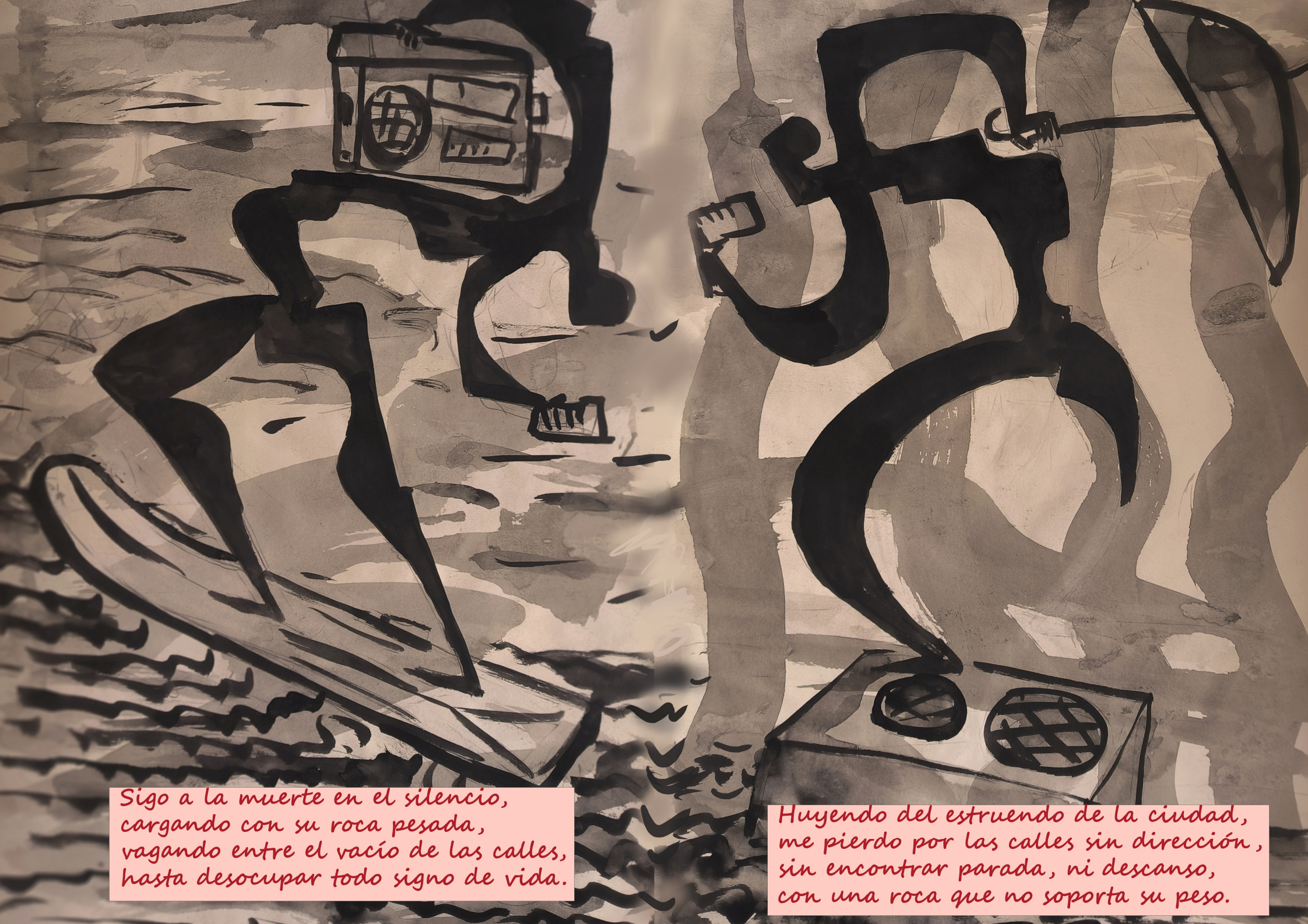

La lluvia me lleva
sin abrir los caminos,
entre las nieblas de la ciudad,
a un destino pendiente.
Arrastrado por torrentes
de mil lluvias ahogadas,
que se pierden por mi cara,
que olvido entre las nubes,

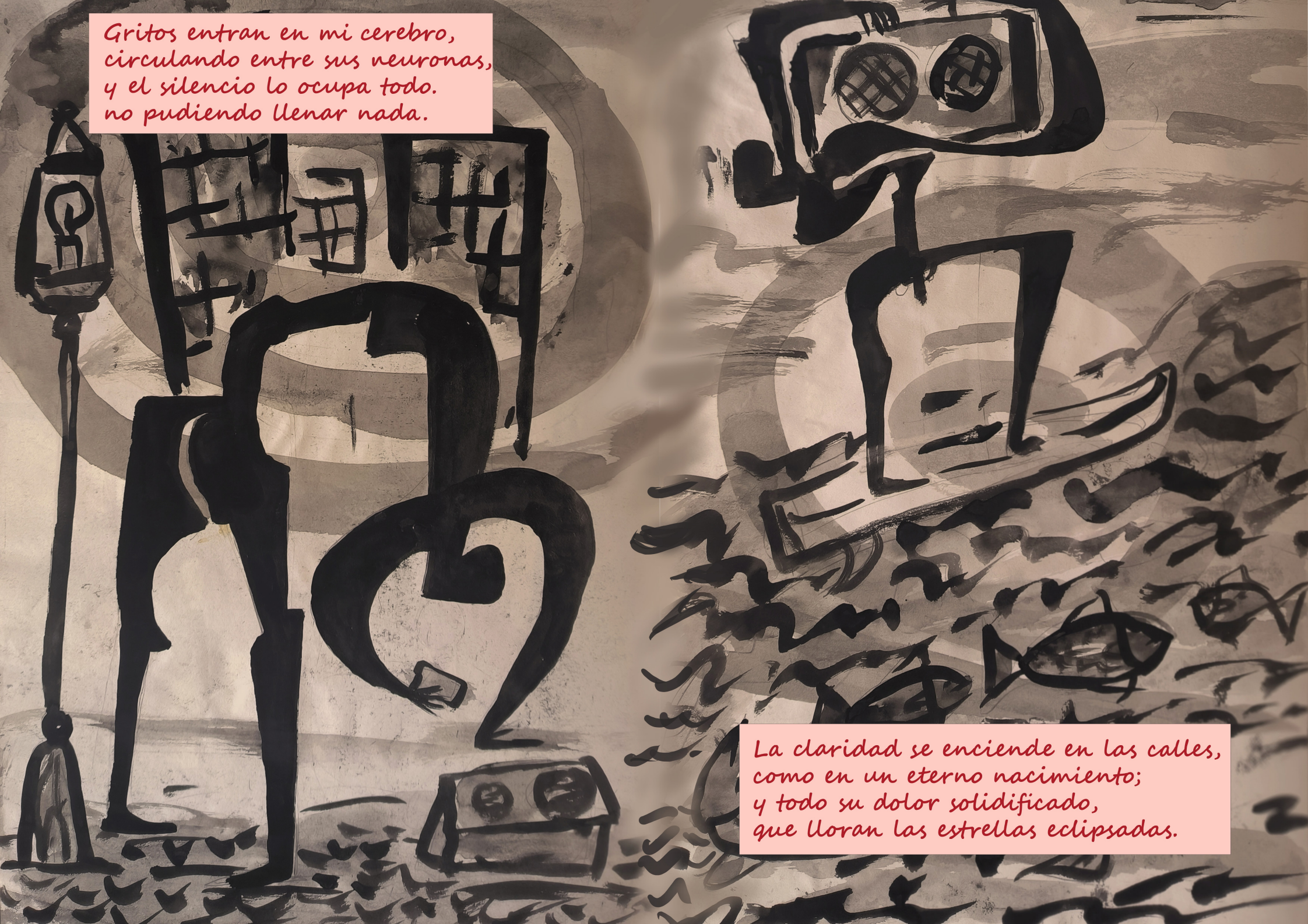

La tormenta me lleva,
con el silencio marcho,
el silencio que me envuelve
con la música de mis cascos.

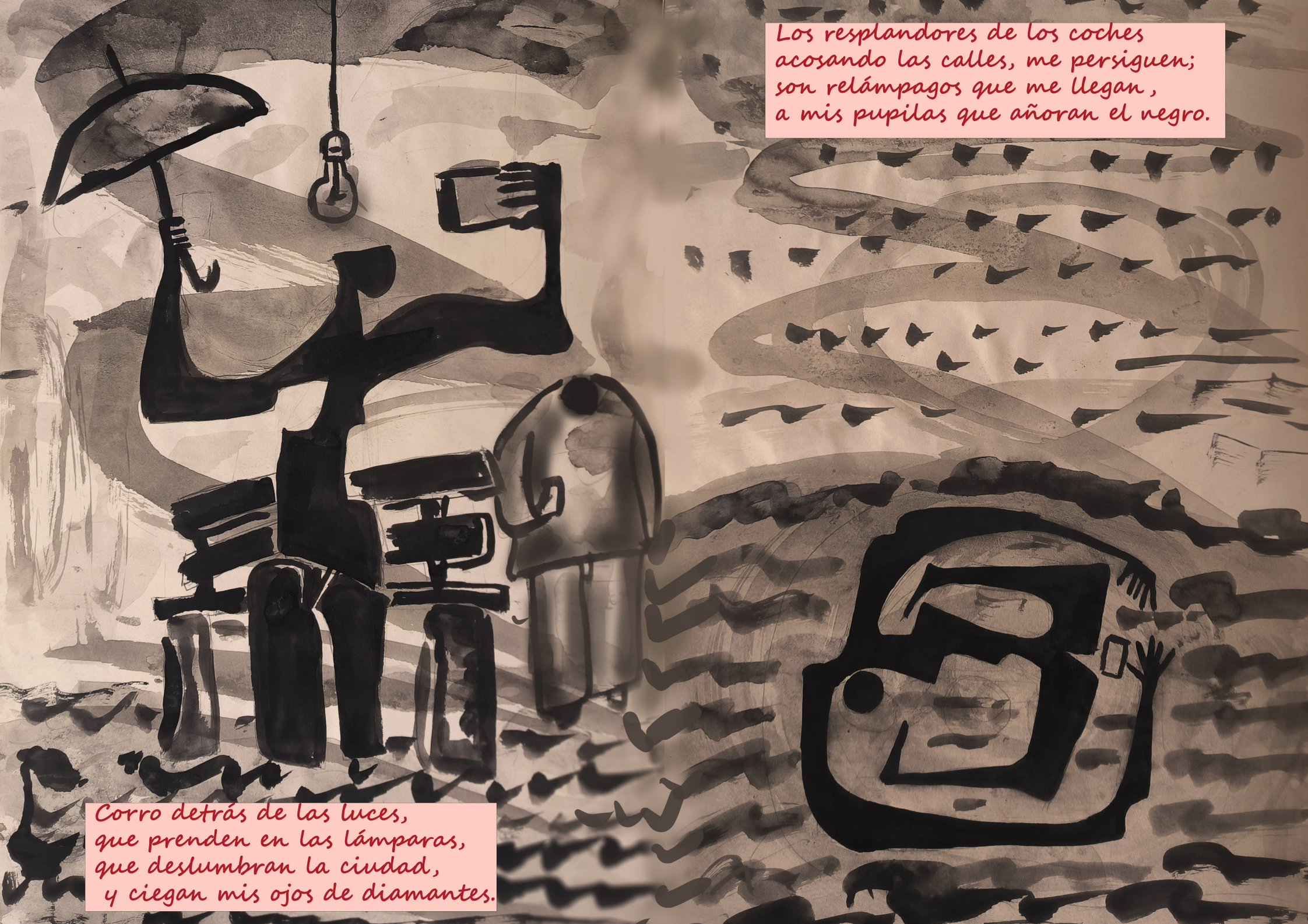

Música que esconde,
el ruido de las calles,
las peleas de los coches,
de lo que huyo sin llegar.
La muerte me persigue
el silencio me transporta,
los ríos son los caminos,
por los que mi patinete me lleva.


Muerte que cobija mi carne,
que solo a ella pertenece,
que me empuja por las sendas,
que mi patinete me trae.


La vida que lleva mi sangre,
que brota en mi carne,
que transporta la roca,
arriba a la montaña.
La vida me lleva con el corcel,
del mutismo de las callejas,
y la música en mi cabeza,
para llegar a ninguna parte.


Sigo a la muerte en el silencio,
cargando con su roca pesada,
vagando entre el vacío de las calles,
hasta desocupar todo signo de vida.
Huyendo del estruendo de la ciudad,
me pierdo por las calles sin dirección,
sin encontrar parada, ni descanso,
con una roca que no soporta su peso.


Gritos entran en mi cerebro,
circulando entre sus neuronas,
y el silencio lo ocupa todo.
no pudiendo llenar nada.
La claridad se enciende en las calles,
como en un eterno nacimiento;
y todo su dolor solidificado,
que lloran las estrellas eclipsadas.


Los resplandores de los coches
acosando las calles, me persiguen;
son relámpagos que me llegan,
a mis pupilas que añoran el negro.
Corro detrás de las luces,
que prenden en las lámparas,
que deslumbran la ciudad,
y ciegan mis ojos de diamantes.


La luna se esconde en los destellos,
el universo desaparece entre su niebla
solo el hormigón y el acero son verdad
como un luminoso nacimiento.
Fulgores amarillos de los autos fríos,
Ilusiones insensibles de realidades,
que ocultan a la oscuridad cálida;
luces que no son verdad, ni son sueños.


Las estrellas están en los sueños,
que se derriten en los amarillos
de los coches que, aullando
sin ojos, corren hacia mí en negro.



Destellos rojos y amarillos de bombillas,
que se desprenden de los hormigones
vienen a mí con sus manos heladas,
atrapándome en su dirección.

El hormigón se muestra iluminado
como si hubiese ingerido al Sol;
disfrazándose de árbol orgánico,
que se entristece por no ser Navidad.


Como un útero después de nacer,
en la oscuridad nada existe,
ni el mundo que vegeta en silencio,
como una tumba tras la muerte.
El silencio no necesita del aire,
ni del viento que le traslade;
no necesita ni la llama del fuego;
solo oscuridad para que le arrope.


La luz de la ventana me observa,
desde la oscuridad y la soledad,
como dentro de la habitación la miro
y se me muestra como una televisión.
En medio de la luminosidad,
entre el hormigón, estoy solo,
con toda luz, sin nadie que me vea;
aunque gente va y viene sin pensar.


El resplandor que entra por la ventana
se deslumbra en el silencio del vacío;
y yo sentado en la cama sintiendo,
a las estrellas temblorosas de la noche.
Un mundo se ve en la luz de la ventana;
un universo totalmente ajeno, fuera de mí,
que me pide descifrar su escrito fugitivo,
como si de un trenzado de lógica fuese.


Alguien cargando con una piedra,
que va de un lado para otro;
constantemente sin usar el presente,
sin parar a mirar a los ojos de la
El absoluto se encierra en la ventana
mostrándose en la incandescencia
del canal treinta de una pantalla led;
alguien en patinete repartiendo paquetes.
a. Risus commodo viverra maecenas


Uno más, no importa, en el mundo cabe;
nadie notara su presencia; no estorba;
es invisible, como también la roca que pesa,
que siempre acompaña, y nunca renuncia.
Ya nadie mira por la ventana,
todos están viendo la televisión;
cien canales transmitiendo realidad,
nada existe si no sale en televisión.


Todo lo que sucede existe en la ventana,
no hay verdad que este fuera de la tele,
ni dentro, ni fuera; todo es ficticio;
no hay nada que no se revele en el cristal.


Solo la roca sigue encima y pesa,
marchando de un lado a otro,
sin destino, sin ningún origen;
a nadie le importa, todos lo ven.
No hay verdad; mentira,
lo que piensas está en la tele,
junto con tu carne que vive
entre lo cierto y lo incierto.


Un patinete no puede cargar
con toda la verdad encima;
y toda la realidad de mi carne;
y todas las grandes mentiras.


No hay nada que creer, falso es;
ni en la ciudad, ni en su cemento,
ni en los coches, ni en su acero,
aunque sea una parte de ellos.
Solo permanecer sentado en la cama;
hay que ser un creyente,
aunque mi carne no procese,
y mi mente desconozca lo que cree.


Aquí no hay sitio para mí,
ni para mí, ni para nadie,
en este universo repleto;
sin aire para respirar.

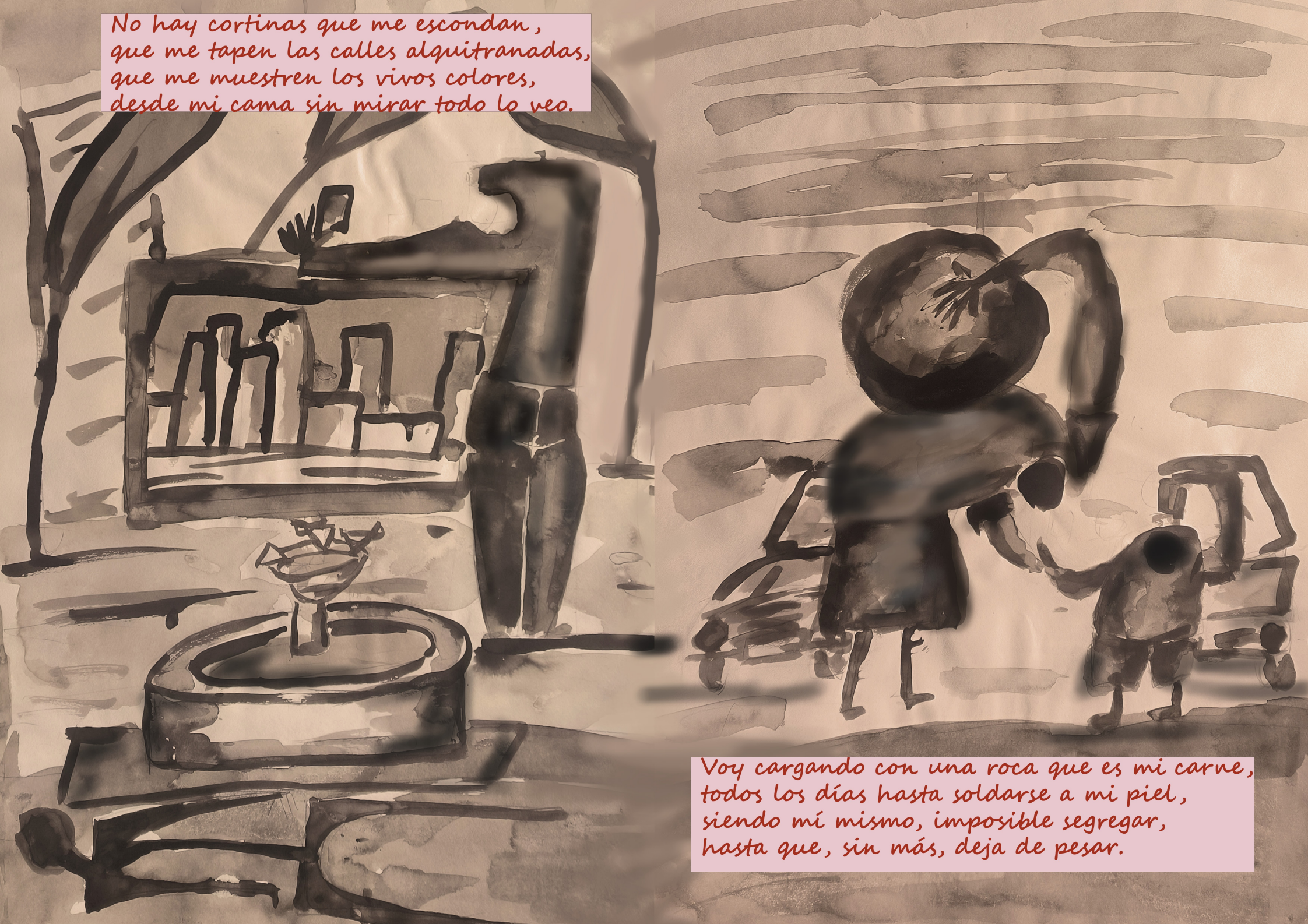


Nadie encuentra hueco en este mundo,
tan lleno de materia, y sin malgastar nada;
a su espacio ninguno tiene derecho, ni ley,
y para un hombre solo no es más justo.

Un patinete entre los coches
que desconocen la muerte;
se desgarra para hallar un camino,
aunque ignora lo que es la vida.

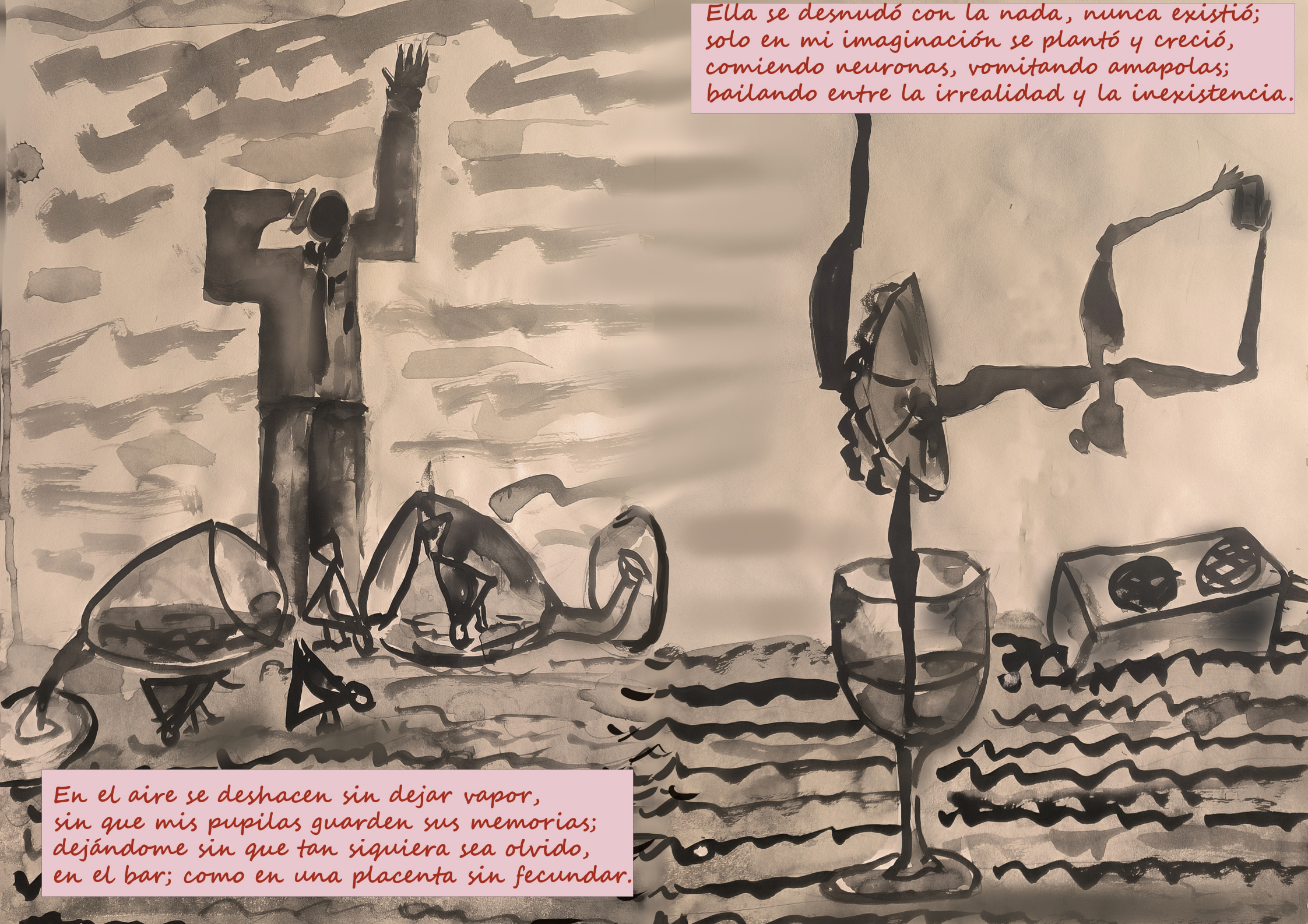

No se exponen ninguna pregunta,
mientras miro por la ventana;
con los ojos fijos escucho sus respuestas,
que sin hambre se digieren entre mis tripas.
La tele nos da respuestas, no hace peguntas;
las sentencias que nos hacen sentir vivos,
sin la necesidad de movimiento cierto,
ni de las manos, ni en los pies.

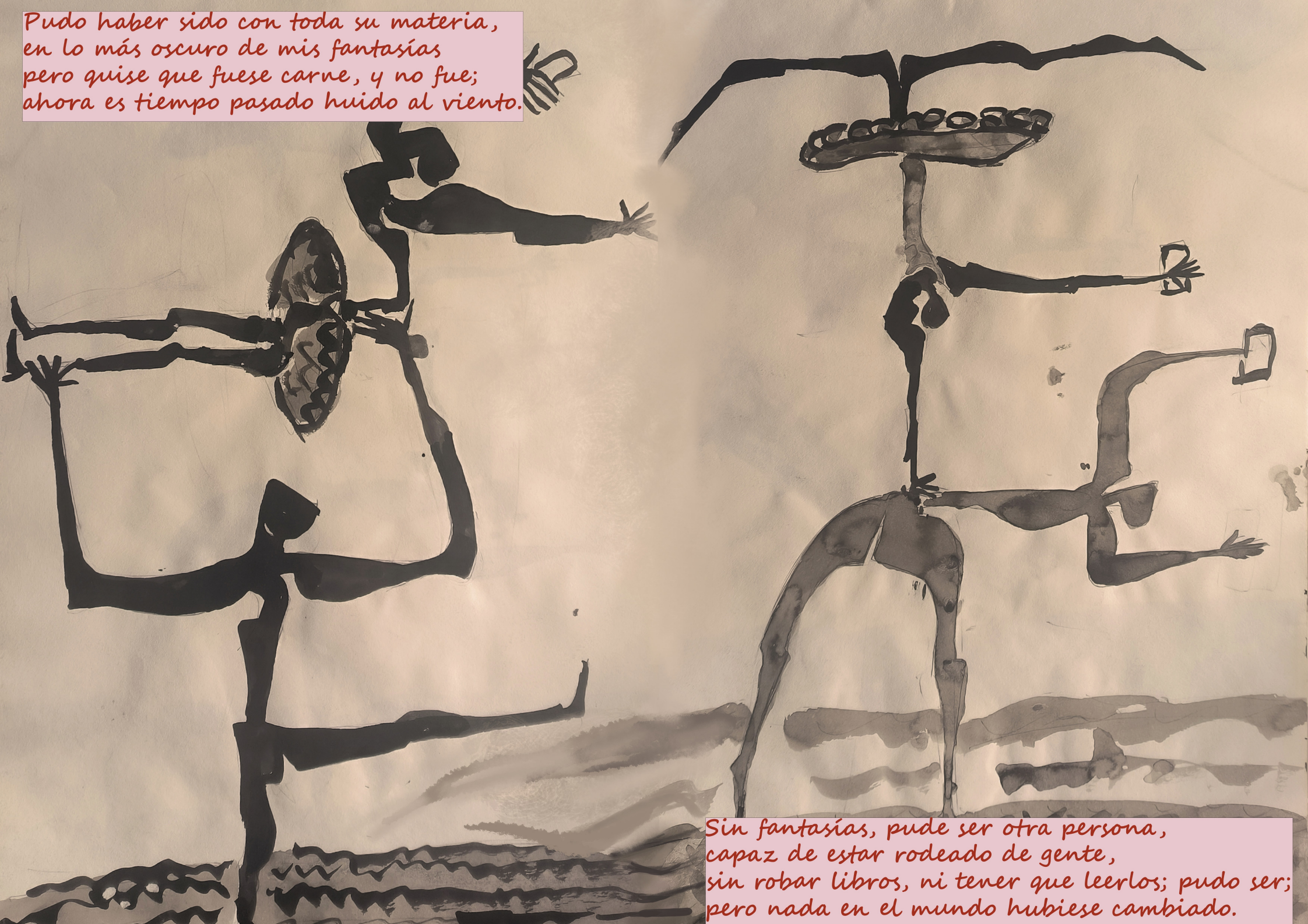

Ni las preguntas ni las respuestas son vida,
como tampoco son la muerte;
mientras que su veneno no sea entendido;
solo así son dos formas de sobrevivir.
Todos los días cargo con la piedra,
para no deshacer la rutina,
con la inercia siga con la vida,
aun sin aire y menos aliento.

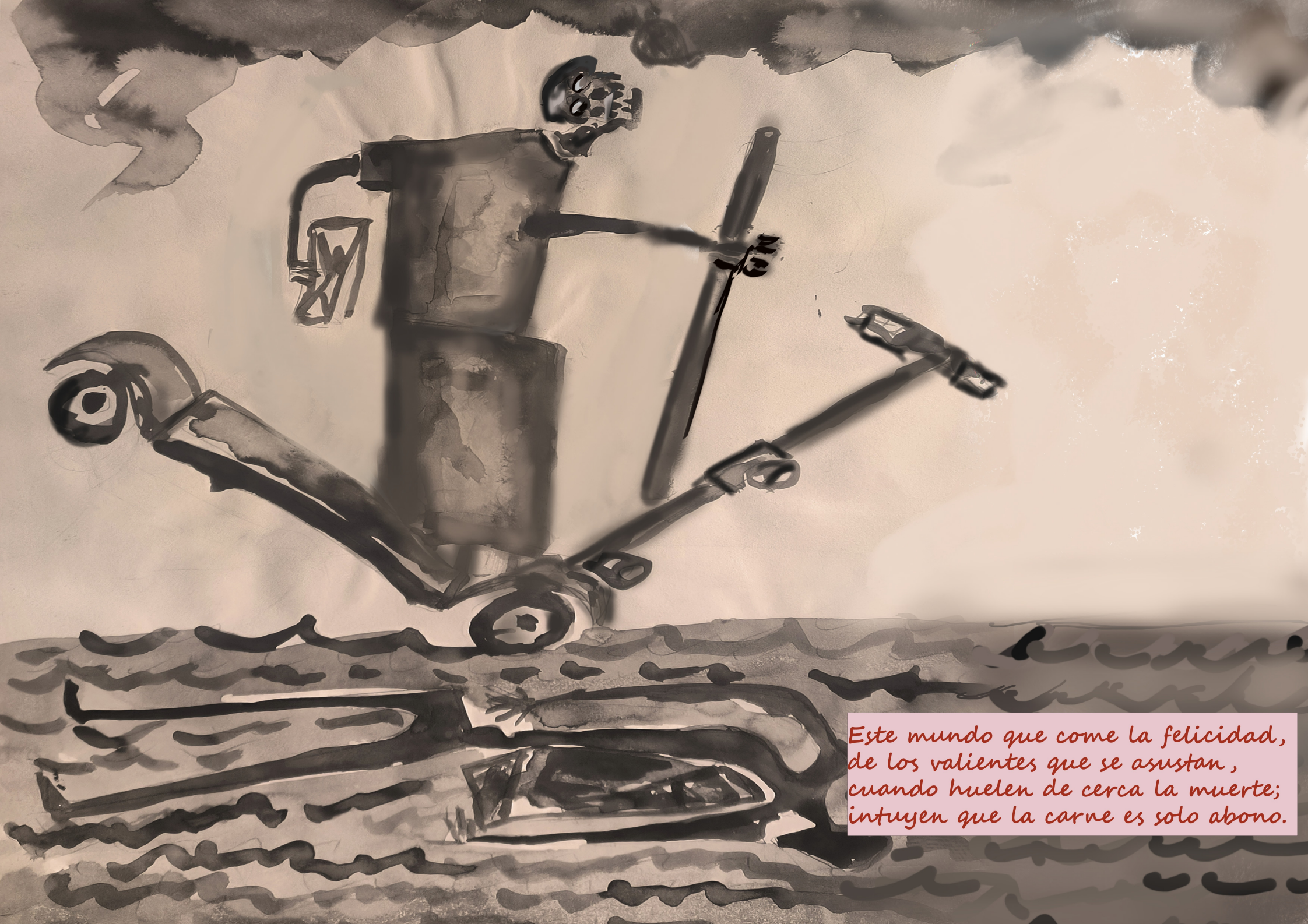

No hay cortinas que me escondan,
que me tapen las calles alquitranadas,
que me muestren los vivos colores,
desde mi cama sin mirar todo lo veo.
Voy cargando con una roca que es mi carne,
todos los días hasta soldarse a mi piel,
siendo mí mismo, imposible segregar,
hasta que, sin más, deja de pesar.


Soy invisible, sin nada de materia;
ni tan siquiera soy una sombra;
soy una cerveza sobre la barra del bar,
rodeada de gente sin los ojos que ven.
No veo nada, y nadie me ve,
nada existe, casi ni la cerveza,
solo yo existo en todo el bar,
en medio del ruido de la gente.


Existen en mis ojos dos chicas,
que solo son en ellas mismas;
y para mí, una simple sonrisa,
envuelta en la calima de la distancia.
Sueño que ella está cerca de mí;
que ella me dice que me ama,
que toca mi carne, que existo,
con toda la materia en sus ojos.


Ella se desnudó con la nada, nunca existió;
solo en mi imaginación se plantó y creció,
comiendo neuronas, vomitando amapolas;
bailando entre la irrealidad y la inexistencia.
En el aire se deshacen sin dejar vapor,
sin que mis pupilas guarden sus memorias;
dejándome sin que tan siquiera sea olvido,
en el bar; como en una placenta sin fecundar.


Pudo haber sido con toda su materia,
en lo más oscuro de mis fantasías
pero quise que fuese carne, y no fue;
ahora es tiempo pasado huido al viento.
Sin fantasías, pude ser otra persona,
capaz de estar rodeado de gente,
sin robar libros, ni tener que leerlos; pudo ser;
pero nada en el mundo hubiese cambiado.


Este mundo que come la felicidad,
de los valientes que se asustan,
cuando huelen de cerca la muerte;
intuyen que la carne es solo abono.



Todos moriremos dentro de la Tierra,
para servir de abono a los que se quedan
y a los que vendrán para recordar,
hasta secar la memoria con el aire del olvido.



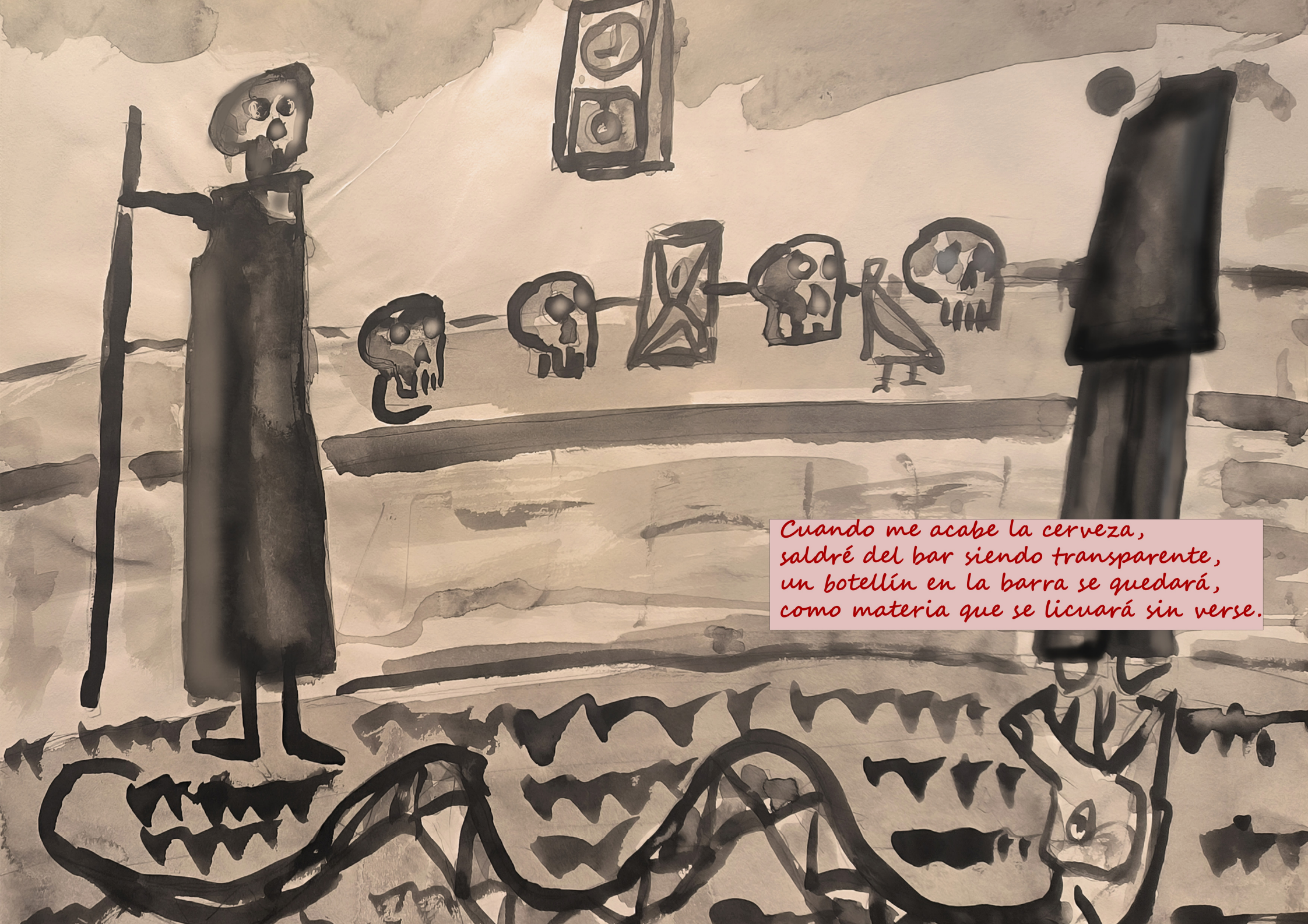
Las obras del hombre la tierra las comerá,
las disolverá, y expulsará en el tiempo,
las que se sientan extrañas en su interior,
quedando en su soledad sin recuerdo.


La Tierra roerá la historia épica,
encerrada entre las capas orgullosas,
de la inconciencia rosa del presente,
disfrazando el recuerdo y el olvido.
Los segundos del presente se suicidan
ante la vista opaca lejana del futuro;
que siempre está por construirse,


El universo se desplaza constante,
siguiendo los ruidos de sus tripas;
no deja de agitarse, hasta la muerte;
cuando los movimientos se detienen.
La vida ata y te mueve hasta el vértigo,
hasta olvidar el mareo sin vomitar,
inerte en el aire, y sin comprender
que toda carne solo es un ser vivo.


Soy carne, solo carne, todo es carne,
en la tierra solo hay carne y nada más;
carne para pudrirse dejando solo metano,
que traga la Tierra envenenándose.
No hay nada de arte en la carne,
como en la muerte en el fin de la vida,
con su olor fétido llamando al futuro;
no contesta ya que no existe en la muerte.


Yo nunca he sido, y nada seré,
ni mis pies abandonaron huellas,
sobre la faz tierna de la tierra;
ni mi olor fue nunca en su nariz.
Mi carne se pudrirá entre la tierra,
alimentando a otra carne posterior
que no sabrá que ha existido en mí;
ni que yo fui una persona entera.


Cuando me acabe la cerveza,
saldré del bar siendo transparente,
un botellín en la barra se quedará,
como materia que se licuará sin verse.


Yo Soy Sisifo, idea dibujada y escrita por Enrique Lázaro.
FIN





YO SOY SÍSIFO

Obra escrita y pintada
por ENRIQUE LÁZARO